3 1761 09546805 4

EDITORIAL-AMERICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura).

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispano-americana.

V

Biblioteca de obras varias (españolas é hispano-americanas).

VI

Biblioteca de historia colonial de América.

VII

Biblioteca de autores célebres (extranjeros).

De venta en todas las buenas librerías de España y América

Imprenta de Juan Pueyo, Lope de Vega, 18.—Madrid.

EDITORIAL-AMÉRICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura)

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispano-americana.

V

Biblioteca de obras varias (españoles é hispano-americanos).

VI

Biblioteca de historia colonial de América.

VII

Biblioteca de autores célebres (extranjeros).

De venta en todas las buenas librerías de España y América

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29. Teléf. 14-30.—Madrid.

EL MIRADOR DE PRÓSPERO

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

Obras publicadas (á 3,50 ptas. tomo).

I.—M. Gutiérrez Nájera: *Sus mejores poesías.*
II.—M. Díaz Rodríguez: *Sangre patricia.* (Novela), y *Cuentos de color.*
III.—José Martí: *Los Estados Unidos.*
IV.—José Enrique Rodó: *Cinco ensayos.*
V.—F. García Godoy: *La literatura americana de nuestros días.*
VI.—Nicolás Heredia: *La sensibilidad en la poesía castellana.*
VII.—M. González Prada: *Páginas libres.*
VIII.—Tulio M. Cestero: *Hombres y piedras.*
IX.—Andrés Bello: *Historia de las Literaturas de Grecia y Roma.*
X.—Domingo F. Sarmiento: *Facundo.* (Civilización y barbarie en la República Argentina.)
XI.—R. Blanco-Fombona: *El Hombre de Oro* (Novela).
XII.—Rubén Darío: *Sus mejores Cuentos y sus mejores Cantos.*
XIII.—Carlos Arturo Torres: *Los Idolos del Foro.* (Ensayo sobre las supersticiones políticas.)
XIV.—Pedro-Emilio Coll: *El Castillo de Elsinor.*
XV.—Julián del Casal: *Sus mejores poemas.*
XVI —Armando Donoso: *La sombra de Goethe.*—4 pesetas.
XVII.—Alberto Ghiraldo: *Triunfos nuevos.*
XVIII.—Gonzalo Zaldumbide: *La evolución de Gabriel d'Annunzio.*
XIX.—José Rafael Pocaterra: *Vidas oscuras.* (Novela.) 4 pesetas.
XX.—Jesús Castellanos: *La Conjura.* (Novela.)
XXI.—Javier de Viana: *Guri y otras novelas.*
XXII.—Jean Paul (Juan Pablo Echagüe): *Teatro argentino.*
XXIII.—R. Blanco-Fombona: *El Hombre de Hierro.* (Novela.)
XXIV.—Luis María Jordán: *Los Atormentados.* (Novela.)
XXV.—Carlos Arturo Torres: *Estudios de crítica moderna.*—4 pesetas.
XXVI.—Salvador Díaz Mirón: *Lascas.* Precio: 2,75 pesetas.
XXVII.—Carlos Pereyra: *Bolívar y Washington.*—4,50 pesetas. (Un grueso volumen de 448 páginas.)
XXVIII.—Rafael M. Merchán: *Estudios Críticos.*
XXIX-XXX.—Bernardo G. Barros: *La caricatura contemporánea.* (2 vols.)
XXXI-XXXII—José Enrique Rodó: *Motivos de Proteo.*
XXXIII.—Manuel Gutiérrez Nájera: *Cuentos color de humo* y *Cuentos frágiles.*
XXXIV.—Miguel Eduardo Pardo: *Todo un pueblo.* (Novela.)
XXXV.—M. Díaz Rodríguez: *De mis romerías* y *Sensaciones de viaje.*
XXXVI.—Enrique José Varona: *Violetas y Ortigas.* (*Notas críticas* sobre Renan, Sainte-Beuve, Emerson, Tolstoy, Nietzsche, Castelar, Heredia, etc.)
XXXVII.—F. García Godoy: *Americanismo literario.* (Estudios críticos de José Martí, José Enrique Rodó, F. García Calderón, R. Blanco-Fombona.)
XXXVIII —Alvaro Armando Vasseur: *El Vino de la Sombra.*
XXXIX.—Juan Montalvo: *Mercurial Eclesiástica (Libro de las verdades) y Un vejestorio ridículo ó los Académicos de Tirteafuera.*
XL-XLI.—José Enrique Rodó: *El mirador de Próspero.*

LS
R695m

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

EL MIRADOR DE PRÓSPERO

TOMO II Y ÚLTIMO

153102
30/10/19

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25

LA PRENSA DE MONTEVIDEO

Discurso pronunciado en el acto de la inauguración del «Círculo de la Prensa» de Montevideo, el 14 de Abril de 1909.

Señores:

Honrado por los periodistas de Montevideo con la presidencia de la primera Comisión Directiva de su Círculo profesional, comprendo que mi elección necesita ser justificada. No milito en las filas de la prensa, y esto me infunde cierto temor de usurpar un puesto que desempeñaría, con brillo y con honor para todos, cualquiera de los actuales directores de los diarios de Montevideo. Si, á pesar de ello, me he resuelto á aceptar la distinción con que se me favorece, es considerando que ese mismo alejamiento mío de la diaria contienda periodística puede acaso constituir una ventaja y prestarme una autoridad eventual para el desempeño de una labor en que deberán ser inspiraciones cardinales la ecuanimidad y la independencia.

Por lo demás, no soy un profano en vuestra comunión, y aun pudiera decir que he oficiado en sus altares. Aunque apartado hoy de la prensa diaria, también

yo he pasado alguna vez por ella: también yo he sido periodista. No lo diré, ciertamente, con el énfasis con que el Correggio exclamó, según cuentan, ante el cuadro magistral: *Anch'io sono pittore:* ¡también yo soy pintor! Pero lo diré, no sólo para contribuir á justificar mi presencia en este sitio á que me habéis elevado, sino también con la satisfacción de conciencia de quien afirma haber sabido cumplir con un deber.

Ser escritor y no haber sido, ni aun accidentalmente, periodista, en tierra tal como la nuestra, significaría, más que un título de superioridad ó selección, una patente de egoísmo. Significaría no haber sentido nunca repercutir dentro del alma esa voz imperiosa con que la conciencia popular llama, á los que tienen una pluma en la mano, á la defensa de los intereses comunes y de los comunes derechos, en las horas de conmoción ó de zozobra; significaría haber desdeñado el rudo instrumento de trabajo con que se ayuda á la reconstrucción de las paredes y del techo de esa casa de todos que es la organización civil y política, para retener, por pulcritud aristocrática, el cincel estatuario, que sólo es noble manejar mientras las paredes están firmes y el techo no amenaza derrumbe.

Periodistas por vocación ó por transitorio imperio de las circunstancias, han sido casi todos los que, en la historia de nuestra turbulenta democracia, han dejado un nombre que se recuerde por los prestigios de la inteligencia ó del civismo. Nuestros partidos pueden evocar de la tradición de la prensa casi todas sus grandes figuras civiles; y en cualquier manifestación de pensamiento y de labor, en que se busquen las energías superiores de la existencia nacional, se hallará siempre un periodista que las represente y encarne.

Periodista fué Juan Carlos Gómez, y periodista don Eduardo Acevedo. Periodista fué Melchor Pacheco y Obes, después de haber sido héroe y tribuno; y periodista don Bernardo Berro, antes de ser gobernante. Con sangre de periodistas mártires se ha sellado, más de una vez, la protesta y la reivindicación de las libertades públicas: lo mismo cuando Francisco Labandeira deja su cuerpo inanimado al pie de las urnas del comicio, que cuando Teófilo Gil abate su noble frente en el más aciago de los campos de batalla. Un periodista, José Pedro Varela, realiza la obra santa de la reforma de la educación común; y otro periodista, Francisco Bauzá, nos da la primera síntesis de nuestro pasado en la labor severa de la historia. La vasta producción política, económica, histórica, literaria, jurídica, en que se difunde el luminoso espíritu de Carlos María Ramírez, y que será algún día, reunida en libros donde se perpetúe, alto timbre de nuestra cultura, es la obra de un periodista. Cuando queremos representar en formas vivas la entereza del carácter cívico y la inflexible resistencia contra el mal prepotente, los personificamos en Prudencio Vázquez y Vega, cuyo pedestal son las columnas de un diario. Y para terminar, señores, esta rápida evocación de memorias ilustres, puesto que me limito á los que han dejado de existir, permitidme que agregue todavía un nombre caro para muchos de nosotros, y para todos respetable; un nombre que representa aquí el recuerdo más cercano, y tanto más doloroso cuanto que es el recuerdo de una grande esperanza perdida: el nombre, que ya siento asomar á vuestros labios, de Antonio Cabral, ayer no más llegado al gobierno con las coronas de su severa juventud: grande y preclaro en la esperanza; y

por virtud de la esperanza, grande y preclaro en el recuerdo!

Las peculiares condiciones de una cultura naciente y apenas diferenciada en funciones de especial aplicación, han hecho que el carácter de nuestra intelectualidad se personifique hasta hoy en el periodista: especie de improvisador enciclopédico, dispuesto, como el teólogo de los tiempos pasados, á enterarse y juzgar de todas las cosas. Nuestros novelistas, nuestros dramaturgos, nuestros líricos, todos, con rarísima excepción, han sido alguna vez periodistas; y si les preguntáis qué recuerdos guardan del periodismo y lo que le deben, puede ser que os digan que la prensa diaria ha quitado algún tiempo ó ha negado algún reposo á la vocación preferente de su espíritu; pero, en cambio, os dirán también que en la práctica del periodismo adquirieron esa disciplina del trabajo, ese hábito de la producción ágil y asidua, y esa gimnasia de claridad y precisión, que desentumecen el estilo y adiestran las energías del entendimiento, como el aire libre y el pleno sol y la desenvuelta actividad de los músculos vigorizan y entonan el cuerpo entumecido en la quietud.

Suele decirse que la labor del periodista es efímera. Esto no es verdad más que á medias. Es efímera la forma, la exterioridad, la envoltura; la página que se escribe un día y que, salvo algún caso singular, ha muerto y se ha disipado al día siguiente; pero la influencia y la sugestión que quedan de esos esfuerzos aparentemente perdidos y olvidados, constituyen una acción persistente y eficaz como ninguna, que convence, que apasiona, que destruye, que reedifica; que forma, en una palabra, la conciencia de los pueblos. Así, es efí-

mera la semilla de la planta; es efímero ese cuerpo leve y enjuto en que está depositada la simiente fecunda; pero, si dura poco, débese á que la disolución de sus tejidos es condición necesaria para que el germen que contiene muerda la tierra y dé de sí la planta que ha de coronarse luego con la flor delicada y el fruto substancioso. No se expresaría una ilusión de ideólogos, sino una positiva é incontestable realidad, si se dijera que, habiendo de elegirse entre tener un absoluto dominio sobre la propaganda de la prensa difundida y prestigiosa, ó tenerle sobre los instrumentos transitorios de la fuerza material, insensato sería quien optase por este poder falaz y precario, y no por aquella dominación lenta y segura, que, en definitiva, es infaliblemente el triunfo, y el triunfo asentado sobre los más hondos fundamentos.

Nuestra prensa es una viva demostración de ese ascendiente incontrastable. Hay en ella una honrosa y nunca interrumpida tradición de civismo. La libertad amplísima de que hoy goza y que es, entre las libertades públicas, la más connaturalizada con nuestras costumbres y la que representa una conquista más firme é inviolable; esa libertad á que sólo pone límites severos su propia cultura y dignidad, la ha ganado por sus fuerzas, en lid porfiada y heroica de casi un siglo de constante identificación con las palpitaciones del sentimiento popular; sin que por un solo instante faltase en ella una palabra autorizada por el talento y el saber, ni una actitud que mantuviese la integridad del carácter cívico. Escribir la historia de nuestra prensa sería escribir la historia borrascosa, pero noble y viril, de nuestros esfuerzos por alcanzar la definitiva organización de esta democracia. Los gobiernos que han

pretendido sofocar en la garganta del pueblo esa voz, han muerto asfixiados apenas se ha hecho el silencio que apetecían. Ya nadie puede soñar en ejercer el gobierno sin contar, no sólo con la libre crítica de la prensa, sino también con su colaboración necesaria, como intérprete y mediadora entre las aspiraciones de los gobernados y la atención de los gobernantes.

Pero la actividad de los periodistas orientales no se ha contenido dentro de la tierra en que nacieron. Ha trascendido más allá, y ha dejado huella en el escenario intelectual y político de los pueblos que les han dado amparo en el destierro ó en la voluntaria expatriación. Aun dura, y durará perpetuamente, en Chile, la memoria de Juan Carlos Gómez, y de sus campañas de *El Mercurio*. En la prensa argentina, savia oriental ha corrido siempre, desde la dirección hasta la crónica: y las generosidades de una afectuosa hospitalidad han sido retribuídas por los nuestros con la participación eficaz en todo concurso de ideas que interesara á la organización y al engrandecimiento del pueblo de Mayo.

Y estos vínculos creados en la confraternidad de la imprenta, confirmando y robusteciendo los que proceden de la naturaleza y de la tradición, no son extraños, ciertamente, al hecho de que sea hoy de esa casa de *El Diario*, de Buenos Aires, que ha sido casa hospitalaria para ilustres periodistas de Montevideo, de donde parta la palabra noble y digna, justiciera y hermosa, que todos hemos recogido en nuestros corazones como augurio feliz de que no se eclipsará la amistad de dos pueblos que son hermanos en la historia y seguirán siéndolo en lo infinito de su porvenir, sobre el fundamento inconmovible del armónico des-

envolvimiento de sus fuerzas y el respeto recíproco de sus derechos.

Bien es verdad que si nuestra prensa ha rebosado de savia con que contribuir al florecimiento de otras en tierras hospitalarias y amigas, ella debe también energías y luces invalorables al concurso de elementos extraños á nuestra nacionalidad por el origen, aunque vinculados á nuestros destinos por los lazos de la adopción y del afecto. Insignes publicistas argentinos hicieron de nuestra prensa, en tiempos de heroicas luchas por la libertad y la civilización de estos pueblos, una tribuna de resonancia americana; y también eximios escritores brasileños han figurado en ella con honor. Las naciones de Europa que hoy tienen dignísima representación en nuestro periodismo, han asociado todas ellas á la historia de la prensa uruguaya nombres y recuerdos imperecederos. Los ha asociado nuestra madre España; y bastaría rememorar, para comprobarlo honrosamente, la persona de don Jacinto Albístur, dechado de la cultura más perseverante dentro de la más sobria elegancia de forma, y de tan noble distinción en su vida como en sus escritos. Los ha asociado nuestra carísima Italia; y no sería menester invocar otro recuerdo que el de aquel don Luis Destéffanis, el hombre de los libros, maestro de todos nosotros, que llevaba, en la profundidad descolorida de sus ojos sin luz, la mirada interior con que se perciben los más finos matices del discernimiento y del gusto. Los ha asociado la Francia de nuestros apasionados entusiasmos; y en la galería del viejo *Siglo* tiene uno de los puntos preferentes la figura de aquel benemérito trabajador que se llamó don Adolfo Vaillant. Y en cuanto á la colectividad inglesa, ella se vincula á

los mismos orígenes de nuestro periodismo con aquella «Estrella del Sur», *The Southern Star*, escrita á la vez en inglés y en castellano, que es el más antiguo periódico de Montevideo; de manera que bien puede decirse que, meciéndose la cuna de nuestra prensa en las vísperas de la libertad, tuvo por ilustre madrina de óleos á la libre Inglaterra, que desde entonces ha permanecido constantemente vinculada á nuestro desenvolvimiento material y económico, con los estímulos de su capital expansivo y civilizador.

En cuanto á las razones de la obra que hoy iniciamos, con la fundación ó el restablecimiento del «Círculo de la Prensa», apenas parece necesario darlas. La noble y fecunda pasión que lleva el interés de los espíritus contemporáneos á los problemas de la organización del trabajo, ha puesto en claro esta verdad, que no es nueva, pero que desde mucho tiempo parecía olvidada en el mundo: todo gremio, toda colectividad profesional, tiene necesidad de asociarse, de unificarse, de adquirir personalidad corporativa, para pesar en el conjunto de los intereses sociales. El trabajador aislado es el instrumento de fines ajenos; el trabajador asociado es dueño y señor de sus destinos. Y si se congregan en centros sociales los que profesan, en cualquiera relación, las mismas ideas, y los que, viviendo en tierra extraña, proceden de la misma nacionalidad, doble razón hay para que se congreguen en tales centros los que se consagran á una misma labor. Ningún lazo más estrecho puede unir á los hombres que la solidaridad de los intereses profesionales. Los vínculos de partido, de doctrina, de secta, y alguna vez hasta esos mismos sagrados vínculos de familia y de patria, suelen ser lazos falaces, que disimulan hon-

das disimilitudes y antipatías; pero el lazo de la profesión es entrañable, porque traduce, no únicamente la comunidad del interés material, que es ya fuerte por sí sola, sino también esa comunidad de costumbres, de disposiciones, de afectos, que determina la participación en un mismo género de trabajo, vale decir, en un mismo género de vida. Hay, en la etimología de las palabras, enseñanzas y sugestiones fecundas: «compañero» significa, originariamente, los que comen del mismo pan.

La filosofía de los proverbios, de los que se ha dicho que son «la sabiduría de las naciones», ha consagrado, sin embargo, una moraleja escéptica respecto de la confraternidad en el trabajo.—«¿Cuál es tu enemigo?—pregunta el proverbio.—El de tu oficio.»—Hay en ello, sin duda, una relativa verdad de observación, pero verdad superficial y somera, como cas todas las que alcanza la malicia vulgar; porque una consideración más elevada de las cosas enseñará y demostrará que, en esto, como en todo, el egoísmo es contradictorio por esencia: el egoísta es el enemigo de sí mismo, y la fórmula más cumplida del propio interés es la que consiste en armonizarlo con el interés ajeno, acumulando de esta suerte, para la defensa y el provecho de cada uno, la fuerza obtenida de la mancomunidad de los esfuerzos de todos.

Porque lo comprendemos así nos asociamos; para que cada uno de nosotros perciba y sienta de manera más clara y eficaz esa verdad, y para que se grabe en la conciencia de todos que el interés de un periodista ó de un diario es, en definitiva, el interés de todos los periodistas y de todos los diarios; que el interés del editor es, en definitiva, el interés del redactor y del

cronista, y que el interés de esos colaboradores solidarios es, en definitiva también, el interés del lector, el interés del pueblo, necesitado de tener una prensa fuerte, ilustrada é independiente, que no es posible sin condigna protección y remuneración.

Todo lo que interesa á la prensa, interesa esencialmente á la sociedad, y no como puede interesarle una actividad parcial, confundida entre sus actividades múltiples, sino, más bien, como un complemento ó una prolongación de todas ellas: como un *alter ego* de la personalidad social. Así como el genio de Gutenberg, si se restituyera al mundo, había de maravillarse y de desconocer su propio invento cuando se le presentaran como derivados de él esos portentosos organismos mecánicos, en que la imprenta moderna parece infundir el soplo del espíritu, creando monstruos inteligentes, dotados de la fuerza y agilidad de los que imaginó la fábula, así también los que, hace apenas dos siglos, lanzaron tímidamente los primeros *Mercurios* y *Gacetas* que encerraban el germen de lo que había de ser la prensa periódica, se pasmarían de estupor si les fuera dado contemplar la transformación prodigiosa que ha hecho del diario contemporáneo una de las fuerzas que dominan al mundo: una fuerza que rivaliza con los gobiernos, porque los inspira y los orienta, ó los desprestigia y los abate; que compite con el libro, porque difunde, en formas democráticas y accesibles á todos, los resultados de la cultura humana; que sustituye á la tribuna, aventajando al Ágora y el Foro de los antiguos tiempos como centro de deliberación y de acción cívica; que complementa la obra del ferrocarril y del telégrafo en la aproximación y el conocimiento mutuo de los pue-

blos; que remueve, con la formidable palanca del anuncio, las energías del comercio y de la industria; que, con los nuevos medios económicos de reproducción gráfica, populariza un reflejo de las creaciones del arte, antes reservadas en el santuario de los museos y de las galerías de los ricos; institución compleja y enorme, que participa de la plaza pública, de la cátedra, del club, del correo y del mercado, y que constituye en sí misma la más exacta imagen, la más característica expresión de la vida moderna, á tal punto que, si la moderna civilización quisiese levantar una bandera que fiel y enteramente la simbolizase, en sus excelencias como en sus defectos, no podría escogerla mejor que enarbolando por bandera las dos hojas desplegadas de un diario, y haciendo del vendedor de diarios el abanderado plebeyo de sus ejércitos en marcha.

La iniciativa que hoy congrega á los periodistas de Montevideo alrededor de un centro común es además, virtualmente, una grande obra de cultura y concordia, que repercutirá por su natural expansión en más amplios conjuntos sociales; porque contribuirá á que los combatientes por ideas opuestas, ó por contrarias pasiones del momento, se reúnan al fin de la jornada, y se conozcan mejor; y conociéndose mejor, comprendan que un adversario no quiere decir un enemigo; con lo que se extinguirán de raíz las asperezas primitivas, las desconfianzas suspicaces, las preocupaciones gratuitas, los últimos resabios de la prensa *montonera* y cerril, para acelerarse la cabal realización de la prensa reflexiva y culta, impersonal y caballeresca; serena, sin mengua de sus entusiasmos ni de sus altiveces; consejera del pueblo, antes que

uncida al yugo de sus pasiones, y tan apartada de la demagogia turbulenta como de la obsecuencia servil.

No es éste el momento de exponer ideas más prolijas sobre la acción del «Círculo de la Prensa». Diré sólo que considero que, dentro de los fines de esta asociación de los periodistas de Montevideo, deberá concederse importancia capital á la faz económica de la profesión; deberá tenderse, segura y paulatinamente, con los recursos de la ayuda mutua y de la defensa común, á que la labor del periodista sea de todas veras un trabajo estable y remunerador, abierto sobre una perspectiva de aliento y esperanza; deberá tenderse á que el periodista no vea sólo en la prensa un oficio accidental y precario, por el que cruza tal vez como ave de paso que acicatean las ventiscas de la pobreza y del abandono, y del cual se aparta apenas vislumbra la posibilidad de una aplicación más lucrativa de sus fuerzas; sino que pueda ver, algún día, en la prensa, una verdadera consagración profesional, que le vincule con cariños de madre y le estimule á progresar en los merecimientos para progresar también en las recompensas.

Puesto que la atención de nuestros hombres de estudio empieza á fijarse en esos interesantísimos propósitos de la organización del trabajo, á que da oportunidad el apresurado crecimiento de nuestra riqueza y energía, importa que no olvidemos, entre los trabajadores dignos de solícito interés, al trabajador intelectual, que, en los pueblos de Europa, suele ser también un proletario, con privaciones y dolores más complejos y crueles que los del mismo trabajador en faenas materiales. El escritor es, genéricamente, un

obrero; y el periodista es el obrero de todos los días: es el jornalero del pensamiento. En serlo tiene su más alta dignidad. Cuando todos los títulos aristocráticos fundados en superioridades ficticias y caducas hayan volado en polvo vano, sólo quedará entre los hombres un título de superioridad, ó de igualdad aristocrática, y ese título será el de *obrero*. Ésta es una aristocracia imprescriptible, porque el obrero es, por definición, «el hombre que trabaja», es decir, la única especie de hombre que merece vivir. Quien de algún modo no es obrero debe eliminarse, ó ser eliminado, de la mesa del mundo; debe dejar la luz del sol y el aliento del aire y el jugo de la tierra, para que gocen de ellos los que trabajan y producen: ya los que desenvuelven los dones del vellón, de la espiga ó de la veta; ya los que cuecen, con el fuego tenaz del pensamiento, el pan que nutre y fortifica las almas.

RÍO BRANCO

En ocasión de su muerte.

Aun dura la vibración de su caída, como la del roble secular cuyo desplome se prolonga en largos ecos, que repercuten de valle en valle. Todavía su imagen se destaca sobre las nuevas impresiones de cada día, y es la impresión de su grandeza la que nos abstrae á cada instante del ruido de las cosas fugaces que trae y lleva el viento que pasa.

¡Impresión original y compleja la de la grandeza de ese hombre! Por su acción infaliblemente victoriosa en el ensanche de las fronteras de su pueblo; por su inaudita fortuna de ganador de tierras, inmensas y pingües, infunde admiración parecida á la que se experimenta ante los grandes capitanes, redondeadores de los imperios y omnipotentes artífices del mapa político. Por la manera incruenta y puramente intelectual como realizó todos sus triunfos, provoca ese otro género de admiración que se consagra á las sumas personificaciones de la habilidad y el arte diplomáticos, á los entendimientos calculadores y sutiles, maestros en el manejo de los hombres, cuyo tipo dió el gran

florentino del Renacimiento, sustituyendo á la supremacía de la fuerza brutal los recursos de la inteligencia, convertida en medio de acción y de dominio. Pero por el espíritu de lealtad, de rectitud, de nobleza—y en ocasión gloriosa, de alto desinterés nacional que presidió á su obra patriótica, despierta un sentimiento semejante al que nos detiene ante los grandes idealistas, ante los hombres de genio humanitario, activos órganos del bien y educadores del sentido moral de los pueblos.

Concertando todos esos rasgos, que hacen resaltar la originalidad, acaso única, de una obra de engrandecimiento nacional realizada, no ya fuera de las torpes violencias de la guerra, sino aparte también de las bajas astucias de la política ladina y artera, surge un honor insigne para la civilización americana. Porque se revela que ella ha llegado ya, en algún aspecto, á aquel grado de capacidad creadora en que la sociedad humana no se limita á producir brillantes ejemplares de los caracteres típicos que le son propuestos por la tradición, sino que alcanza á proponer moldes nuevos, donde la superioridad de las inteligencias y las voluntades toma otras formas características, para modelo de las generaciones que se sucedan. A nuestro entender, la apología de Río Branco no puede concentrarse en elogio más alto ni más justo. Es el tipo profético que anuncia para el porvenir una estirpe de hombres de pensamiento y de acción que han de ajustar á nuevas normas las relaciones de los pueblos y han de imprimir sello distinto á las artes de la diplomacia y de la política. Su significación americana, su significación universal se cifrarán acaso en la historia, por un carácter de iniciación antitético y com-

plementario del que se vincula al libro de *El Príncipe*.

Es condición peculiar de la muerte de estos hombres ilustres que, en la impresión que nos causa, se mezclen paradójicamente la sensación de una ausencia irreparable y la de una presencia persistente y triunfal, que la muerte no es capaz de aventar con sus alas de sombra. Tal en este caso. Río Branco ha muerto; pero, señalando al histórico palacio que fué como el capullo de su actividad extraordinaria, puede decirse con la frase famosa que "todavía está allí». «Todavía está allí», por la segura permanencia de una política internacional de equidad, de concordia, de solidaridad americana, que ya no vacilará en las relaciones del Continente, como no vacilan las cosas que giran sobre su eje ó descansan sobre sus quicios. «Todavía está allí», por el desenvolvimiento incontrastable de los destinos de un gran pueblo, que él completó en sus delimitaciones geográficas y orientó en sus rumbos nacionales, con el impulso definitivo de su mano titánica. «Todavía está allí», por la renovación de su consigna y de su ejemplo en discípulos de orden superior, á quienes toca continuar su obra y en quienes la dulce persuasión de su memoria augusta será la más eficaz energía de consecuencia y de perseverancia. «Todavía está allí», y estará siempre! Y frente á la maravillosa bahía, pórtico inmenso de un mundo de encantos y opulencias, el viajero que vea levantarse la vigilante majestad del Corcovado, del Pan de Azúcar, del Tijuca, verá desplegarse también la gran sombra tutelar, no tendida é indolente, como la del *gigante deitado*, sino de pie, erguida de toda su talla, como el faro puesto en las cumbres para señalar un derrotero inmutable de justicia y civilización.

LA ENSEÑANZA DEL IDIOMA

Con motivo de la "Gramática razonada del idioma castellano", por don Francisco Gámez Marín.

Ni como materia de enseñanza es la gramática de las asignaturas que más parecen gozar de la predilección de los estudiantes, ni como objeto de dedicación perseverante y seria entra en el número de las disciplinas que aseguran mayor crédito y fama en el concepto general. El estudiante suele iniciarse en ella con el prejuicio de que aborda un género de estudios rutinario, árido y desapacible; y el vulgo semiilustrado, que es el más temible de todos, porque es el que se considera autorizado á juzgar y el que determina, en gran parte, las opiniones corrientes, propende á ver en la vocación del gramático una manifestación pobre y mezquina de la actividad del pensamiento. Es indudable que á este descrédito han contribuído considerablemente, por una parte, la condición de la gran mayoría de los textos usados para la enseñanza de la gramática, y por otra parte, la medianía y estrechez de espíritu que ha solido caracterizar á aquellos que la han profesado como maestros ó la han cultivado como teóricos.

Yo tengo la firme convicción de que si la generalidad de los textos de gramática y la generalidad de los gramáticos se pareciesen, respectivamente, á este libro y á su autor, muy pronto habían de desvanecerse vulgares prevenciones, y la opinión común restituiría á tan esencial objeto de estudio y á los que á él se consagran toda la estimación que uno y otros merecen. Y justo es agregar que el señor Gámez Marín lleva realizada ya, en tal sentido, considerable y eficaz labor con su enseñanza de la cátedra, ganando, para la asignatura que profesa, el interés, la afición y hasta el entusiasmo de sus discípulos.

Nunca llegará á dominar de veras una materia de conocimiento quien sincera y profundamente no la ame: la ciencia no se rinde sino á quien le prueba amor; pero cabe experimentar este amor y no tener la aptitud de comunicarlo á los otros; cabe ser sabio y no ser maestro. El señor Gámez Marín, como maestro, posee en alto grado esa virtud comunicativa de la propia afición, y por lo tanto, del propio saber; ese don de simpatía pedagógica, que no se suple con los más hábiles y finos recursos intelectuales de la enseñanza. Su palabra fácil, colorida, animada, lleva en sí el prestigio que embarga el ánimo del alumno y que basta, por sí solo, para mantener en clase la disciplina y la atención. La benevolencia afectuosa, la atractiva llaneza, que, sin menoscabo de la dignidad ni de la justicia, le caracterizan en el trato con sus discípulos, contribuyen á hacer de este catedrático de latín y de gramática todo lo contrario del carácter que, en algún tiempo, se identificaba con el gremio de sus compañeros: todo lo contrario del *dómine*.

Y si nada hay de *dómine* en sus condiciones de ca-

rácter, no lo hay tampoco en las de su inteligencia. Descuella en el señor Gámez Marín una cualidad de espíritu que, siendo rara siempre, es doblemente rara en los que cultivan su género de estudios: la amplitud. Cada aplicación de la mente trae consigo ciertos peligros peculiares, ciertos desequilibrios, ciertas propensiones viciosas. La índole de las cuestiones en que concentra su atención y forma sus hábitos intelectuales el gramático, le exponen fácilmente á la estrechez, á la nimiedad y á la intolerancia. Pues de ninguno de estos vicios hay huella en el espíritu del señor Gámez Marín. Amplísimo en su concepto del lenguaje, al que considera y estudia como organismo vivo, en perpetua renovación é indefinido enriquecimiento; liberal para acoger toda innovación que responda á oportunidades de tiempo ó de lugar; tolerante para juzgar de las libertades que legitime la originalidad de un temperamento personal, ó que excuse la fuerza y eficacia de una expresión feliz; nada afecto á las menudencias ni á los ápices, porque se inclina á buscar la corrección en la fidelidad al *genio* del idioma, en el alma y la vida de la elocución, antes que en sus partículas disueltas, el autor de esta obra muestra, asimismo, la amplitud de su criterio en la manera como aspira á emancipar la teoría y la enseñanza de la gramática de todo uso rutinario y de toda falsa autoridad, trayendo, con oportunísimo intento, á la exposición didáctica, ideas que sólo en más alta esfera habían hallado forma. Honda y fecunda es la influencia que sobre su método y doctrina ha ejercido la constante lectura de Benot; y es seguro que si este alto espíritu, á quien la posteridad debe la compensación del aprecio insuficiente que, con relación á la magnitud de

sus méritos, tuvo durante su labor tenacísima, pudiese leer este libro, habría de regocijarse de ver tan acertadamente aplicado á un texto de gramática el criterio que él preconizaba y defendía.

Consiste fundamentalmente ese criterio en tomar como objeto preferente de la enseñanza del lenguaje, no los vocablos, no los elementos inertes de la elocución, sino las combinaciones organizadas de vocablos en que consiste la esencia del hablar, la vida de la palabra; determinándose en cada ocasión el valor y oficio del vocablo por el sentido que él adquiera de la cláusula donde se le emplee, y no por una clasificación preestablecida de las partes de la oración. Así se desenvuelve el estudio del lenguaje como el de un organismo capaz de interesar á la razón y de dar el sentimiento de la vida, en vez de inmovilizarse en muertas abstracciones, ni de ordenarse artificialmente en reglas de dudosa exactitud ó de dudoso valor. Así la gramática deja de ser, para el estudiante, la ocupación árida y tediosa, que sólo á la memoria educa, y se convierte en satisfacción para la inteligencia, á la que devuelve, mostrándole el orden real y animado del lenguaje, la viva imagen de su propia organización.

El hecho de que la doctrina de este libro se aparte, en puntos importantes, de la que priva en los textos consagrados por el uso, no ha de ser obstáculo para que él logre, en la enseñanza oficial ó fuera de ella, la aceptación que merece. Ése será, más bien, motivo que lo favorezca, en el concepto de cuantos prefieren á la autoridad la razón y el adelanto á la costumbre.

El señor Gámez Marín presta, con su nueva obra, un excelente servicio á la enseñanza, y mediante la en-

señanza, á la cultura general, en los pueblos del Río de la Plata. Preocupados hasta ahora, con justa preferencia, de adquirir ideas y modernizar nuestro espíritu, abandonamos, y hasta desdeñamos conscientemente, el estudio de la lengua materna, porque ella no bastaba como instrumento directo de aquella renovación de nuestra cultura. Pero la reacción empieza á imponerse, y no en vano, al criterio de los hombres reflexivos. Creciendo estos pueblos por aluviones de inmigración, de la más varia procedencia, reparan ya en la necesidad de resguardar y fortalecer todo lo que constituya una energía asimiladora, como lo es en alto grado una lengua nacional; y esta lengua, para las naciones hispano-americanas, no puede ser otra, fundamentalmente, que aquella que las vincula á la tradición humana de la civilización; que las vincula entre ellas mismas, manteniendo para lo porvenir el lazo de una unidad preciosísima, y que, dentro de cada una de ellas, sirve de vínculo con el propio pasado y de expresión connatural á todos los accidentes de la vida. El idioma es á la personalidad colectiva de un pueblo lo que el estilo á la personalidad del escritor; lo que esa entonación característica que llamamos *modo de hablar*, á la personalidad del hombre común: un sello natural y propio que no puede cambiarse. Un pueblo que descuida su lengua, como un pueblo que descuida su historia, no están distantes de perder el sentimiento de sí mismos y de dejar disolverse y anularse su personalidad. Hay, en el fondo de estas cuestiones verbales, intereses de una entidad mucho mayor de lo que alcanza á percibir el vulgo. «¡Cuidad de vuestra lengua!», nos decía ayer no más, con particular encacimiento, Anatole France, nuestro ilustre huésped.

Y no es, por cierto, un temperamento verbalista, sino un espíritu avezado á las más altas, amplias y trascendentales cuestiones en que pueda ocuparse el pensamiento humano, el que habla en la página que Herbert Spencer incluyó en uno de sus últimos libros (1), relativa á las corruptelas del uso, que quitan á ciertas palabras de la lengua inglesa su propia y genuina significación.

---

(1) *Facts and comments*

LAS «MORALIDADES» DE BARRET

De una carta íntima.

Su libro no es nuevo para mí, porque hace muchos meses que cada día doblo una página de él en la lectura de *La Razón*. Y como mi memoria es buena para las cosas que me impresionan bien, puede decirse que dentro de mí existía ya un ejemplar de la colección de sus *Moralidades*, antes de que usted las hiciera reimprimir; y un ejemplar más completo que los que se encuentran en las librerías, porque no le faltan páginas que en éstos he buscado en vano.

Yo no sé si tengo derecho á envanecerme de haber contribuído á aumentar el número de sus lectores; pero, en cuanto á la intención, hace tiempo que, apenas tropiezo con persona á quien se pueda pedir este género de albricias, le pregunto, venga ó no á cuento: —«¿Lee usted *La Razón*? ¿Se ha fijado usted en unos artículos firmados con las iniciales R. B.?...» Y cuando me contesta negativamente, me doy el placer, entre vanidoso y desinteresado, del *gourmet* que revela, á otros que también lo son, dónde pueden gustar una ignorada golosina; y cuando me contestan afirmativa-

mente, el placer consiste en la fruición del comentario acorde y entusiástico.

Ha enaltecido usted la crónica sin quitarle amenidad ni sencillez. La ha dignificado usted por el pensamiento, por la sensibilidad y por el estilo. Hay cronistas de fama europea que, escribiendo fuera del bulevar, no tendrían nada interesante que decir á nadie, y que, aun escribiendo desde el bulevar, son incapaces de comunicar á una página más que el interés efímero de la novedad que cuentan y comentan. Usted escribe desde una aldea de los trópicos, y para el público de Montevideo, y devolviendo en impresión personal los ecos tardíos de lo que pasa en el mundo, produce cosas capaces de interesar en todas partes y siempre, porque tienen una soberbia fuerza de personalidad.

Su crítica es implacable y certera; su escepticismo es eficaz, llega á lo hondo; y, sin embargo, la lectura de esas páginas de negación y de ironía hace bien, conforta, ennoblece. Y es que hay en el espíritu de su ironía un fondo afirmativo, una lontananza de idealidad nostálgica, un anhelante sueño de amor, de justicia y de piedad, que resultan más comunicativos y penetrantes así, en el tono de una melancolía sencilla é irónica, que si se envolvieran en acentos de entusiasmo y de fe, ó de protesta declamatoria y trágica. Su actitud de espectador desengañado, en el teatro del mundo, tiene toda la nobleza del estoicismo, pero con más una vena profunda de caridad.

...Y nada de vulgar en la intención, ni en la forma, ni en la manifestación de la vasta cultura intelectual, que se percibe en la base, en el sustentáculo de lo escrito, y nunca en apariencia inoportuna ú ostentosa.

Una de las impresiones en que yo podría concretar

los ecos de simpatía que la lectura de sus crónicas despierta á cada paso en mi espíritu, es la de que, en nuestro tiempo, aun aquellos que no somos socialistas, ni anarquistas, ni nada de eso, en la esfera de la acción ni en la de la doctrina, llevamos dentro del alma un fondo, más ó menos consciente, de protesta, de descontento, de *inadaptación*, contra tanta injusticia brutal, contra tanta hipócrita mentira, contra tanta vulgaridad entronizada y odiosa, como tiene entretejidas en su urdimbre este orden social transmitido al siglo que comienza por el siglo del advenimiento burgués y de la democracia utilitaria.

Otras dudas y preocupaciones más hondas que las relativas á determinado orden de la sociedad, porque tocan en lo esencial y permanente de las inquietudes humanas, remueve también en el espíritu el contacto fugaz de esas páginas aparentemente ligeras. Es una inagotable excitación para pensar ese *idearium*, inconsecuente y errabundo como la vida misma, que componen sus crónicas.

BOHEMIA

En la revista juvenil de ese nombre.

Aun hay «bohemios»; aun hay quien quiere ser «bohemio»... Y el mote, que, en labios del burgués espeso y acorazado de farisaísmo, equivale á una descalificación, bien puede ser recogido y reivindicado por los muchachos entusiastas, á cuya cabeza sube la savia que estalla en las primeras flores: á manera de aquel otro calificativo, originariamente injurioso, de «los *gueux*», que, levantado del suelo por los flamencos de Guillermo de Orange, llegó á quedar como el nombre vibrante y altanero de los gallardos revoltosos de la libertad.

Haya, pues, «bohemios», y sean benevolentes para juzgarlos los rígidos secuaces del acreditado señor Al-pie-de-la-letra. Entiendan y perdonarán. «Bohemio» no es el que tiene la voluntad enervada y la cabeza en desequilibrio. «Bohemio» es el que vive su juventud con un exceso de entusiasmo, que se le desborda del alma, por las cosas bellas y las cosas raras y las acciones generosas, y con mucho de ese *embrujamiento* interior que, en tiempos de acción y de heroísmo, em-

pujaba á las aventuras y las cruzadas, pero que, en tiempos de monótona prosa, sólo tiene salida en los simulacros de la imaginación, en las campañas incruentas del arte, y en esa terrible vocación de las paradojas y las irreverencias, que, aun en los casos en que son desatinadas ó injustas, permanecen siendo simpáticas, porque llevan el aroma de la juventud.

DEL TRABAJO OBRERO EN EL URUGUAY

Con motivo de la ley propuesta en 1906 por el Gobierno uruguayo.

I

Una tendencia que ha adquirido creciente intensidad en los últimos treinta años, entrega, hoy más que nunca, en los países de algún desenvolvimiento industrial, á la sanción de las corporaciones legislativas, leyes reguladoras y protectoras del trabajo, que se suceden y multiplican hasta dar lugar á todo un sistema de legislación, netamente diferenciado en cuanto á su objeto y en cuanto al espíritu que lo informa, abarcando terrenos antes de ahora inmunes de toda intervención jurídica, y determinando, en ciertos puntos, divergencias y conflictos, ya descubiertos, ya latentes, con las formas tradicionales de la legislación civil.

Esta reacción impetuosa contra el régimen de ilimitada libertad que, desde la Revolución que dió sus

moldes á la sociedad política moderna, prevalecía para el ejercicio del trabajo, tiene su ambiente en una activísima circulación de acusaciones, de lamentos, de protestas, que, manifestándose en los libros como en las agitaciones populares, en los movimientos de piedad social como en los congresos de los hombres de estudio, inspiran, estimulan y, casi podría decirse, *violentan* la obra del legislador.

Limitación de las horas de jornada normal; rectificación jurídica de los fundamentos del contrato de trabajo, según un nuevo concepto de la naturaleza de las relaciones reguladas por él; protección de las mujeres y los niños obreros; indemnización en los accidentes del trabajo; observancia del descanso semanal; reglamentación de las condiciones de higiene y seguridad de los talleres; tasación del salario mínimo; inembargabilidad de los salarios; libertad de asociación gremial; reconocimiento del derecho que asiste al trabajador para la huelga; fundación de tribunales de conciliación y de arbitraje para resolver los desacuerdos entre obreros y patronos; institución administrativa de la oficina de trabajo; inspección y policía del mismo; pensiones y seguros que amparen al trabajador en la inutilidad ó la vejez: tales son, entre otros, los tópicos que abarca este nuevo organismo de legislación, cuyo laborioso desenvolvimiento llega desde las tímidas y dispersas tentativas de las primeras *actas* inglesas sobre fábricas, en los albores del pasado siglo, hasta los vastos y sistematizados códigos que componen ya las leyes de trabajo en algunos de los más adelantados pueblos del mundo.

Vulgar error sería entender que el movimiento de ideas que ha presidido á esta intervención del Estado

en el funcionamiento de la vida industrial, sea la obra exclusiva de una doctrina revolucionaria, cuya sombra fatídica pretenden muchos ver insinuarse á favor de cada una de estas manifestaciones de reforma, olvidando que es en los pueblos de más hondo sentido individualista donde la legislación del trabajo ha tenido su origen y ha alcanzado mayor complejidad, y que son, á menudo, parlamentos y estadistas de filiación conservadora los que aparecen colaborando en el propósito de mejorarla y completarla.

No ya la realización de las soluciones, más ó menos radicales y amplias, en el terreno de las leyes; pero aun mismo el impulso de la iniciativa, la palabra de la propaganda, el reclamo tenaz que ha atraído la atención de los pueblos á los agravios y las aspiraciones que esas leyes tienden á satisfacer, están lejos de haberse mantenido constantemente vinculados á la doctrina social con que suele identificárselos en el concepto común.

Independientemente del dogmatismo socialista se han desarrollado la propaganda y la acción, realmente gloriosas, de las *Trade Unions* inglesas, verdaderas iniciadoras de las reivindicaciones obreras y la más poderosa fuerza que exista constituída en el mundo en defensa de los desheredados. Independientemente del dogmatismo socialista se han desenvuelto, en gran parte, las tendencias del sindicalismo norte-americano, que, organizado en la «Federación del Trabajo», confirmaba una vez más, en el Congreso de Boston de 1903, su autonomía respecto de toda fórmula revolucionaria del orden social. Independientemente del dogmatismo socialista se ha dirigido, en la Australia y en la Nueva Zelanda, el esfuerzo de los partidos obreros

que han llegado á resolver pacíficamente, en aquellas maravillosas regiones, muchos de los problemas sociales que en el resto del mundo inquietarán aún por largo tiempo la conciencia de la humanidad. Independientemente de ese dogmatismo, se manifiesta en la misma Francia el espíritu de muchos de los sindicatos gremiales; é independientemente de ese dogmatismo también, se han caracterizado en todas partes la prédica y el ejemplo de una benemérita legión de pensadores y filántropos, que, sin solidaridad con doctrina alguna subversiva de los fundamentos de la sociedad, han consagrado su existencia al mejoramiento material y á la dignificación moral de los trabajadores.

La universalidad de estos anhelos de reparación, la persistente fuerza con que subyugan las conciencias, concurren á persuadir al más indiferente de que no se trata en ellos de un simple fermento de ideas puestas en boga por los vientos de un día; sino de uno de los caracteres esenciales del espíritu de nuestro tiempo, que tiene positivas correspondencias con la realidad y que fluye de naturales consecuencias de la evolución social y de la evolución económica.

Los conflictos entre el capital, que defiende su superioridad, y el trabajo, que reclama su autonomía, no son el rasgo privativo de una sociedad ó de una época: pertenecen al fondo permanente y sin cesar renovado de la historia humana; pero su recrudecimiento, en términos que relegan á segundo lugar cualquiera otro interés social y político, es uno de los hechos capitales de la pasada centuria, desde que, por una parte, el portentoso desenvolvimiento de la actividad industrial, modificando las condiciones del trabajo, y por otra parte, el despertar de la conciencia de las

multitudes, llamadas por el régimen de la democracia á la plenitud de sus derechos civiles y políticos, determinaron, en las ideas como en los acontecimientos, declives que debían forzosamente conducir á las reivindicaciones del momento presente.

Cabe preguntar todavía si este género de reivindicaciones, justificadas y oportunas en los países de avanzado desarrollo industrial, mantienen su oportunidad tratándose de pueblos que, como los de nuestra América, no han pasado aún del aprendizaje de la industria y están lejos del exceso pletórico de población que agrava y embravece, en las viejas sociedades de Europa, las luchas entre una burguesía opulenta y un proletariado que se angustia en los extremos de la necesidad.

Pero, desde luego, la demostración objetiva de que, cualquiera que sea la magnitud de esas diferencias internacionales, no es prematura ni inoportuna la atención concedida á las cuestiones de esta índole en pueblos como el nuestro, la da la agitación persistente que remueve, en estas sociedades también, á los elementos de trabajo, congregándolos para la común defensa de sus intereses, en asociaciones gremiales, en círculos de propaganda, en protestas y huelgas que tienen su reproducción periódica: fenómenos con que se denuncia un estado de espíritu que, aun prescindiendo de los trastornos accidentales que provoca, no podría dejar indiferente el ánimo del legislador, interesado en estudiar las causas que lo generan y en prevenir los medios que lo aplacarían. Ni puede pretenderse que esa tenaz inquietud no reconozca otra base que la sugestión falaz de los agitadores (aun cuando sea indudable que prédicas desencaminadas la exacerban y desnatu-

ralizan); ni que importe sólo el reflejo maquinal é inconsciente de lo que pasa en los pueblos que dan la norma de la civilización. Estadistas y pensadores americanos han señalado ya, respecto á esas aspiraciones clamorosas, una dirección que no es de resistencia ni de pasividad. Aun no hace muchos años que el ilustre presidente Quintana, desaparecido para grave mal de su país, declaraba, al tomar en sus manos el bastón de Rivadavia, que el programa mínimo del partido socialista argentino, en el que están comprendidos los tópicos fundamentales de la legislación del trabajo, constituía un ideal aceptable y digno de fijar la atención de los hombres de gobierno. Y ésta es la hora en que el cuarto Congreso Científico Latino-americano, que ha de reunirse en Noviembre del corriente año en Santiago de Chile, incluye, entre los temas fundamentales que propone á los estudiosos de América, el relativo á aquella misma cuestión social, considerada del punto de vista de las condiciones y caracteres peculiares de los pueblos del Nuevo Mundo. Obedeciendo á una persuasión semejante, el Uruguay ha incorporado á su organización ministerial el Ministerio de Trabajo, cuya función se complementa, en el mecanismo administrativo, con la Oficina de igual nombre; y la Cámara de Diputados de la misma república ha aumentado el número de sus Comisiones permanentes con la dedicada á este género de legislación.

Contribuye á la oportunidad de tales iniciativas la misma condición embrionaria de nuestro desenvolvimiento industrial, y ella es razón que debe persuadir á no detenerse en ciertas tendencias de reforma. La ausencia de enormes acumulaciones de intereses, la relativa sencillez de las parcialidades en juego, son,

en efecto, circunstancias que favorecen la implantación de leyes regularizadoras, que serán tanto más necesarias, pero también tanto más difíciles y peligrosas de iniciarse, á medida que, en cumplimiento de una evolución ineludible, la actividad de nuestro organismo productor pase de sus comienzos y se adapte á las formas de la grande industria, con la transcendencia, en cuanto á las condiciones del trabajo, que igual concurso de causas ha tenido en todas partes del mundo. Conviene, pues, no sólo atender á los problemas que plantee la situación actual y positiva de las cosas, sino también preocuparse de determinar las costumbres y de dar estructura á los moldes que puedan prevenir los peligros contenidos virtualmente en el desarrollo orgánico de nuestro progreso industrial. En éste, como en todos los terrenos, la sabiduría política se inclinará siempre al procedimiento preventivo, que se anticipa á los males para cruzarles el paso, antes que á aquel otro procedimiento que consiste en esperar que ellos estallen por su propia violencia, cuando tal vez pudieron evitarse ó atenuarse mediante atinados recursos de profilaxia social.

Un medio productor que, limitándonos á la sola ciudad de Montevideo, presenta, de una parte, la fuerza de trabajo acumulada por no menos de cuarenta mil obreros, y de otra parte la suma de capital en que se apoyan, próximamente, cinco mil establecimientos industriales (habiéndose, con seguridad, duplicado desde que el censo de 1889 los calculó en dos mil trescientos) entraña ya, sin duda, una importancia que lo aleja de la simplicidad primitiva. Pero esta complejidad de intereses resulta escasa y pobre, si se la compara con la que puede preverse para un cercano

porvenir. Y si presentemente, en el conjunto, y en muchos de los gremios, de nuestra actividad industrial, no hay exceso en la oferta de los brazos, ó lo hay muy limitado; si las condiciones de vida del trabajador no son, entre nosotros, tan precarias como en los pueblos donde la más mísera tarea es un beneficio disputado por muchos; si el acicate de una competencia implacable, obligada á ofrecer al consumo inmensas cantidades de producción, no excita al industrial á dilatar despiadadamente la jornada de sus obreros; si los géneros de industria más inhumanos y penosos, como la explotación de las minas, permanecen aún en la calidad de un terreno casi virgen, vano fuera pensar que esas relativas facilidades del trabajo son algo más que el carácter transitorio de un período de formación.

La actitud favorable á la reglamentación legal del trabajo, que se justifica con tales consideraciones, no excluye, por cierto, el tino y la mesura cuando se trate de graduar el alcance y de escoger el momento de las iniciativas. Desde luego, debe renunciarse, en mi sentir, á las leyes de conjunto, á los códigos que presentan, teóricamente organizada, toda la materia que envuelve este novísimo campo de legislación. Considero muy preferible proceder por partes y según la oportunidad de cada día. Y supuesto que éste sea el procedimiento que quede consagrado, se deduce que no deberá juzgarse de la mayor ó menor suficiencia de cada ley sin tener en cuenta las que, en un plazo más ó menos largo, la complementarán al abordar otros aspectos ó relaciones del fundamental objeto de todas. Así, por ejemplo, cuando se juzgue de la eficacia higiénica ó de la amplitud humanitaria de

una ley que limite las horas de trabajo y la edad mínima del obrero, ha de recordarse que esas limitaciones tendrán, en casos accidentales, terminos aún más restrictos, en virtud de las leyes sucesivas que traten de la sanidad y seguridad de los talleres, de las industrias peligrosas ó insalubres que, por su naturaleza, han de ponerse aparte de la reglamentación común, etcétera, etc.

Otra consideración que no deberá olvidarse jamás por quien participe en la deliberación ó por quien haga la crítica de leyes del trabajo, es la de que, si bien el más generalizado concepto de estas leyes les atribuye por objeto único ó directo la protección de los trabajadores, no es el solo interés del trabajador el que está vinculado á ellas, ni es siquiera el que prevalece; porque el que prevalece es el interés *social*, que abarca, en la complejidad de sus factores, otras energías no menos necesarias y otros derechos no menos merecedores de atención. Una tendencia irresistible inclinará siempre á todos los espíritus nobles en favor de la parte menos afortunada ó más débil en cualquier conflicto de pasiones humanas; y por eso la causa del obrero lleva en sí misma una atracción independiente de lo que haya de justicia en cada una de sus reivindicaciones. Pero en la tarea de dar leyes, que no es obra de la espontaneidad del individuo, sino de cumplimiento de una delegación de la comunidad, esa inclinación individual ha de subordinarse al respeto y la equidad debidos á todos los intereses legítimos, de cuyo juego armónico brota el orden social, y cuyo equilibrio compete mantener á los órganos del poder público, con la alta imparcialidad de quien se levanta por encima de las disensiones de clases. Y á esta con-

sideración de deber y responsabilidad, no puede menos de agregarse otra, inspirada en un sentimiento de justicia; y es la de que, si hay algún género de capital que merezca particularmente respeto, él es sin duda el capital empleado en la industria; porque, lejos de sustraerse con pusilanimidad y sordidez al movimiento de la vida, para granjear un beneficio sin riesgos, representa un espíritu de iniciativa y de empresa que concurre al fomento de los intereses generales, afrontando, más de una vez, la contingencia de la ruina.

Importa prevenirse, siempre que se agiten tan graves problemas, contra el influjo de un sentimentalismo inconsistente y vago, que encuentra fácil acceso en los espíritus no habituados á someter á prueba sus primeros impulsos con la observación serena de la realidad, y que se reviste de un prestigio falaz de simpatía tratándose de cuestiones en que está comprometida la ventura y la prosperidad de tantos seres humanos. Lejos, muy lejos de mi ánimo la idea de que las inspiraciones que proceden del sentimiento, cuando significan la conmiseración por el ajeno infortunio, la pasión de la justicia debida á los desheredados, y el interés por sus aspiraciones legítimas, no deban tener cabida en el espíritu del legislador: tanto valdría decir que los que dictan las leyes han de mutilar su personalidad en sus energías más nobles y capaces de inspirarla para el bien. Pero esos sentimientos fecundos nunca se confundirán con la sensibilidad desorientada que parte de un conocimiento reflejo ó somero de las cosas; que se determina por impresiones efímeras, insuficientemente depuradas en el crisol de la razón, y que á menudo conduce, con sus persuasiones inconsultas, á obstaculizar las mismas repara-

ciones que desea y á exacerbar los mismos males que provocan su lástima.

Necesario es también mantener la dilucidación de estos problemas en ambiente apartado de toda sugestión y toda influencia extrañas á ellos mismos, y muy particularmente de las pasiones é intereses políticos. El concurso de opinión vinculado á las reivindicaciones de las clases obreras representa ya, en efecto, una suma demasiado poderosa de fuerza popular y de prestigio, para que las agrupaciones que contienden en la vida cívica no se sientan tentadas á disputarse en determinados momentos su adhesión, rivalizando en el terreno de la prioridad de las iniciativas, ó de las innovaciones audaces y las concesiones desapoderadas, con lo que se corre peligro de convertir en simple medio, subordinado á fines transitorios, aquello que afecta á los intereses más vitales y permanentes de la sociedad.

Pero lo que, antes que toda cosa, se impone, en éste como en cualquier otro propósito de aplicación económica ó jurídica, es la necesidad de adaptar cuidadosamente los resultados de la ciencia y la experiencia ajenas á las condiciones propias, peculiares del ambiente, subordinando toda fórmula á una justa consideración de la realidad. En tal sentido, nunca se lamentará bastante que cuestiones de la naturaleza de las que proponen estas leyes, hayan de plantearse sin que exista formado un censo industrial, que permita adquirir una noción exacta y precisa del número de obreros vinculados á las diferentes industrias, de su clasificación en sexos y edades, de los salarios de que gozan y las horas que normalmente trabajan; como asimismo del capital representado por cada uno de

los establecimientos industriales, su capacidad de producción, los agentes mecánicos de que hace uso, y otros elementos de juicio de que no cabe prescindir dentro de la complejidad de problemas que nunca se resolverán por la mera aplicación de principios generales ni por la imitación inadaptada de las soluciones que se hayan arbitrado en medios que pueden diferir considerablemente de aquel en que se actúe, así en la relación social como en la económica.

En ausencia de una rigurosa información estadística, la «Oficina de Trabajo» de Montevideo, á pesar del breve espacio transcurrido desde su fundación y de la pobreza de los recursos de que ha dispuesto para su obra, lleva acumulada en sus registros una suma, importante ya, de datos pertinentes á los diversos aspectos de la situación de nuestras clases productoras. Completadas estas noticias por las que debo á otros órganos de información, el conocimiento en que he procurado fundarme para la aplicación local de las cuestiones del trabajo, puede considerarse de una relativa exactitud, que, en lo que interesa á las conclusiones, no sería modificada de manera sensible por los resultados que arrojarían los números de un censo.

II

La limitación de la jornada de trabajo es, en todas partes, la más vehemente y porfiada de las reivindicaciones obreras. Fúndase esa reivindicación en la necesidad de proporcionar el esfuerzo á la medida de la resistencia normal de la salud, y en el derecho de

disponer, fuera de la tarea obligatoria, de algún tiempo de reposo de espíritu ó de actividad personal y libre.

Obtenida, casi universalmente, la limitación de la jornada en lo que respecta á las mujeres y á los niños, lo ha sido también, en algunas legislaciones, para los obreros adultos, quienes, en la mayor parte de las otras, gozan de ella cuando se trata de trabajos públicos ó de los contratistas del Estado, casos en que éste interviene en calidad de patrono, administrando intereses propios. Una propaganda insistente reclama, dondequiera, la extensión de igual beneficio á la universalidad de los brazos empleados en la vida industrial; y las multitudes del trabajo concretan, en este punto, sus aspiraciones extremas, con la sonada fórmula de las *ocho horas*, que ha sido en todas partes una de las más prestigiosas banderas con que se las ha movido á la acción; aunque fuera erróneo creer que ella sea la fórmula única, ni la definitivamente acreditada por el análisis y la experiencia, entre las que se han propuesto y ensayado para llegar á una humanitaria reducción de las jornadas.

Pero antes de detenernos á considerar los medios prácticos de esta reducción, procuremos eliminar dos dificultades que atañen fundamentalmente al hecho de poner un límite obligatorio al tiempo de trabajo. En primer término: ¿es legítima la intervención del poder público para restringir la libertad individual en el trabajador que contrata sus servicios por más de cierto número de horas?—Y si efectivamente es legítima esa intervención del Estado, ¿es oportuna? ¿responde á una necesidad que no quepa satisfacer por medio más adecuado ó ventajoso?

Para poner en duda aquella legitimidad, puede buscarse fundamento en dos derechos capitales, incorporados ambos á las bases de nuestra legislación, y por igual necesarios al pleno desenvolvimiento de la personalidad humana. La libertad de trabajo es el uno, la libertad de contratar es el otro.

Evitando plantear la cuestión que esto suscita en el terreno de las generalizaciones y de las escuelas, de modo que entren en oposición principios abstractos: prerrogativas del individuo y facultades de la sociedad, individualismo y socialismo (términos, en suma, más que antagónicos, concordantes y complementarios, como los de autoridad y libertad, como los de derecho y deber), atengámonos simplemente, para orientarnos, á las prescripciones expresas de la legislación positiva de estos pueblos. En nuestra Constitución, como en otras constituciones americanas, se consagra de manera explícita el principio de la libertad de trabajo, y de la forma como en aquélla se le define, es posible inferir si habría, en la intervención de que se trata, menoscabo de los fundamentos de nuestras leyes. «Todo habitante del Estado (dice la Constitución del Uruguay) puede dedicarse al trabajo, cultivo, industria ó comercio que le acomode, como no se oponga al bien público ó al de los ciudadanos.»

El *bien público y de los ciudadanos* es, pues, el límite que la Constitución de la República ha señalado al ejercicio de las energías laboriosas. Y es indudable que dentro de la más elemental concepción del *bien público* entra el bien de la salud general, ó sea el bien mismo de la vida, cuya preservación es anterior á cualquiera otro deber de la sociedad constituída en Estado, porque radica en la más simple imposición natu-

ral, que se manifiesta, aun en el ser destituído de razón, por el instinto de la conservación de la especie.

Sofístico fuera sostener que en el obrero que rinde la vida ó la salud al exceso de trabajo no hay comprometido más que un interés individual, al que el Estado debe permanecer ajeno. No es un hecho de mero interés individual el que procede de una situación que alcanza á muchos millares de individuos; el que sirve de exponente á los peligros y los sufrimientos que esa situación entraña para un parte numerosa de la sociedad: para aquella parte á cuya salud y á cuyas fuerzas está confiado el cultivo de los campos, la construcción de las habitaciones, la elaboración del pan, el transporte de las personas y las cosas y todos los demás elementales servicios que hacen posible la existencia material de la sociedad entera. Absurdo en cualquier tiempo el criterio que negase á un hecho derivado de la manera como tales servicios se ejercen su interés colectivo, lo sería doblemente desde que la organización en grande de la industria ha acumulado en fábricas y talleres verdaderos ejércitos de conscriptos del trabajo, que constituyen, por su imponente muchedumbre, una demostración objetiva, abierta á las miradas de todos, de la suma de fuerzas, intereses y destinos que están vinculados al desempeño de esas funciones de utilidad común.

La disminución de salud y de energías por el trabajo excesivo, prematuro ó mal reglamentado, importa, colectivamente, un mal, si menos violento y ostensible, más hondo y persistente que el de una infección epidémica, ante cuyas amenazas el Estado concentra, sin protesta de nadie, sus medios de defensa, y hace pesar, sobre los derechos é intereses que sea menester

lesionar, la razón de fuerza mayor. El mal físico que nace del cansancio del taller no se mide en toda su extensión por las tablas de mortalidad que denuncien la frecuencia de las muertes tempranas en los centros fabriles, ni por la proporción que representen los obreros en los cuadros de morbilidad; aun sería necesario agregar lo que la depresión vital de los padres transmite á su descendencia, de apocamiento de vida y de predisposiciones mórbidas. El Estado consagra en todas partes, con ayuda de la piedad individual, al interés social de la salud, hospitales y asilos donde se cura á los enfermos; pero hay una faz de la acción beneficiente del Estado que debe prevalecer sobre el cuidado de curar, y es el cuidado de prevenir. No es otra la tesis que ha desenvuelto eficazmente Enrique Ensch en su difundido opúsculo sobre la *Socialización de la medicina*. Dentro de este deber preventivo están comprendidas, desde luego, las usuales providencias de higiene pública. Nadie discutirá el derecho de policía sanitaria con que el Estado puede penetrar al taller para fiscalizar sus condiciones de higiene. Y esta intervención sería ociosa y frustránea si no se la extendiese, en cierta medida, al acto mismo del trabajo, determinando el máximum higiénico de su duración.

Pero el interés social no se determina sólo, en este caso, por la razón de salud pública y de conservación de la especie. Concurren á determinarlo otras consideraciones no menos imperiosas. Aun cuando la integridad de la persona física no padeciera con el exceso en el tiempo de trabajo, padecería fatalmente la integridad de la persona moral, tal como la requieren la idea de civilización, la idea de libertad, la idea de racionalidad.

Una medida de trabajo que no deje lugar en la sucesión de los días más que á las interrupciones del sueño, equivale á la anulación de la personalidad humana, convertida en mero instrumento productor, como el animal uncido al yugo ó como la rueda de la máquina. Hay en ello una verdadera sustracción del espíritu, más despiadada que la esclavitud antigua, que solía consentir á sus víctimas el beneficio de una cultura superior. Y si, por efecto de esa inmolación del tiempo á una tarea maquinal, la vida de familia, con su armonía de relaciones y afectos perpetuamente renovados; la vida cívica, con la participación consciente en los actos fundamentales de la colectividad, y ciertas elementales expansiones de la vida de la inteligencia—las conversaciones, las lecturas—llegaran á ser bienes imposibles para una parte considerable de la sociedad, ésta no podría menos de sentirse vulnerada en sus más caros intereses, como no prefiriera sancionar en los hechos una norma de egoísmo que no diferiría, más que en apariencia, de la que ha engendrado las desigualdades de castas. Este deber de solidaridad sube de punto cuando se le considera con relación á sociedades fundadas en el principio de igualdad democrática; porque el reconocimiento de los derechos que determinan la igualdad civil y política no pasaría de una burla siniestra si la sociedad confirmase con su indiferencia una situación en que el ejercicio de gran parte de esos derechos estaría físicamente imposibilitado por una parálisis aún más invencible que la que inutiliza los órganos del movimiento. Todas estas consideraciones concretan, evidentemente, una faz capital de ese *bien público* á que se ha referido la Constitución del Uruguay. Y ha de agregarse todavía que, siendo

las condiciones inferiores de la existencia del trabajador, y su aspiración á mejorarlas y dignificarlas, origen de una agitación creciente, que excede de lo accidental y transitorio para convertirse en rasgo ó peculiaridad de un estado social determinado, manifestándose por huelgas y conflictos que á menudo tienen grave transcendencia en el orden de la sociedad, el *bien público* se determinaría también por la necesidad de eliminar esa fuerza latente de desorden, acudiendo á segar en sus raíces las causas de que se deriva.

La libertad de contratación es otro de los derechos en cuya virtud suele desconocerse la facultad del Estado para limitar la duración cuotidiana del trabajo que se estipula en servicio de otro.

Conviene recordar desde luego que la libertad de contratar no es ilimitada ni ilegislable. El precepto constitucional que, asegurando el goce de los derechos individuales, prescribe que nadie podrá ser privado de ellos *sino conforme á las leyes*, no la ha exceptuado de su alcance. Nuestra legislación común, en punto á las relaciones entre el patrono y los obreros, permanece inmovilizada dentro de moldes anteriores á la profunda transformación que, en las condiciones del trabajo humano, han sucedido desde el último siglo al centuplicado impulso del desenvolvimiento industrial, dando por resultado un concepto enteramente nuevo del carácter jurídico de aquellas relaciones. No pasan nuestros Códigos del concepto del simple «arrendamiento de obra», inapropiado y mezquino para caracterizar una cooperación que debe regularse por una idea, mucho más alta y noble, de solidaridad. Pero, aun en estos límites estrechos, han tenido espacio para dar, siquiera sea rudimentariamente, formas efectivas

al principio de que, en éste como en cualquiera otro objeto de convención, hay un término infranqueable á la voluntad de las partes contratantes, y así, nuestra legislación civil y comercial estatuye que nadie puede obligar sus servicios por un tiempo indeterminado, ni para empresa ú obra que no sea concreta. La libertad de contratar ha de someterse á los límites que le señalan de consuno las demás manifestaciones de la libertad del individuo y los fines esenciales de la sociedad.

Por otra parte, es argumento que nadie ha podido desvirtuar, aunque ha sido propuesto reiteradamente al debate, el que señala lo precario y ficticio de una libertad de contratar ejercida en condiciones de desigualdad tan notorias como las que separan al industrial que ofrece trabajo, del obrero que llama á sus puertas. Es el contrato entre la fuerza y la debilidad; entre la libertad y la necesidad; y en casos extremos, pero no infrecuentes, entre la opulencia y el hambre. Es la forma cabal del pacto leonino. Cierto es que este vicio de desigualdad podría observarse á menudo en muchas otras convenciones legales; pero no con tal desproporción, y sobre todo, no con el carácter de un hecho tan común y consuetudinario. Debajo de esa libertad formal, cuya intangibilidad se defiende en el arrendamiento de servicios, se oculta en realidad un fondo insondable de coacción y violencia. Los más brutales abusos, las explotaciones más inicuas, son condiciones aceptables para el que delibera sobre lo que le proponen, cuando la deliberación se plantea entre estos términos: vivir ó morir. Y si se recuerda que es un principio jurídico inconcuso, en cuanto á la validez de los convenios, que el consentimiento dado

en circunstancias de violencia moral vicia de nulidad lo convenido, no será mucho que, moralmente á lo menos, veamos una suprema razón de nulidad en las obligaciones que contrae el trabajador que arrienda sus fuerzas bajo la presión de las angustias de la necesidad. El oprimido á quien se reconoce derecho de emanciparse cuando quiera, no es un esclavo; pero si esa fuga ó liberación á que se le reconoce derecho ha de equivaler para él al hambre y á la muerte, ¿qué diferencia le separa de la condición del esclavo, si no es la vanidad del nombre?

Limitar una libertad aparente y falaz en el acto del contrato, significa, pues, resguardar una libertad infinitamente más real y preciosa: la de la verdadera posesión de sí mismo, la del uso de la propia personalidad, inconciliable con jornadas que absorban todo el tiempo de vida en automático servicio del provecho ajeno.

Pero si la intervención del poder público, con las limitaciones que necesariamente imponga en la libertad de trabajar y contratar, es, en principio, legítima, queda por resolver aún si ella es oportuna; si responde á una necesidad que no pueda satisfacerse de manera mejor. Allí donde los medios de la iniciativa privada resulten débiles ó inconducentes para la satisfacción de una conveniencia pública, allí y sólo allí empieza la jurisdicción del Estado en el sentido de atender á ella; á menos de hipertrofiar el Estado su poder, y sofocar el fecundo desenvolvimiento de la espontaneidad individual.—¿Hay, pues, dentro de las actuales condiciones de las sociedades humanas, y concretamente, de la sociedad de que se trata ahora, recursos eficaces con que arribar á una satisfactoria

reglamentación del trabajo y á una justa protección de los trabajadores, prescindiendo de la acción directa de la ley?

Indudablemente los habría, si el industrial tuviese de ordinario una concepción clarividente y elevada de las exigencias de su interés definitivo. Levantándose entonces por encima del aparente y transitorio interés que puede moverle á la desconsideración y la injusticia con sus colaboradores forzosos, llegaría á comprender que una estrecha solidaridad de destinos la vincula á éstos, y que no debe, por tanto, abusar de sus fuerzas ni exacerbar sus agravios, sino ver en el agente productor y ver en sí mismo como dos órganos cuya integridad es mutuamente necesaria para ambos, siendo la condición de la salud de un cuerpo único. Las persuasiones de esa elevada consideración de utilidad, de ese interés bien entendido (ya que motivos más altos de filantropía y desinterés no es posible incluir, por desdicha, entre los móviles comunes de las acciones humanas), serían suficientes para amparar al obrero contra los excesos de la brutalidad ó la codicia, sin necesidad del escudo protector de la ley. Pero bien se comprende que semejante garantía es, en realidad, asaz precaria y problemática. El industrial está lejos de ser siempre un espíritu superior... El interés particular no se eleva fácilmente á consideraciones de esa índole. Y puede agregarse que, aun cuando por excepción se eleve á ellas, se verá impedido de llevar sus propósitos benéficos más allá de ciertos límites, por el hecho de que su propia calidad de excepción le pondría, durante mucho tiempo, en condiciones inferiores de competencia.

Otro medio, mucho más adaptado al conocimiento

de la naturaleza humana y á la historia de esta cuestión social, puede señalarse para excusar al poder público de la ingerencia en los conflictos del trabajo.

Consiste este medio en fomentar, en obreros y patronos, el espíritu de asociación profesional, de modo que cada una de esas parcialidades se organice y adquiera personalidad corporativa, relacionándose entre ambas y propendiendo á equilibrar sus conveniencias y derechos. La facultad de contratar, en materia de trabajo, podría ser abandonada sin temor á las contingencias de una libertad no restringida, si, frente á una asociación de los intereses patronales, que uniformase las manifestaciones de su voluntad, hubiera constituído un fuerte haz de sindicatos obreros, autorizados por la ley para el contrato colectivo, de modo que desapareciera la debilidad del proletario que estipula individualmente con el patrono; y dotados, además, de una base material suficiente como para ofrecer al capital la confianza de una responsabilidad efectiva en cuanto al respeto de sus convenciones. En tal caso, el interés legítimo del trabajador tendría su amparo y su vigilancia en sí mismo, y el juicio arbitral podría dirimir pacíficamente todas las disidencias de obreros y patronos, sin que el Estado necesitase abandonar su norma de abstención.

Cualesquiera que sean sus condiciones de madurez en lo presente, tal solución es, sobre toda duda, un ideal á que se debe tender; es la fórmula superior y completa, más sólida y más digna que otra alguna, puesto que busca su fundamento en las costumbres, y su impulso en los movimientos saludables de la libertad y la cooperación, sin los peligros que indudable-

mente encierra una apelación sobrado solícita al favor providencial del Estado.

Por medio de esa libre asociación de fuerzas es cómo las *Trade Unions* han organizado, en los pueblos anglo-sajones, un poder que impone respeto al interés conservador y á la autoridad de los gobiernos. Por ese medio también es cómo los trabajadores de la Australia y de la Nueva Zelanda han conquistado, en empeñosa brega, la reducción de las jornadas, el salario mínimo, la solución arbitral de las cuestiones del trabajo, y otros rasgos, aún más avanzados, de una organización social que ha dado lugar á que se señale por muchos, en aquel mundo nuevo, una como anticipada imagen de la humanidad del porvenir.

Pero, infortunadamente, la asociación de las fuerzas obreras está lejos de haber alcanzado en todas partes el grado de generalidad, de organización y de recursos que sería necesario para poder confiar en la exclusiva eficacia de su acción. Y si nos referimos á nuestro propio medio, tal deficiencia es tanto más sensible.

Ese género de asociación, hoy incipiente entre nosotros y supeditada casi siempre á tendencias que no son puramente las de las reivindicaciones económicas del trabajador, ha de luchar, por mucho tiempo todavía, con los impedimentos que acumularán ante ella la relativa escasez de las fuerzas asociaciables; el carácter flotante é inorgánico de nuestras clases obreras, formadas en su gran mayoría por elementos colectivos, procedentes de todas direcciones, sin los vínculos que crea la comunidad de nación ó de oficio inveterado y fijo; y por último, cierta tendencia ingénita de nuestra sociabilidad, cierta influen-

cia peculiar del ambiente, que dificulta, para cualquier género de propósitos, la concentración y el acuerdo de las voluntades.

Por otra parte, la suficiencia de la asociación gremial, como medio exclusivo de regular las relaciones del trabajo, no parece muy asegurada en la actual situación de las cosas humanas, si se considera que son los pueblos donde esa asociación florece y cunde, los pueblos de las *Trade-Unions*, los que con más eficiencia han propendido, mediante la propaganda de estas mismas, á obtener la intervención del Estado para la reforma de las condiciones de la vida industrial. La legislación del trabajo, según ya tuve ocasión de recordarlo, ha nacido, en lo moderno, de las *actas de fábricas* de Inglaterra; sin que hayan sido obstáculo para ello ni la fuerza omnipotente que alcanzan en esa gran nación los recursos de la acción privada, ni el individualismo que radica en los más hondos terrones de su tradición social.

En nuestros días, puede afirmarse definitivamente que la tendencia intervencionista no tiene adversarios absolutos. Todo está en la medida que se le señale, ó en las cuestiones á que se la extienda; y éste es, sin duda, punto delicado y grave. Si se tiene en cuenta que la intervención del Estado en el régimen del trabajo no se cumple sino al precio de restringir ciertas libertades, tan respetables como todas, lícito es sentar por principio que para fijar el límite de esas libertades no debe bastar con una probabilidad de conveniencia: será menester que esa probabilidad raye en los términos de la *certidumbre*, y que esta conveniencia, por el grado á que se levante, asuma los caracteres de una *necesidad*.

Tal es el criterio á que, por mi parte, procuraré ajustarme en el presente estudio.

III

El defecto de que fundamentalmente adolece la fórmula propuesta por el gobierno del Uruguay es la inflexibilidad de sus lineamientos, es la rigidez con que tiende á comprimir, dentro de moldes comunes é invariables, actividades diferentes por la naturaleza de sus procedimientos, y capacidades desiguales por la medida de sus energías.

La jornada uniforme de *ocho horas* para el trabajo de fábrica y taller, prestigiosa como aspiración humanitaria, y admisible como límite normal, que sirve de regulador ó de modelo, es, á todas luces, violenta y desconocedora de la realidad, si ha de tomársela como canon cerrado é inflexible, que no dé lugar á ampliación, á modificación, á salvedad alguna.

Ni aun tratándose de reducciones menos extremas en el número de horas, se las ha considerado, en otras partes, conciliables con la fijeza y la igualdad. Recórranse todas las leyes similares; consúltense todas las fórmulas á que se haya dado sanción práctica en la reglamentación del tiempo de trabajo, cualquiera sea la amplitud de sus límites: todas comportan numerosos casos de excepción, todas prevén dificultades, todas hacen diferencias; sea en su propio texto, sea en los reglamentos que concretan y particularizan su aplicación, sea concediendo á determinados órganos de autoridad la prerrogativa de atenuar ó sus-

pender en ciertas circunstancias, según su prudencial arbitrio, el rigor de las disposiciones comunes. Y esto fluye naturalmente de la complejidad infinita de la materia sobre que recae la acción de estas leyes, y de las circunstancias imprevistas que á cada paso surgen, desde que se las lleva de la esfera de las generalizaciones al vario y desordenado campo de la realidad.

Es fácil darse cuenta, en primer término, de que las maneras de organización y funcionamiento de los diferentes géneros de industrias están lejos de seguir una pauta uniforme; y por tanto, no cabría imponer en todas ellas una medida de tiempo absolutamente igual, sin producir una nivelación que forzaría la naturaleza de las cosas. Además, la intensidad relativa de trabajo nunca podría medirse con exactitud por la simple extensión de tiempo. Una igual duración de la labor no importa el mismo gasto de energías en las industrias que exigen el esfuerzo rudo ó la atención concentrada, que en las que se desempeñan por movimientos livianos y automáticos. Esa duración no envuelve iguales riesgos para la salud en la generalidad de las industrias que en las que son esencialmente antihigiénicas por el material que se maneja ó por la índole del esfuerzo que imponen. El trabajo que se verifica al aire libre difiere del que se realiza bajo techo, y el de horario nocturno del de diurno. La condición de cierto género de manufacturas volverá difícil ó imposible fijar con exactitud el límite del trabajo del día, porque la interrupción de ciertas operaciones frustraría su resultado; mientras que en otras manufacturas el término de cada operación es fácilmente previsible, ó su interrupción es innocua. La necesidad de valerse de turnos ó relevos por la reduc-

ción del horario, importará en determinadas industrias una dificultad mucho mayor que en las demás. Hay especies de elaboración en que puede reforzarse el trabajo de taller con el trabajo á domicilio, á diferencia de otras, en que el obrero sólo puede trabajar dentro del taller. El descenso en la cantidad de producción, el encarecimiento del producto, la merma del salario, por la disminución de las horas, no son consecuencias igualmente probables, ni igualmente temibles, en los diferentes órdenes de industrias. Y en una palabra: de cualquiera punto de vista que se le considere, cualquiera sea el interés con que se le relacione, el organismo industrial presenta un conjunto tan complejo y tan múltiple, que la vanidad de pensar en una reglamentación uniforme aparece de manera intuitiva apenas se pasa de lo más exterior de él.

Debe en general desconfiarse, contra la creencia vulgar, de las leyes que no establecen excepciones ni especifican diferencias. El objeto á que se aplican las leyes, el fondo diversísimo é instable de la sociedad humana, es cosa demasiado apartada de la simplicidad para que una medida absolutamente común sea, las más de las veces, conciliable con el acierto y la justicia. Pero tratándose de la cuestión que examinamos, la verdad de esa observación sube de punto, porque difícilmente se hallaría materia más compleja que ésta. Aun no se ha dicho todo con señalar la diversidad de las industrias entre sí. La complejidad se reproduce, á menudo, en los distintos momentos de la actividad de cada industria. Numerosas son las clases de trabajo en que un horario inflexible no se adaptaría á las necesidades cambiantes de la producción, según las estaciones, según la inclemencia ó la bonan-

za del tiempo, y según las mil causas que influyen en las alzas y bajas de la demanda.

Se deduce de aquí, y es menester reconocerlo, una de las indudables ventajas que el libre acuerdo entre las partes tiene, en principio, sobre la intervención del Estado, para la solución de las dificultades del trabajo. Presupuesta una organización de los intereses patronales y gremiales en la que estos últimos estuviesen dotados de fuerza suficiente con que equilibrar los medios del patrono, cada industria, cada gremio, se darían autonómicamente la jornada que mejor conviniese al orden de sus tareas, armonizando en ella las aspiraciones legítimas del industrial y del obrero; modificándola según su experiencia, y adaptándola al cambio de las circunstancias. Pero mientras tal organización no exista y la intervención del Estado sea necesaria para compensar la debilidad de una de las partes, esta intervención debe tener por norma conciliar los límites que fije al uso de los servicios del trabajador, con la necesidad de respetar las naturales diferencias determinadas por la distinta aplicación de esos servicios.

Tal es el resultado de la más somera consideración de las cosas, y tal es también el ejemplo, en todas partes en donde se ha reglamentado legalmente el trabajo. Los pocos pueblos que han señalado un límite á la jornada del obrero adulto, no lo han hecho sin atender, de uno ú otro modo, á aquellas causas de desigualdad. En la legislación francesa, la jornada de diez horas, que establece la ley de 1900 y que ha entrado en vigencia desde 1904, alcanza sólo á los obreros que trabajen en los talleres y manufacturas donde también se ocupen mujeres y niños. Para los demás,

rigen las doce horas que prescribe el decreto dictado, durante la efímera república de 1848, por el llamado «Consejo de Luxemburgo». Pero, además de esta primera diferencia, así este decreto como aquella ley están sujetos en la práctica á numerosas excepciones. El decreto de 1848 establece que «los reglamentos de administración pública determinarán las excepciones que sea necesario introducir en la disposición general, por razón de *la naturaleza de las industrias* ó de causas de fuerza mayor». Y la ley de 1900 está limitada en su aplicación por disposiciones como las de la ordenanza de 28 de Marzo de 1902, que autoriza los trabajos extraordinarios fuera del máximum normal de diez y doce horas, en determinados géneros de industria ó en ciertos casos de urgencia.

La legislación suiza ha consagrado, desde 1877, el horario universal de once horas; pero no sin dar lugar, por el artículo 11 de la famosa ley de aquella fecha, á los pedidos de autorización para prolongar extraordinariamente la duración de las horas de trabajo; pedidos que, según el término de la prórroga, deberán dirigirse á las autoridades del distrito ó al gobierno federal.

La ley austriaca de 1885, que, como la suiza, establece un máximum de horario para los obreros adultos, lo fija también en once horas; pero con tal suma de excepciones y derogaciones, que, seguramente, los casos que caen dentro del alcance de la ley no superan en número á los excluídos.

No ha legislado Inglaterra en cuanto al horario de los adultos; pero aun tratándose sólo de la reglamentación del trabajo de niños y mujeres, basta revisar el gran *bill* de 1878, que reúne y sistematiza la legisla-

ción industrial, para encontrar á cada paso una diferenciación en materia de horas de trabajo: según el género de fábricas, según la premura de la tarea y según otros muchos motivos de diversidad; todo ello sin perjuicio de autorizar ampliamente las derogaciones expresas por concesión de los secretarios de Estado.

Si esta necesidad de diferenciar, de exceptuar, de abrir espacio para el trabajo extraordinario que fuere requerido por la urgencia del caso ó por la naturaleza de la industria, ha sido así atendida tratándose de jornadas normales de *diez* á *doce* horas, ¿cuánto más imperiosa no será la fuerza de tal necesidad cuando se fije en *ocho* horas la duración de la jornada normal?... Cítase comúnmente el ejemplo de la Australia y de la Nueva Zelanda, en abono de la posibilidad de la jornada uniforme de ocho horas. La ley ha consagrado, efectivamente, en esos pueblos, la suspirada fórmula: ¿es sin excepciones como la ha consagrado? Consúltese la ley neozelandesa de 1901, admirable código del trabajo industrial. Junto al inciso del artículo décimoctavo, que fija para el obrero adulto el máximum de cuarenta y ocho horas semanales, está el inciso donde se previene que en un anexo de la ley se enumeran los géneros de industria exceptuados de tal disposición.

En 1904, en la República Argentina, el gobierno del presidente Roca propuso á la sanción parlamentaria un vasto y concienzudo proyecto de legislación del trabajo, que, á pesar de que nunca llegó, según mis noticias, á tomarse en consideración, merece ser citado como notable antecedente teórico. Ese proyecto, obra del cultivado espíritu de don Joaquín V. Gonzá-

lez, establece la jornada normal de ocho horas; pero cuida de asegurar, en la práctica, la flexibilidad que dé paso á los impedimentos que se justifiquen. En él no sólo se prevén las excepciones determinadas por los caracteres permanentes de ciertos géneros de industria, sino que se legitima que la libre convención entre obreros y patronos produzca la modificación de aquel horario, mediante el juicio pericial de los técnicos y la intervención, si necesario fuere, de los tribunales instituídos para dirimir los conflictos del trabajo.

La autoridad de estos ejemplos concurre á reforzar las razones en cuya virtud juzgo que no podrá menos de quitarse á la limitación de la jornada el carácter inmutable y rígido con que la propone el gobierno del Uruguay; aunque, como norma ó centro de un plan menos uniforme, tengo por aceptable la medida de la limitación. Falta escoger ahora el medio con que deba tenderse á comunicar al horario legal la flexibilidad que lo haga aplicable en distintas circunstancias.

Al procedimiento de prever excepciones que se señalen taxativamente, ya en la ley misma, ya en su reglamentación, ó que queden libradas al criterio de las autoridades á que corresponda aplicarla, acaso fuese preferible, partiendo de la radical restricción de ocho horas para jornada normal de todo gremio, el sistema de conceder algún espacio, fuera de esas horas, á la libertad de contratar; de suerte que según las condiciones y necesidades de cada industria, y según las accidentales exigencias de cada oportunidad de su desenvolvimiento, pueda el industrial, sin obligación de recurrir al permiso de las autoridades, tomar, dentro de aquel término libre, el tiempo que sea menester. Pero, cumplida la común jornada de ocho horas,

todo trabajo excedente requeriría convenio expreso y aparte, y no sería, en ningún caso, obligatorio para los que sólo hubieran contratado sus servicios en cuanto á la tarea normal, ni entraría como compromiso válido en las condiciones de la admisión á esta última. El trabajo extraordinario de esa manera autorizado, nunca debería pasar de *tres horas*, las cuales serían retribuídas con ventaja, cuya proporción fijaría la ley, respecto del salario de las horas normales. Se tendría, pues, en las industrias que necesitaran apelar, más ó menos transitoriamente, al trabajo extraordinario, una jornada de once horas, ó sea igual en duración á aquella que la avanzada legislación suiza, la de espíritu más ampliamente humanitario en Europa, consagra como jornada común, susceptible de aumentarse extraordinariamente.

Algunos de los Estados de la Unión Americana, v. gr., Nebraska y California, han tendido también á conciliar el establecimiento de un horario normal con las ventajas del contrato libre; y al efecto, han dado fuerza legal á la jornada de ocho horas sólo para aquellos casos en que no exista convención en contrario entre el industrial y los obreros. Pero esta autorización indefinida, sin máximum de tiempo, del trabajo extraordinario, ó más bien, del trabajo normal por convenio expreso, vale tanto como desvirtuar los fines esenciales de la reglamentación de las horas de trabajo. Bien sabido es que, en las actuales condiciones jurídicas del contrato entre patronos y trabajadores, el obrero carece de medios suficientes con que equilibrar la abrumadora superioridad del capital: de manera que nada ampararía al obrero, en un régimen de plena libertad de convenciones, contra la imposición

de las jornadas brutales que destrozan el cuerpo y humillan y anulan el espíritu. Es necesario un límite que respete las conveniencias extremas de la conservación social y de la dignidad humana. Y de tal punto de vista, aunque se comprende que, tratándose de este género de fórmulas, no es posible aspirar á una exactitud ó á una precisión absolutas, hay, por lo menos, grandes probabilidades de acierto si se afirma que una jornada, de fábrica ó taller, que pase de *once horas*, no se justificaría ni por la mayor consideración de orden económico ó de utilidad general; porque, aun cuando por la índole excepcionalmente liviana del trabajo no representase, en algún caso, un exceso brutal, representaría siempre una absorción de tiempo inconciliable con el libre uso de la propia personalidad y con la satisfacción de los más elementales vínculos de la sociedad y la familia. Por otra parte, dentro de las necesidades y los usos de nuestras industrias, no hay trabajo que no pueda contenerse, sin grandes violencias, en un término inferior al máximum á que me refiero.

Expuestas las ventajas que la ampliación accidental de la jornada de ocho horas tendría en relación á las necesidades industriales, cabe preguntar si esas ventajas subsisten cuando se consulta el interés del trabajador; y creo que la respuesta afirmativa surgirá, clara é imperiosa, para todo espíritu desapasionado. El interés del obrero no puede ser otro que el de que se limite la duración de su trabajo hasta el punto en que estrictamente lo requieran la integridad de su naturaleza física y los fueros de su personalidad moral. Pero toda limitación que no se contenga en esa estricta medida y obstaculice la libertad del trabajador para el desenvolvimiento de las fuerzas que son la condición

de su existencia y el fundamento de sus aspiraciones y esperanzas, no puede menos de ser considerada por el obrero como una abominable tiranía, que se dirige contra sus más caras y esenciales conveniencias.

Desde luego, si falsa es la identificación de las condiciones de todas las industrias, en cuanto al tiempo en que hayan de desenvolverse, falsa sería también la identificación de las condiciones y necesidades de los individuos, con relación á los fines del trabajo. No todos los obreros tienen igual número de hijos á quienes mantener; no entre todos está igualmente repartido el peso de las calamidades que acrecientan los gastos permanentes ó eventuales de la familia: las enfermedades, las defunciones, las deudas, los padres inválidos ó ancianos á quienes auxiliar, etc., etc. Aun cuando hubiera modo de eliminar estas diferencias, siempre quedaría en pie un motivo de disimilitud que bastaría por sí solo para justificar las desigualdades en la medida de trabajo: la diversidad en el grado de la aptitud. Y he aludido con esto á uno de los peligros que más cuidadosamente han de orillarse en estas leyes de reparación social; porque á poco que ellas se salgan de sus límites, á poco que se las inficione del espíritu del socialismo igualitario, conducen á la funesta extinción de todo estímulo y toda emulación, con lo que se abate el legítimo privilegio de las aptitudes superiores y se quita al trabajo la lontananza con que lo anima y alegra el pensamiento del triunfo, para reducirlo á una obligación monótona y tediosa, aunque se la haya eximido de sus crueles espinas, que no promete á nadie más que lo que concede á todos.

En buena hora se atenúen los efectos de la competencia y de la «lucha por la vida», con el bálsamo de

la piedad. Pero nunca se les anule de modo que no queden medios para que el más fuerte, el más laborioso, el más capaz, ó, si se quiere, el más ambicioso,—puesto que la ambición noble y digna es de por sí una razón de calidad,—logre descollar y prevalecer sobre la multitud de los mediocres. El carácter esencial de la sociedad democrática será siempre la justicia inmanente que permite á cada cual destacarse según sus fuerzas y merecimientos, y hace de cada hombre el artífice de su propio destino. Pobre concepto del trabajo sería el de aquel que lo considerase simplemente como un medio de subsistir: él es también un medio de progresar y de elevarse. Cuando todas las necesidades de la vida estén satisfechas; cuando en la casa haya todo el pan y todas las ropas que se necesiten, todavía quedará al trabajador un estímulo para persistir en el trabajo: la posibilidad del ahorro, que le dará modo como levantarse sobre su condición y escalar para sí ó para sus hijos rangos superiores de la sociedad. Vano será que se declame contra estas razones, arguyéndose con que es cruel ironía hablar á los que perecen, acaso, en las angustias del desamparo y la miseria, de la posibilidad de atesorar y de ascender. Los hechos prevalecerán sobre las declamaciones, y es un hecho que puede comprobar cualquiera, dentro del alcance de su observación personal, el caso del obrero que ha conquistado el bienestar, y aun la fortuna, como recompensa de su habilidad, de su perseverancia ó de su economía. Aun cuando este hecho no fuera frecuente (y en los forzosos límites de toda selección, lo es), bastaría que él fuese posible para que debiera facilitarse la ocasión de que se produjera. Llenos están los anales de las sociedades de-

mocráticas de estos encumbramientos dignificadores, que no se limitan, por cierto, á la conquista de un mayor bienestar material, sino que llegan más alto y alcanzan á los bienes superiores del poder y del renombre, y un día levantan á Lincoln, el leñador del Illinois, al Capitolio de Wáshington, y otro día levantan á Félix Faure, el curtidor de Turena, al palacio del Elíseo. No rebajemos la energía de las voluntades, en nombre de una falsa igualdad. Dejemos algún campo abierto para que trabajen algo más que los otros aquellos que más lo necesitan, ó que más aptos son, ó que más ambiciones tienen; y con esto respetaremos los principios fundamentales de nuestra organización democrática, y tutelaremos el más alto y vital interés de los trabajadores.

IV

Si en tal forma se modificase el horario inflexible de ocho horas que propone el gobierno del Uruguay, puede asegurarse que su aplicación no traería consigo alteraciones de cuantía en las actuales costumbres de nuestra organización industrial, ni haría otra cosa que completar una evolución, favorable á las jornadas breves, que se ha desenvuelto sin la intervención del Estado. Pocas serían las industrias á las que viniese estrecho el término máximo que tolera la flexibilidad de un horario de ocho horas normales y tres extraordinarias, ó que no pudieran ceñirse á él sin graves perjui-

cios. Las jornadas que pasan de once horas son, en nuestras fábricas y talleres, una rara excepción.

Debe tenerse en cuenta, desde luego, que el horario fijo de ocho horas es una conquista ya alcanzada en muchas de las industrias cuyo funcionamiento peculiar no opone dificultades insalvables á esa limitación de tiempo. Gozan actualmente de la jornada de ocho horas, por libre acuerdo entre obreros y patronos, gremios como los albañiles, los carpinteros de obra blanca y de ribera, los herreros, los herradores, los operarios joyeros, los escultores en madera, los calafates, los aserradores de ribera, los trabajadores en mármol, los ebanistas de taller, los elaboradores de cigarrillos y de fósforos. En otros gremios, el horario actual, pasando de ocho horas, no alcanza á once. Trabajan nueve horas: los talabarteros, los lustradores de muebles, los maleteros y bauleros, los aparadores de botas, los zapateros mecánicos, los operarios sastres, etc. Trabajan diez horas: los cortadores sastres, los ebanistas de fábrica, los caleros, etc.

Excusado es decir que estos gremios que, en un régimen de ilimitada libertad, cuando no hay máximum obligatorio de tiempo, han obtenido, por su propia gestión ó por espontánea concesión del industrial, jornadas inferiores á once horas, en nada verían modificado su horario por la vigencia de una ley que fijase, con carácter de excepción, el máximum de once. Es obvio que los industriales que han podido adaptar el movimiento regular de sus empresas á aquellas jornadas breves, sin que los moviese á ello más que su propio interés ó el de conciliar con los obreros, sólo tendrán motivo para mantener, y aun reducir, sus horarios, desde que sepan que todo tiempo que exceda de

las ocho horas normales entra en la condición de trabajo extraordinario, con derecho á ser beneficiado en la retribución.

El término de las jornadas varía, en otros gremios, según las estaciones del año; y es, sin duda, una de las ventajas de una fórmula flexible la de dejar subsistir estas diferencias, que la fórmula absoluta abatiría con su rasero nivelador. Así, los peones de las *barracas* (ó depósitos) de maderas, trabajan nueve horas en verano y ocho en invierno; los de las barracas de lanas, nueve y media en invierno y diez en verano; los de las barracas de carbón, nueve y diez horas, respectivamente; los aserradores, ocho y nueve horas; los operarios de las fábricas de vehículos, ocho y diez.

Fuera de estos horarios constantes (y sin que éntre en cuenta el trabajo á domicilio, ni el que se tasa por piezas, y no por el término de duración), quedan los casos en que el horario es indeterminado y variable según mil circunstancias que se relacionan con las desigualdades de la demanda ú otros motivos de oportunidad. El aditamento de las horas suplementarias permitiría respetar también esta práctica inherente á la naturaleza de muchas labores.

La reducción de los horarios excesivos, ó conceptuados tales por los obreros, es una de las reivindicaciones que, en Montevideo, más han servido de acicate á las huelgas, y á menudo con éxito favorable. Los maleteros y bauleros, que hasta Septiembre de 1905 trabajaban diez y seis horas, desde la huelga de esa fecha trabajan sólo nueve; los toneleros, que trabajaban trece horas hasta hace pocos años, obtuvieron por la huelga el horario de once; y apelando al mismo recur-

so, los constructores de varales lograron cambiar, en 1906, su horario de catorce y quince horas por el de diez, y los lustradores de muebles, en el mismo año, el de diez por el de nueve.

Subsisten aún, es cierto, jornadas superiores á once horas. En la elaboración de papel y en los molinos rige la de doce, y la de catorce en la elaboración del pan. Pero es en los saladeros de carnes donde las grandes jornadas de diez y seis, diez y ocho y aun más horas, señalan el máximo grado de tensión de las fuerzas del trabajador.

Tales casos no representan, sin embargo, más que una proporción relativamente mínima. Para la gran mayoría de las industrias, un régimen de ocho horas normales y hasta tres extraordinarias no trastornaría fundamentalmente las prácticas que consagra el uso. La sola circunstancia de que podría tenerse algún desequilibrio es la del mayor salario que se habría de pagar por cada hora que excediese del término normal. No se me oculta la posibilidad de que, en alguna de las industrias que hubieran de mantener su horario actual de más de ocho horas, la necesidad de recurrir diariamente al trabajo extraordinario se tradujese por una forzosa reducción del salario de las horas normales, á objeto de equilibrar en el costo total del trabajo la diferencia producida por la obligación de pagar más alto las suplementarias. No sería difícil tampoco que, en otros casos, esa diferencia se hiciera pesar, más que sobre el salario del obrero, sobre el precio que se cobrase al consumidor. Habría veces en que el patrón tendría conveniencia en apelar, para el trabajo extraordinario, al relevo de su personal. Pero, como quiera que se piense de esto, es indudable que la ame-

naza, así de disminución de los salarios como de encarecimiento en los productos, quedaría con tal modificación considerablemente mitigada, respecto de las trascendencias que, en uno y otro sentido, cabe señalar al horario uniforme y fijo de ocho horas.

V

Fuera de los obreros de fábrica y taller, la extensa democracia del trabajo comprende otras especies de trabajadores, que por la índole, menos rudamente material, de sus tareas, así como por las intermitencias ó interrupciones á que ellas dan lugar de ordinario, se encuentran en condición notoriamente distinta, respecto á la medida que haya de aplicarse para fijar el máximum de su labor.

El proyecto del gobierno del Uruguay, á pesar del criterio de uniformidad en que se inspira, reconoce esa esencial diferencia, y señala, para aquellas manifestaciones de trabajo que no entran en la clasificación del de fábrica y taller, la jornada de diez horas.

Tengo por aceptable ese término como duración de la jornada normal de tales gremios; pero á condición de que se autorice, para ellos también, el trabajo extraordinario, en igual proporción de tiempo que para los obreros propiamente dichos, y por las mismas consideraciones que al referirme á éstos he expresado. Quien, recordando un argumento anteriormente expuesto, observase que esta prolongación

de una jornada normal de diez horas, que con las suplementarias llegarían á trece, desvirtuaría el espíritu de la ley, desde que, á pesar de no tratarse ya de tareas de gran esfuerzo muscular, el excesivo embargo de tiempo contrariaría los fundamentos morales de la jornada máxima con la anulación de la personalidad inteligente y libre, no deberá olvidar que las interrupciones de actividad, en las labores de este género, comportan frecuentemente la posibilidad de reposar la atención y de expandir el espíritu fuera del objetivo directo del trabajo, permitiendo en cierta medida las conversaciones, la meditación, las lecturas, etc., etc.

Ha habido acierto en la inclusión del empleado de comercio dentro del alcance tutelar de la ley. Y cuando un estudio exacto y prolijo de la organización y las prácticas administrativas haga la reforma oportuna, es indudable que deberá extenderse también una reglamentación semejante á las oficinas que dependen del Estado.

Ha sido, durante mucho tiempo, una limitación injustificada de las reivindicaciones en favor del trabajo, el hecho de que ellas se circunscribieran casi exclusivamente al obrero, al menestral, manteniendo en olvido á otro género de trabajadores, y singularmente á los empleados de comercio y de oficina. Pero en los últimos años se ha abierto paso, y de día en día se acentúa en las legislaciones europeas, una tendencia á colocar á esos olvidados de ayer bajo la protección de las leyes que reglamentan el trabajo. «El empleado y no el obrero—ha dicho Gustavo Le Bon con la habitual rigidez de sus fórmulas—es el verdadero paria moderno.» Apartando lo absoluto de esta proposición en lo que afirma como en lo que niega, queda un

sólido fondo de verdad, que entre nosotros puede fácilmente comprobarse. En nuestro ambiente, cabe asegurar que los dolorosos dramas de la angustia económica, las luchas con la escasez y la miseria, tienen por escenario, tanto ó más que la habitación del obrero, la casa del modesto empleado. Sostén, infinitas veces, de una familia, el modesto empleado une á la exigüidad de sus recursos la pesada carga, ajena al obrero, de un decoro social que le obliga en el modo de vestir y en el modo de alojarse. Para colmo de males, el empleado desconoce, ó poco menos, el medio, á que ya está habituado el menestral, de la protesta pública y ruidosa que se complementa, en caso necesario, con la apelación á la huelga; y lejos de poner de manifiesto sus dolores y reclamar para ellos la atención y el interés de los demás, ha de callarlos y disimularlos á menudo con los disfraces de la pobreza vergonzante y de las conveniencias y respetos del mundo. De otros puntos de vista, y singularmente del que se refiere á la suprema razón de la salud, no aparece menor la necesidad de volver la mirada á este género de obreros tan injustamente desatendidos. El trabajo sedentario, de muchas horas, en local cerrado, con frecuencia estrecho é insalubre; en la actitud malsana del dependiente de escritorio, ó en la prolongada tenencia en pie del que atiende á las tareas del mostrador, se desenvuelve en condiciones indudablemente más antihigiénicas que muchas de las labores de fuerza muscular practicadas al aire libre ó en el ambiente de talleres y fábricas.

La modificación fundamental del proyecto en el sentido de autorizar el trabajo extraordinario, dejaría lugar, como queda dicho, para que tareas de distinta ín-

dole se ajustasen sin grandes trastornos á la ley. Pero, aun modificada de acuerdo con esa conveniencia, la ley permanecería inadaptable á las peculiares condiciones de cierto orden de trabajo, respecto del cual no puede menos de establecerse una excepción, dejándole para ser reglamentado según su peculiar naturaleza. Aludo al trabajo de mar.

Ya se haya limitado la denominación de *marineros*, en el proyecto del gobierno del Uruguay, á los que se ocupan en el tráfico del puerto; ya comprenda también á los de la navegación marítima y fluvial, es evidente que el género de actividad que les es propio obedece á cincunstancias y procedimientos que no podrían identificarse sin violencia con los del trabajo de fábrica ó taller, ni con los de los transportes terrestres. La vida de mar es cosa aparte. Aun cuando el alcance de la disposición no pasara de las embarcaciones auxiliares del puerto, fácil sería convencerse de cuán impracticable es. La premura inherente á la clase de operaciones en que se emplean; las desigualdades, que no habría forma de evitar, en el tiempo de trabajo; la imposibilidad de medir este tiempo por las horas de permanencia á bordo (permanencia que, para el marinero, es como el modo habitual de habitación ó domicilio), á menos de contar el armador con triples reservas de personal que se turnasen para bajar á tierra, ó de hacer cesar diariamente sus servicios cuando se cumpliese el horario, son dificultades que no se resolverían sin perjudicar considerablemente á la rapidez de las operaciones, con lo que se anularía un aliciente indispensable para mantener la actividad de ese tráfico, ó bien, sin recurrir á encarecer las tarifas, con lo que el resultado sería igualmente desviar del puerto

de Montevideo una gran parte de los buques de paso que hoy se detienen en él. Excusado es decir que aun me parecería mayor la gravedad de este punto si no se tratase sólo del tráfico portuario, sino también de los demás géneros de marinería.

Forzosa es, pues, la excepción á que me refiero no para dejar á un gremio de trabajadores fuera del alcance protector de la ley, sino para dar á la protección de la ley, en lo que á él importa, forma eficaz y congruente. Aconsejándose de los centros gremiales, de patronos y de marineros, podrá llegarse á determinar, en el trabajo de estos últimos, las más favorables condiciones que quepan dentro de las necesidades y costumbres de la vida de mar.

VI

Ninguna parte más indiscutida, ninguna más indiscutible, en la organización legal del trabajo, que la que se relaciona con la limitación de las tareas impuestas á los niños. Cuando se trata de este objeto, todas las disidencias fundamentales desaparecen, todas las opiniones se confunden en un asentimiento unánime, que apenas tolera discrepancias en cuanto á la medida y las formas de la aplicación, como si el supremo instinto de la especie, acudiendo en salvaguardia de su porvenir, inhibiese, en la conciencia de todos, las consideraciones egoístas, los intereses transitorios, los apasionamientos de escuela ó de doctrina.

Y, sin embargo, ha sido necesario remover ideas llenas de prestigio para llegar á este mismo acuerdo parcial. No es sin cierta impresión de cosa de otra edad y otro mundo como leemos hoy las páginas, no muy viejas, en que Herbert Spencer, caracterizando la transformación de las tradiciones liberales en tendencia al socialismo de Estado, bajo los gobiernos de Palmerston y Gladstone, incluye entre los que tiene por signos de extraviada política—aun reconociendo la bondad de los móviles—el hecho de que la ley interviniese en el trabajo de las minas y de las más penosas industrias, para impedir que los niños muy pequeños fuesen ocupados en él. Es dudoso que, en nuestros días, alguien se atreviera á hacer coro á esas protestas del ilustre teórico del individualismo. Los más radicales individualistas, los más irreducibles partidarios del liberalismo económico, se inclinan ya ante la intervención del Estado en el trabajo de los niños. Los pueblos más reacios á entrar de lleno en el movimiento intervencionista que ha suscitado en otras partes todo un nuevo organismo de legislación, acogen en sus leyes disposiciones que tutelan la salud física y moral de la infancia. Ha sido éste, dondequiera, el primer paso de la intervención; y aun cuando queda, sin duda, mucho por hacer, es el aspecto de la organización del trabajo en que la realidad presenta datos menos desconsoladores.

No sólo debe el niño ser amparado, en ésta como en sus demás relaciones con la sociedad, porque ello surge de su ineptitud para velar por sus propios intereses; sino que es ésta la manifestación en que con más fuerza se impone la acción social que le ampare. El trabajo desmedido, en duración ó intensidad, que

quebranta el cuerpo y enerva y paraliza el alma, siendo brutal cuando se trata de los hombres, es, tratándose del niño, la forma más odiosa y aleve que ha podido revestir la barbarie de las ambiciones desapoderadas, que han afrentado los blasones de la civilización moderna con abusos sucedáneos de la esclavitud. Aun sin llegar á esos extremos mortales, el trabajo del niño debe ser ahorrado y vigilado celosamente. La tarea de fábrica ó taller, no ya en las condiciones en que comúnmente se realiza, sino en aquellas en que por fuerza ha de realizarse, es, como no se la restrinja mucho, inconciliable con las necesidades de un organismo en formación, que requiere, por elementos esenciales, la libertad de movimientos, la plena luz y el aire libre. La función preventiva de que nace la higiene social tiene aquí el objetivo más alto de su aplicación. En el trabajo prematuro se acumulan para el porvenir raudales de dolor y de miseria física. Nada más instructivo á este respecto que los resultados de la consulta dirigida por la Asociación Nacional para la protección de los trabajadores á los más eminentes médicos franceses, y que han sido recopilados por Mr. Martin Saint-Leon. Entre otros, el doctor Mauricio Lentulle, médico de los hospitales de París, llega á declarar que, ya en principio, habría mérito para calificar de *criminal* la imposición, á los menores que no han entrado en la adolescencia, del trabajo diario en el encierro del taller ó la fábrica. Si no fueran sobradas tales consideraciones de humanidad, aun podría plantearse y resolverse esta cuestión, para los brutales y los egoístas, con el criterio de utilidad de una operación económica. Los niños que trabajan hoy serán los adultos que trabajarán mañana. Economizar las fuer-

zas de los primeros es aumentar la intensidad y el rendimiento probables del trabajo de los últimos.

El mínimum de edad fijado para la admisión al trabajo fluctúa, en las leyes europeas, de los diez á los catorce años, según el país y según el género de industria. El límite en que se considera terminada la niñez para los efectos de la ley, oscila de los catorce á los diez y ocho años.

La duración de la jornada del menor, de los doce á los diez y ocho, en la legislación francesa, es, desde 1904, de diez horas: la misma que rige para la mujer, y para los obreros adultos que trabajen en taller donde también se ocupen niños y mujeres. Suiza, que tiene desde 1877 la jornada uniforme de once horas, descuenta del horario del niño, de catorce á quince años, el tiempo que requiera la enseñanza escolar. La ley austriaca de 1885 fijó el máximum de trabajo en ocho horas para los menores de catorce años, siendo la edad mínima de doce. En las demás naciones europeas, que no han puesto término á la jornada del adulto, la del niño tiene señalado un límite, el cual nunca es inferior á seis horas en la edad más tierna y en las tareas de más peso. La ley recientemente sancionada en la República Argentina prescribe para los menores de doce á diez y seis años la jornada de ocho horas.

Si se aceptara lo que propone el gobierno del Uruguay, los niños de trece á diez y seis años tendrían por máximum cuatro horas de trabajo, en fábrica ó taller; y seis, los de diez y seis á diez y ocho. Para que sea modificada esta proporción en sentido algo menos restrictivo, me parece circunstancia atendible la de que establecer, en el primer caso, un máximum de

cuatro horas, equivaldría en la práctica á la prohibición del trabajo antes de los diez y seis años, siendo excesiva la inferioridad respecto del horario de los demás trabajadores, para que el industrial tuviese conveniencia en contratar aprendices de menos de esa edad. Ello, en parte, se evitaría, si se fijase á la jornada infantil, en los talleres y fábricas, un máximum de *seis* horas, poniéndose así en el término más restringido que se hubiera adoptado para la infancia en ley alguna del mundo: dos horas menos de las ocho que concede la reciente ley argentina, aun cuando en ésta el mínimum de edad es el de doce años, mientras que en el plan que examino es el de trece.

No es inoportuno recordar también que en el proyecto de reglamentación del trabajo de niños y mujeres presentado en 1906, al Congreso argentino, por el doctor don Alfredo Palacios, portavoz allí del partido socialista, y, á fuer de tal, poco sospechoso de parquedad ó timidez en la medida de sus proposiciones, la jornada infantil, de los catorce á los diez y seis años, tiene por límite las seis horas á que me inclino, como primer ensayo, dentro de esta reforma inicial.

En cuanto á los menores de diez y seis á diez y ocho años, se procedería en relación vedándoles el trabajo extraordinario que se autorizase para los adultos fuera de las horas normales: de esta manera, su trabajo no podría pasar nunca de ocho horas.

Lejos estoy de pensar que con esas disposiciones, ú otras semejantes, quede completado el círculo de las medidas de protección á que la infancia y la adolescencia tienen derecho. Creo firmemente que, en todo género de trabajo industrial, la participación del niño debe ser rodeada de particulares garantías y

cuidados; que, en las tareas antihigiénicas ó de mucho esfuerzo, se impone un aumento en la edad mínima y una reducción del horario normal; que hay, entre ellas, algunas en que sería menester exigir la presentación de un certificado médico de suficiencia física; y finalmente, que del punto de vista de las razones de moralidad y de educación del carácter, que constituyen los fundamentos de una higiene moral, importa reprimir abusos como los de la intervención de niños de pocos años en espectáculos teatrales ó circenses. Pero ya he manifestado que el procedimiento que conceptúo preferible en materia de legislación obrera, es el que encara las cuestiones en ella comprendidas, parcial y sucesivamente, consagrando á cada objeto bien diferenciado una ley particular; y dentro de este sistema, después de la ley que determine los lineamientos generales, aquéllos y otros puntos tendrán señalado su lugar en la que verse especialmente sobre la higiene y seguridad en el uso de las fuerzas del trabajador.

Por lo que se refiere á las actuales condiciones del trabajo infantil en Montevideo, puede asegurarse que la proporción de menores de diez y seis años en el personal de nuestros talleres es relativamente considerable, y hay géneros de industria en que llega á representar el cincuenta, el sesenta, y aun el setenta por ciento. La edad mínima no baja, por lo general, de la que determina el proyecto, pero no falta el caso de que niños de once, doce, y aun menos años, sean ocupados en tareas no siempre livianas. El horario en vigencia para los aprendices es, comúnmente, el mismo que para los obreros. En ningún caso, ó muy rara vez, es inferior, y á veces es más prolongado. Los aprendi-

ces de talabartería trabajan diez horas, y los obreros, nueve; los aprendices de escultura en madera, nueve y media ó diez horas, y los obreros, ocho; los aprendices de ebanistería, diez y media, y los obreros, ocho ó nueve. La limitación de la jornada, en los menores de diez y ocho años, á un término inferior á la de los adultos, no complacerá á la mayor parte de los industriales, que, por lo que he podido investigar, consideran como una necesidad de la organización y disciplina del taller el horario uniforme para la totalidad del personal. Pero esa limitación es elemento inseparable del espíritu de la ley que se proyecta.

Una inspección cuidadosa de las formas en que actualmente se realiza el trabajo traería á luz, seguramente, muchos excesos é irregularidades en lo que se relaciona con el trabajo de los niños. Así, en la tarea de los saladeros es frecuente ver empleados á menores de doce, once y diez años, en faenas como las de dividir las osamentas, *tirar el lazo*, ó barrer los residuos de la matanza, y esto, aun en el invierno y en los días de lluvia. Los carretilleros de playa, á pesar de la ordenanza municipal que prohibe á los menores la conducción de vehículos, suelen ser niños de no mucho más de diez años, que participan del horario común de doce á quince horas; y á esta causa atribuyen los trabajadores del gremio la mayor parte de los accidentes que suelen producirse en él.

VII

La necesidad del descanso semanal es punto que puede darse por resuelto en teoría, y ha sido sancionada, con más ó menos amplitud, por las leyes de casi todas las naciones que han abordado la reglamentación legal del trabajo. Militan para justificar ese descanso, y con doble imperio quizá, las mismas razones en que se funda la reducción del tiempo diario de tarea: así las que se refieren á la higiene, como las de índole moral, que reclaman para el trabajador un día de libertad y de respiro, en que le sea posible cultivar la vida de familia, los vínculos de la amistad, y participar de ciertas manifestaciones de recreo.

Entre nosotros, el descanso dominical, forma en que la ley religiosa de los pueblos cristianos ha consagrado el reposo hebdomadario, es costumbre observada en casi todos los establecimientos fabriles y en la gran mayoría de los comerciales; con excepciones, en su mayor parte justificadas, ya por las condiciones de funcionamiento de cierto género de industrias, ya por la índole de los menesteres públicos á que responden.

El problema que, á propósito de esto, ha de resolver el legislador, no es el de la necesidad, casi unánimemente reconocida, del descanso semanal, sino el de determinar si este descanso ha de corresponder invariablemente á los domingos, ó si ha de procurarse una fórmula que consienta más diversidad en la indicación

de los días que se destinen al asueto. Posible es que si se consultara la voluntad de los trabajadores, ellos optasen, casi en su totalidad, por que se les concediera el domingo. No ha sido otro el resultado de las informaciones levantadas entre los obreros franceses, con motivo de la aplicación de las nuevas leyes del trabajo; y por otra parte, ello se deduce (aun sin tomar en cuenta los motivos de orden religioso, que no á todos alcanzan) de la simple consideración de ser tradicionalmente el domingo el día en que prevalecen diversiones, deportes y paseos; en que el solaz y la alegría toman, por decirlo así, un carácter público, y en que el espectáculo de las expansiones ajenas estimula el deseo de las propias. Pero, á poco que se reflexione, aparece clara la dificultad del descanso universal del domingo; no sólo porque conduciría á hacer de aquél un día monótono y tedioso, sin medios de locomoción ni de recreo, inhábil, por lo tanto, para el objeto á que se le destinaría (y no es inoportuno recordar á este respecto la proverbial tristeza del domingo en las ciudades inglesas y anglo-americanas); sino también porque es forzoso reconocer que hay géneros de trabajo que no toleran, como los otros, una interrupción periódica de su actividad. Así, las fábricas de labor continua, en las que la suspensión de la fuerza motriz irrogaría graves perjuicios; las líneas telefónicas, los ferrocarriles, tranvías y demás medios de comunicación; las imprentas donde se editan diarios, etc., etc. Ésta es la causa de que en los países donde se ha adoptado el descanso obligatorio del domingo, la ley se haya visto en la necesidad de establecer innumerables excepciones, referentes á determinados ramos de comercio é industria; y estas excepcio-

nes dejan fuera del beneficio del descanso un inmenso número de obreros, ó restringen para ellos ese beneficio. Tal es el procedimiento en la ley suiza de 1877, en la española de 1904, en la proposición votada por la Cámara de diputados francesa en 1902, etc. La República del Paraguay tiene en vigencia desde hace cinco años una ley que consagra la clausura dominical de todos los establecimientos comerciales é industriales. En la Argentina se ha sancionado también el descanso de los domingos; pero su cumplimiento no parece, ni con mucho, suficientemente asegurado. Con mejor acuerdo propone resolver el problema el gobierno del Uruguay. Según lo que él proyecta, los patronos podrán optar por conceder ó no á sus obreros el descanso del domingo; pero, en este último caso, habrán de dividir su personal en siete grupos, que se turnarán para el descanso en los distintos días de la semana, de manera que no sea forzoso quebrantar la continuidad de la labor en los trabajos que la requieran.

Una única objeción cabe oponer, en nombre del interés de los obreros, al carácter obligatorio dado al reposo semanal. Es la que consiste en recordar el perjuicio que para ellos significa la pérdida, en el mes, de cuatro días de salario. Pero no es aventurado afirmar que esta disminución de beneficios será aceptada sin hesitar por la gran mayoría de los obreros, á cambio de poder satisfacer periódicamente una necesidad de libertad y expansión que radica en los más elementales instintos de la naturaleza humana. Cuando el canciller Bismarck arguyó contra esta forma de la intervención legal, invocando el interés del proletario, fué consultado en Alemania un plebiscito de trabajadores,

y las tres cuartas partes de ellos votaron por el descanso semanal, aun cuando él importase la pérdida del salario de los días de asueto.

VIII

Al movimiento en pro de la intervención legal en el trabajo del niño ha sucedido muy luego, en todas partes, el que propende á lo que es, en cierto modo un complemento lógico y necesario de la protección de la infancia: la intervención legal en el trabajo de la mujer. Las leyes de esta naturaleza suelen designar á las mujeres y los niños bajo la denominación común de *personas protegidas*. Por lo que se refiere á la mujer, la fórmula ideal, que ha sido preconizada muchas veces en la propaganda de los filántropos y la doctrina de los higienistas, consistiría, sin duda, en que ella sólo trabajase dentro de su casa y no participase del trabajo de fábrica y taller; por lo menos, después de su matrimonio. Desgraciadamente, esta aspiración generosa, fundada en el más cabal concepto del cometido que la naturaleza y la sociedad confían á la esposa y la madre, parece muy lejana de su realización. La concurrencia de la mujer á los talleres y las fábricas representa hoy, universalmente, una proporción mayor que nunca. En las industrias del tejido y de confección de ropas, el personal de mujeres suele alcanzar á doble número que el de hombres, como en Bélgica; y aun casi al triple, como en Francia.

Por lo que toca á nuestro medio, al trabajo manual de la mujer está vinculada la subsistencia de numerosísimas familias. Aun dejando de lado el trabajo á domicilio, el personal de obreras es considerable para muchos géneros de industria, y no falta el caso de que prevalezca en número sobre el de hombres. Así, en la elaboración de fósforos la proporción es de ciento cuarenta mujeres para sesenta y cinco hombre adultos, y de ciento diez y ocho niñas para diez y siete niños. La «Compañía Telefónica de Montevideo» emplea ciento diez y seis obreras y ochenta y dos obreros. Merece ser citado el hecho de que una huelga ocurrida, ha pocos años, en uno de los talleres de talabartería, reconoció por causa la protesta que arrancaba á los obreros la circunstancia de que se hubiera confiado á dos mujeres la tarea más antihigiénica y difícil en el gobierno de las máquinas.

Pero si la absoluta interdicción del trabajo de la mujer realizado fuera de su domicilio no es una aspiración asequible dentro del actual orden económico de las sociedades humanas, lo es sí la tendencia á organizar el trabajo femenino dentro de condiciones más livianas y mejor protegidas que las que rigen para el trabajo varonil. Desde luego, algunos de los pueblos que aun no han legislado en cuanto á la duración del trabajo de los hombres adultos, lo han hecho para el de la mujer, señalándole un máximum que la ley inglesa de fábricas, de 1850, fija en diez horas y media; la alemana de 1891, en once horas, y la italiana de 1902, en doce. La legislación francesa, á partir de 1900, no establece disparidad entre la jornada de la obrera y la de los obreros que trabajen en taller donde también se emplee personal femenino, siendo el término co-

mún á todos de diez horas. Suiza y Austria, que han reglamentado el horario del obrero adulto, comprenden indistintamente en él á la mujer, cuya jornada es así de once horas en ambas naciones.

Dentro de un plan que, como el que yo considero realizable, fíjase en ocho horas la jornada normal del obrero, con tolerancia del trabajo extraordinario y libre hasta tres horas más, la diferencia á favor de la mujer podría consistir en excluirla de la opción á la jornada extraordinaria, de modo que la duración de sus tareas no pasase nunca de ocho horas. Apenas parece necesario indicar las razones de esta diferencia. Aun cuando no la justificase una natural inferioridad de energías físicas, que es hecho de observación común, tendría sólido fundamento en el interés vital de reservar á la mujer tiempo suficiente, dentro del hogar doméstico, para el desempeño de los cuidados que la competen, y para formar y mantener la sagrada unidad de la familia, piedra sobre que descansan toda moralidad y todo orden social. Por otra parte, sería injusto olvidar que el trabajo de la mujer fuera de la casa envuelve siempre, por mucho que se le limite, la presunción de un *surmenage* más ó menos intenso, ya que al retirarse diariamente la obrera de la fábrica ó del taller, no es para gozar de un bien ganado reposo, sino para acudir á aquellas mismas atenciones del gobierno de la casa y la educación de la prole, que á menudo importan continuos y pesados afanes.

En la futura ley que tenga por objeto la higiene en la organización del trabajo, habrá, seguramente, lugar para otras medidas protectoras de la salud de la mujer, excluyéndola, como al niño, del servicio de determinadas industrias, de naturaleza insalubre ó peligro-

sa. Pero hay una precaución del mismo orden, cuya primordial importancia persuade á no diferir su aplicación hasta la oportunidad de otras leyes. Aludo al particular cuidado que se debe á la mujer obrera en el trance de la maternidad.

El proyecto del gobierno del Uruguay establece que la operaria de fábrica ó taller dispondrá de un mes de reposo después del parto; pero sería menester dar carácter de obligación, y no simplemente de derecho, á esta tregua, y complementarla y ampliarla de acuerdo con las consideraciones que expondré.

El descanso obligatorio de la mujer después del parto es de los puntos en que la legislación obrera universal ha llegado á una conformidad casi unánime. Incluída, á iniciativa de Jules Simon, la necesidad de tan justo descanso, entre las proposiciones adoptadas en 1890 por la memorable conferencia internacional de Berlín, ha sido consagrada luego por las leyes de casi todas las naciones de Europa, sin otra excepción de país de importancia industrial que la de Francia, donde un movimiento de opinión, en que cooperan la autoridad de la ciencia y los sentimientos piadosos, apresura cada día la adhesión de la ley nacional á esa conquista de humanidad y civilización.

El plazo generalmente fijado al reposo de la madre es el de las cuatro semanas posteriores al parto. Pero la Confederación Helvética, en su gran ley obrera de 1877, que coloca todavía á la ejemplar república en el más avanzado puesto entre los pueblos de Europa, en materia de legislación del trabajo, dió anticipadamente una amplitud mayor á esa medida humanitaria que luego adoptarían los demás países; y consagró también el descanso de la madre en los días inmediata-

mente anteriores al alumbramiento. Dispone dicha ley que no serán admitidas las mujeres, en las labores industriales, dentro de un espacio de ocho semanas, distribuídas «*antes* y después del parto».

El fundamento higiénico del previo reposo ha sido corroborado, dondequiera, por experiencias reiteradas, que demuestran la reducción considerable del tiempo de la gestación en la mujer sometida durante su embarazo á un esfuerzo físico tenaz; y como consecuencia del nacimiento prematuro, la inferioridad constante, en peso y vitalidad, de los niños que nacen de las obreras concurrentes al taller hasta el momento del parto, respecto de aquellos otros cuyas madres han reposado en las casas de Maternidad.

La «Asociación Nacional» francesa instituída para propender á la protección legal de los trabajadores, votó en 1903 la resolución siguiente: «Las mujeres no podrán ser admitidas al trabajo *durante los dos meses que preceden al término presunto de su embarazo*, ni durante el mes que siga al alumbramiento.» Y el ya citado proyecto de Ley del Trabajo que el gobierno argentino envió en 1904 al Congreso, prescribe con fuerza obligatoria «un descanso de *veinte días antes del parto* y cuarenta después de él».

Pero la imposición legal del descanso de la madre, puesto que su mera autorización sería ineficaz, trae consigo la necesidad de arbitrar el medio de subvenir á la manutención de la obrera durante los días en que se la excluye del taller: de otro modo sería contraproducente é inhumana una obligación que la privaría de recursos en las circunstancias en que más habría menester de ellos. La «subcomisión de Trabajo» que, en la legislatura anterior á la actual, dictaminó sobre este

punto, acordó proponer que el Estado tomara provisionalmente á su cargo ese subsidio, hasta tanto no se fundase una Caja Nacional de seguros y pensiones para obreros. Juzgo aceptable, en lo esencial, esta idea. Según cálculos de aquella Comisión, considerando el término medio de natalidad, que alcanza, en la ciudad de Montevideo, única del país donde hay obreras de fábrica y taller en cantidad apreciable, á unos ocho mil nacimientos por año, y suponiendo que hasta la tercera parte de ellos correspondiesen á las madres obreras, lo que excede de toda razonable presunción, se tendría un número aproximado de dos mil quinientas obreras con derecho á esta gracia, lo que representaría una erogación de treinta y siete á treinta y ocho mil pesos anuales.

Es lícito creer que ese subsidio no habría de pagarse más de un año, siendo la fundación de la Caja de pensiones obreras un pensamiento que subyuga las simpatías de todos, y que puede considerarse en vísperas de su realización. Pero aun cuando el socorro del Estado hubiera de durar algunos años, no asumiría, por cierto, el carácter de una erogación odiosa ó vana. El Estado, que no escatima su acción protectora cuando se la requiere para las distintas manifestaciones de la iniciativa particular en el fomento de todas las actividades benéficas; que concede primas y exenciones con que estimular las empresas de utilidad común incapaces de sostenerse por su esfuerzo aislado; que propende al desenvolvimiento de las altas tendencias del espíritu, aun en aquellas artes y aquellos espectáculos de que sólo puede beneficiar una parte restringida de la sociedad; que da dinero para asociarse á fiestas y regocijos populares, y que, finalmen-

te, otorga pensiones, á menudo cuantiosas, con que asegurar el decoro de la vida á las familias de los que le consagraron sus servicios, no podría considerar pesada la carga que tuviese por justificación el más sagrado é imperioso de los intereses, como es el de la salud y fortaleza de las generaciones á que ha de transmitirse en herencia el patrimonio nacional. Y no cabe dudar de que ningún interés más imperioso que el de la salud y la fortaleza física del pueblo, porque en él se comprenden y resumen todos los intereses: desde el económico, que está necesariamente vinculado á la capacidad y resistencia de los elementos de trabajo, hasta el interés moral de procurar la felicidad, y por lo tanto la moralidad, del mayor número, y hasta el supremo interés de la integridad y la existencia misma de la patria, que sólo estarán aseguradas en la medida de las fuerzas con que las generaciones que en ella se sucedan sean capaces de defenderla en la guerra, y de robustecerla y perpetuarla en la paz, por la virtud de su fecundidad y su energía.

IX

Una importante omisión conviene reparar en el organismo de esta ley: la de las disposiciones que limiten el trabajo que se realiza durante las horas de la noche.

Si cualquier género de trabajo diurno ha menester reglamentarse para concordar con la salud é indem-

nidad del obrero, el trabajo nocturno puede decirse que es, en sí mismo y por esencia, antihigiénico y antinatural, verificándose en horas que la naturaleza tiene destinadas al reposo. Las restricciones y cuidados de que se le rodee no harán más que atenuar su carácter nocivo.

Pero no siendo conciliable con la realidad actual una absoluta prohibición del trabajo nocturno en talleres y fábricas, cabe, por lo menos, excluir de él al niño y la mujer, con lo cual, no sólo se respetarán razones de higiene, sino también muy claras consideraciones morales. El trabajo de la mujer, fuera de su casa, durante las horas de la noche, trastorna las más fundamentales condiciones de la vida doméstica y lleva fatalmente al abandono y desorganización de la familia. En el niño, cuyo organismo requiere, más que otro alguno, desenvolverse á la luz, la actividad en ausencia de ésta fomenta, además, para lo sucesivo, el hábito de velar por la noche, funesto á la disciplina de la vida.

La magna ley suiza de 1877, á la que más de una vez he hecho referencia, extiende, en este sentido, su solicitud protectora hasta los obreros adultos, determinando por uno de sus artículos que el trabajo nocturno no será admitido más que á título de excepción y cuando el obrero consienta en él de buen grado. La legislación de los demás países de Europa se limita en este punto á tutelar (aunque con numerosas salvedades y tolerancias) á la mujer y el menor, difiriendo sólo en la determinación de la edad de este último y en las horas dentro de las cuales se considera comprendido el trabajo nocturno.

Por lo que toca á la edad, podría señalarse, en nues-

tra ley, el mínimum de diez y seis años. En cuanto á las horas, un horario que las fijase entre las nueve de la noche y las cinco de la mañana en los meses de Noviembre á Abril, y entre las ocho de la noche y las seis de la mañana en los de Mayo á Octubre, se adaptaría regularmente á nuestro medio. Una reglamentación de las circunstancias materiales del trabajo nocturno será más oportuna en la ley que tenga por objeto la higiene y seguridad de los talleres.

X

Un determinado orden legal de trabajo supone la necesidad de cuidados de vigilancia é inspección. Por el proyecto del gobierno del Uruguay, se comete provisionalmente á los funcionarios de policía, mientras no se establezca un servicio de inspectores, el desempeño de aquellos oficios. Fáciles son de calcular los inconvenientes y deficiencias de una inspección así constituída, y el desagrado con que forzosamente se recibirá la intervención policial por los industriales, que quedan obligados á franquear á los agentes de ella las puertas de sus talleres ó sus fábricas; pero el carácter provisional de este procedimiento contribuirá, acaso, á hacerlo soportable. Será necesario preocuparse de crear, en el más breve término posible, el órgano adecuado para esa importantísima función, sin cuyo cumplimiento cabal la ley no pasará de letra vana, y cuyas dificultades de organización en los países de in-

dustria muy vasta y compleja se cuentan entre los más serios obstáculos con que se ha luchado y se lucha todavía para una eficaz reglamentación del trabajo. Lo incipiente y sencillo de nuestro organismo industrial facilitará relativamente esa tarea de inspección que, confiada á personal idóneo, no sólo asegurará la fiel observancia de la ley, sino que será siempre uno de los medios positivos de investigación y de estudio con que propender á completarla y reformarla.

XI

Se ha observado, á mi entender con razón, la conveniencia de advertir en el texto de la ley que, para los efectos de ella, sólo se tendrán por fábricas ó talleres aquellos en que trabajen más de tres personas que no sean el cónyuge, los descendientes ó ascendientes ó los hermanos del patrono.

Casi todas las leyes similares han consagrado una restricción análoga, con el objeto de apartar del alcance de su disposiciones á los pequeños talleres, denominados en Francia *talleres de familia*. El carácter, en cierto modo odioso, de una intervención que habría de llegar al sagrado del hogar doméstico; las ventajas que en el orden moral realzan al trabajo que se verifica en la casa sobre el que se ejerce fuera de ella; las dificultades materiales de una inspección que alcanzase al primero, y hasta la presunción de dignidad humana, de que la autoridad del jefe de familia velará su-

ficientemente por la salud y el bien de los suyos, han concurrido á determinar esa excepción.

No es posible negar, á pesar de ello, que del punto de vista de la eficacia práctica de las leyes de esta naturaleza, la salvedad en favor de los talleres humildes tiene el peligro de facilitar una infracción sistemática. La pequeña industria tenderá á aprovecharse de su impunidad, como medio de competencia, y el grande industrial se sentirá tentado á burlar las limitaciones de la ley, sustituyendo en lo posible el trabajo de taller por el trabajo á domicilio. Así, en Francia, uno de los resultados del régimen intervencionista ha sido la multiplicación de los talleres domésticos, que se difunden en derredor de las grandes fábricas, como parásitos de ellas aparentemente, pero, en realidad, como tributarios y encubridores.

La idea de extender en alguna forma la inspección á los talleres domésticos, toma creces en todas partes, como fruto de esa experiencia y como prevención contra el peligro que envuelven, para la salud del pueblo, las ropas y otras manufacturas elaboradas en habitaciones de tuberculosos ó de enfermos de otros males.

Por lo que respecta á nuestro medio, no es dudosa la imposibilidad de hacer efectiva una fiscalización semejante, mientras la inspección del trabajo no exista en condiciones que aseguren hasta cierto punto su acierto, su tacto y su prudencia. Aun fuera de esa razón de circunstancias, sería siempre objeto de grave duda si convendría sacrificar á este orden de consideraciones—ciertamente, de gran peso — la integridad de un principio de que tan celoso es el sentimiento de todos, y tan vinculado á las más elementales ga-

rantías, como el de la inviolabilidad del domicilio particular.

XII

Vano será quien aspire á proponer, sobre estas cosas, la forma única que todo lo resuelva y concilie. Sólo se plantearán con entero acierto cuando se las ilustre en la más seria y fraternal comunicación de ideas; movido cada uno por la sincera voluntad de sustituir en sus proposiciones lo que deba ser sustituído, de modificar lo que deba ser modificado; con radical renunciamiento á todo alarde y vanidad de polémica, que serían de inconcebible pequeñez tratándose de cuestiones que penetran en los lindes imponentes de la miseria humana y se relacionan con el precio de las energías que se alimentan de sangre nuestra. Es necesario no olvidar, además, que, aun después de sancionadas, las leyes son rectificables; y que de la aplicación y la experiencia es de donde pueden esperarse las mayores luces y las más provechosas enseñanzas: tanto más cuando se llega á un campo de legislación que, siendo nuevo en el mundo, lo es doblemente desde que se le refiere á las condiciones de estas sociedades.

Si la proyectada ley que ha dado margen á este estudio se modificase de conformidad con algunas de las observaciones que he expuesto en el transcurso de él, dejaría de ajustarse á la simplicidad de las fór-

mulas en que se concretan, para la propaganda, los anhelos revolucionarios; pero no dejaría de ser la más adelantada de cuantas, en su género, se hubiesen sancionado en Europa y América; y fácil será demostrar, si fuera necesario, la verdad de este aserto. Mantendría el plan innovador su generoso espíritu, pero con más segura eficacia y en la extensión conciliable con la ecuanimidad y el cuidado propios de los que tienen sobre sí la responsabilidad de las leyes; con el legítimo interés de una industria embrionaria, á que se vincula en gran parte el porvenir de un pueblo aún nuevo é inhábil; y con los principios esenciales de esa libertad de trabajo, que, si dentro del régimen actual constituye á menudo la máscara falaz de la iniquidad y la opresión, es, cuando enérgicamente depurada, una positiva y fecunda libertad, harto preciosa, como todas las libertades humanas, para que sea lícito sujetarla á otros límites que aquellos que estrictamente exija el bien común de los hombres.

OBRA DE HERMANOS

En el álbum de una exposición agrícola.

La obra del *labrador de ideales*—pensador, artista, poeta—se hermana sin dificultad, para quien mira de lo alto el conjunto de las activas fuerzas humanas, con la del cultivador de las realidades positivas: con la de aquel que recibe los dones de la opima mies, del lucio rebaño, del metal que esconde en sus profundos tuétanos la tierra. Sobre ambos tiende el Trabajo su enseña gloriosísima. Ambos son hijos buenos del Trabajo. Sea en pensamiento luminoso, en fácil verso, en pincelada inmortal; sea en opulento vellón, en rubio trigo, en áureo lingote, ambos pagan bien su parte de vida. No siempre reconocen su fraternidad, y hay veces en que se miran con recelo. No importa. Son picapedreros de la misma roca, sembradores del mismo predio; y cuando vuelven, después de la jornada, hay una Madre que los confunde en el mismo abrazo de amor. Del campo fecundado por el brazo tosco y fuerte—¡cuánto más noble que el del Adán anterior á la condena, exento de trabajo!—nacen las frondas de las civilizaciones poderosas y ricas; y luego esta

vegetación florece, por su propia ley, con las maravillas de color y fragancia de las grandes épocas de pensamiento, de cultura, de arte. Tal florescencia preciosa es, pues, indirectamente, obra del rudo trabajador, que ni pensó nunca en ella, ni acaso, si la conociese, la estimaría en su divina hermosura. Tampoco suelen pensar el poeta, el pensador, el artista, fieles á su labor desinteresada y libre de toda utilidad consciente, en la posible repercusión de su obra dentro del campo de las más positivas realidades humanas, cuando el eco del canto se transfigura en acción, cuando la nota de la marcha se inflama en heroísmo, cuando la moral del sistema se concreta en conducta.

Y aun sin llegar á estas transformaciones que requieren la alquimia misteriosa del tiempo: ¿no nos ofrece el arte ejemplos de una vinculación más inmediata, más íntima, con las inspiraciones de la prosperidad y el bienestar material...? ¿Qué es, en su aspecto más característico, el glorioso arte flamenco, sino la apoteosis de la vida de abundancia y de sensualidad sana y fecunda, que esplende en las romerías, en las alegres *kermesses* de Teniers?—De aquellas romerías, de aquellas ferias, tomó colores un arte... Cuando estas fiestas del trabajo, cuando estas citas civilizadoras con que aspiramos á reemplazar, en el semidesierto americano, la cita bárbara de los *montoneros* para la revuelta, de las pasiones para la devastación, hayan adquirido la perennidad de la costumbre y el colorido propio sin el cual no habrá nunca asunto valedero para el arte, á ellas recurrirá acaso el artista, para encontrar en la belleza que nace de la alegría del vivir, del consorcio fecundo con la Naturaleza, de la eterna geórgica del campo domado por la mano

del hombre, la inspiración que sustituya á las leyendas, ya mustias y descoloridas, de la guerra civil.

Entretanto, arte y utilidad pueden bien ir de compañeros entre nosotros, por cuanto tienen intereses convergentes y tienen también comunes enemigos. Una actividad gloriosa los identifica dentro de su capacidad inmensa: el Trabajo, ó llamándola con nombre más grande aún y más sagrado: la Vida, en cuyos altares hemos de inmolar todos los odios, todas las preocupaciones del pasado, todas las influencias de esterilidad, de estancamiento y de muerte.

EN EL ALBUM DE UN POETA

Alaben otros ¡oh poeta! la perfección de tus ánforas cinceladas. Yo prefiero decirte que tu verso sabe hacer pensar y hacer sentir; que tu poesía tiene un ala que se llama emoción y otra ala que se llama pensamiento. Siendo igualmente justo, te habré dicho, sin duda, mucho más. Los que en tiempos cercanos recorrieron la senda que va de las estatuas esbeltas y delicadas de Gautier á los grandes mármoles de Leconte, amaron en el poeta el don de una impasibilidad que resguardara á las líneas del cincel impecable del peligro de un estremecimiento. Menos paganos, nosotros gustamos de recordarle nuevamente el mito del pelícano; porque, sin dejar de tener la idolatría de la forma, necesitamos, á la vez, un arrullo para nuestro corazón y un eco para nuestras tristezas.—Ellos le hablaban para decirle: «Haznos, estatuario, una estatua. Que llore ó ría; que muestre el gesto del amor, de la meditación ó del desprecio. Pero que sea perfecta y que sea pura.» Nosotros le decimos: «Escúlpenos una elegía en mármol negro; y haz de modo que bajo los pliegues armoniosos de la túnica parezca latir un corazón.» Llenos de estremecimientos íntimos, al mismo

tiempo que de sueños ambiciosos de arte, nosotros quisiéramos infiltrar las almas de los héroes de Shakespeare en el mármol de los dioses antiguos; quisiéramos cincelar, con el cincel de Heredia, la carne viva de Musset.

PERFIL DE CAUDILLO

Discurso leído en la velada literaria que celebró el «Club Rivera», de Montevideo, en conmemoración de la toma de las Misiones, el 22 de Mayo de 1907.

Señores:

El «Club Rivera» me ha llamado á participar del honor de dirigiros la palabra en su conmemoración de la conquista de las Misiones; y llego á esta tribuna sin desconfianza de encontrar en mí el entusiasmo que tan alta ocasión requiere; sin desconfianza de encontrarlo también en vosotros, pero temeroso de no acertar á confundir vuestro entusiasmo con el mío, en el acorde que sólo el poder de la elocuencia instituye.

Yo nunca fuí oficioso cultivador del tema patriótico; yo nunca fuí sobrado solícito en pregonar las glorias marciales; pero, por suerte mía, todas las sutilezas de mi afición á pensar no han alcanzado á amortiguar en mi pecho ni á paralizar en mi lengua las fibras que responden á estos dos afectos venerandos: el sentimiento de la patria, sin el cual no hay corazón de hombre que sea más que un vil saco de polvo, y la admiración de heroísmo guerrero, energía sublime, rayo ejecutor, por

cuyo medio se comunica la nube, que es la idea, con el suelo, que es la realidad.

Propicio, como pocos, á la expansión de esos dos sentimientos es el heroico episodio que hoy conmemoramos. Para quien considere las cosas con mirada vaga y somera, Misiones, después de Ituzaingó, podrá no ser, si me toleráis la expresión, más que un pleonasmo histórico, ó cuando mucho, un esfuerzo accesorio, que no tiene virtud sino para complementar y apresurar lo que ya Ituzaingó había irrevocablemente asegurado. Pero quien cale más hondo, quien sea capaz de llegar al alma de los hechos históricos, percibirá que la significación de la conquista de Misiones es inmensamente mayor: á punto de que no hay, en el transcurso de los acontecimientos que se abren con la cruzada de 1825, página que más sin reserva podamos vincular al hecho de nuestra definitiva independencia, de nuestra constitución como nacionalidad. Porque si se tiene en cuenta que aquella última jornada de nuestra heroica leyenda se realiza, no ya sin el concurso de los aliados para quienes se reivindicara hasta entonces el territorio de la que había sido su provincia, sino contra la voluntad y con la hostilidad de estos mismos aliados, se sigue que si suprimimos la solución diplomática de 1828 y prolongamos idealmente las consecuencias probables del triunfo de Misiones en el sesgo de los acontecimientos que hubiesen sobrevenido, veremos que el término á que se arribó por aquella solución habría demorado acaso más, pero con mayor honra para nuestra historia. Y llega el sentimiento patriótico á dolerse de que las convenciones de la diplomacia atajaran el natural desenvolvimiento de los hechos, forzándolos á un falso desenlace que no lleva el

sello expreso de nuestra voluntad; porque otro y más digno que el de una transacción diplomática habría sido, según toda lícita presunción, el camino por donde llegáramos á la independencia, si el vencedor de las Misiones, entonado por los alientos del triunfo, organizado su Ejército del Norte, y después de nuevos lauros arrancados aún más cerca del corazón del Imperio, desciende al teatro de su legendario prestigio, recordando que, si en su diestra había estado la espada del Rincón, también había estado en su diestra la espada de Guayabos.

Como quiera que sea, Ituzaingó y Misiones prepararon la solución de 1828. Pero aun faltaba poner á prueba la resistencia del organismo por esa solución constituído; remover del uno al otro extremo el esqueleto de la incipiente nacionalidad, para patentizar su trabazón indestructible; y, quizá por esto, después de Ituzaingó y de Misiones, vienen los veinte años de lucha contra Rosas: Tupambay, Yucutujá, el Palmar, y pasando por el soberbio episodio de Cagancha, la Defensa de Montevideo;—la Defensa de Montevideo, es decir: la santidad patricia de Suárez, el genio militar y tribunicio de Pacheco, la sabiduría política de Santiago Vázquez, la pluma vengadora de Florencio Varela, el valor caballeresco de Francisco Tajes, la abnegación espartana de Marcelino Sosa, la legendaria personalidad de Garibaldi; la Defensa de Montevideo, pensamiento y acción, inteligencia y heroísmo, tribuna gigantesca y baluarte ciclópeo, lengua inspirada de civilización y brazo armado de libertad; la Defensa de Montevideo, lo más grande que se haya realizado en suelo americano á partir del último cañonazo de Ayacucho, aunque én-

tre en cuenta la convulsión suprema del suelo de Méjico para rechazar de sí el imperio de Maximiliano.

En los preámbulos de esta epopeya de la libertad, como antes, en el transcurso de la epopeya de la independencia, el vencedor de Guayabos, del Rincón, de Misiones, de Cagancha, se destaca con plástica marcialidad. Interesantísima figura; héroe epónimo de un período crepuscular de civilización y barbarie, con toda la complejidad de aptitudes que este doble ambiente requería: gaucho en el campo y patricio en la ciudad; astuto como un zorro y bravo como un león; tan liberal en el concepto de pródigo como en el de amigo de la libertad; conocedor del terreno del país sin que se le olvidase cerro ni cañada, y de las voluntades de los hombres sin que se le escapase gesto ni intención; patriarcalmente vinculado á su pueblo, desde las solemnidades de la vida doméstica hasta los grandes cuadros de la existencia colectiva, desde el padrinazgo de los óleos hasta la dirección de la batalla; mezcla de monarca electivo y de incoercible demagogo, de *Juez* libertador y de Caballero protector; y con la palabra que más típica y cabalmente lo caracteriza: caudillo. Caudillo de los grandes, es decir, de los primitivos, de aquellos de los tiempos genésicos en que ardía, como en el antro de los cíclopes, el fuego con que se forjan naciones, y en que las fronteras se movían sobre el suelo de América á modo de murallas desquiciadas. Éstos, éstos fueron los caudillos gloriosos. Porque así como hay especies vegetales que, persistiendo al través de las distintas latitudes, se empequeñecen y desmedran á medida que se apartan del calor y la luz, y siendo colosales en el trópico son enanas en los climas fríos, de igual manera la talla del

caudillo se empequeñece á medida que él se aleja de la veneranda semibarbarie de la edad heroica y se aproxima á la plenitud de la civilización; y siendo, los caudillos, titánicos en las porfías por la formación nacional, donde representaban una energía necesaria y creadora, resultan pálidos remedos conforme nos acercamos á las postreras convulsiones de nuestras discordias civiles, donde apenas han solido representar una fuerza de regresión y de desorden.

Pero yo no me he propuesto bosquejaros siquiera la personalidad del conquistador de las Misiones. Para desplegar á vuestros ojos la talla de nuestro indómito caudillo en su estatuaria integridad, yo cedería la palabra al presidente de este Club que lleva su nombre; yo cedería la palabra á Carlos Travieso, que le admira más que yo y le comprende más que yo, y que sabría encontrar en su robusto corazón de demócrata acentos dignos del héroe y su leyenda. Yo apenas si me detendré á señalaros, antes de concluir, dos fases de la figura de Rivera, dos manifestaciones de su múltiple gloria, que, entre todas, atrajeron siempre mi entusiasmo.

Es la una el prestigio irresistible de su magnánima generosidad. No cae sobre la memoria del general Rivera una gota de sangre que no haya sido vertida en el campo abierto de la lucha. De todos los caudillos del Río de la Plata, contando lo mismo los que le precedieron que los que vinieron después de él, Rivera fué el más humano: quizá, en gran parte, porque fué el más inteligente. En lid con enemigos desalmados y bárbaros, nunca fué capaz de una represalia cruel. Aquel inmenso corazón belicoso era un inmenso corazón bondadoso. Había para él una satisfacción aún

más alta que el goce de vencer, y era el goce de perdonar. La fiereza heroica irradiará, con deslumbradora profusión, del bronce de su estatua, pero la clemencia templará el ardor de esa violenta luz con un velo de suave simpatía.

El otro rasgo que me interesaba relevar de la figura del glorioso caudillo es la decisión con que propendió siempre á reconocer y consagrar el valor social y político de la inteligencia. Se rodeó constantemente de elementos de civilización, de saber y de cultura. Sus hombres de consejo fueron los hombres de más alta talla intelectual entre sus contemporáneos. Su gobierno, caracterizado por las iniciativas de organización y reforma de don Lucas Obes, asumirá, cuando se escriba la historia de nuestro país, significado análogo al que tiene, dentro de la historia argentina, la gran administración liberal de Rivadavia. Quiso en todo momento, para sí y para sus actos, un ambiente de libre publicidad; y hay un decreto que lleva su firma y es para él un timbre de honor como homenaje tributado á la libertad del pensamiento. Por eso, la histórica colectividad que tuvo por núcleo el círculo de adictos del general Rivera, se caracterizó desde su nacer como partido de discusión, de propaganda y de tribuna. Nació, ese viejo partido, armado de todas armas para las luchas de la controversia, y nunca olvidó acompañar ó preceder la acción con la palabra, como se lo imponía, desde luego, su espíritu liberal; porque, así como cada organismo está sujeto en la naturaleza á ciertas condiciones y maneras de vida, que serían mortales para seres de distinta organización, cada colectividad humana tiene, según el espíritu que la anima, formas propias y peculiares de existencia; y la

silenciosa quietud á cuyo favor prosperan admirablemente los partidos autoritarios, es ambiente letal para las agrupaciones modeladas en los principios y las costumbres de la libertad. Partido de propaganda y de tribuna fué el partido del general Rivera cuando daba asilo en su seno á los pensadores, á los publicistas, á los poetas, proscriptos de Buenos Aires por la bárbara tiranía de Rosas, y cuando, en medio á las tribulaciones de un sitio formidable, hacía de Montevideo la ciudad más reflexiva y espiritual de Sur-América. Y partido de propaganda y de tribuna continuó siendo en las posteriores evoluciones de nuestra democracia, aunque la fuerza real fuese suya y aunque hubiera de volver contra su propia fuerza real su vocación razonadora é inquieta.

Señores: El Club bajo cuyos auspicios nos hemos congregado, manifiesta tener clara noción de una de las más hondas necesidades nacionales cuando persevera en actos de esta índole. Necesitamos, como del aire y de la luz, formar nuestra historia; en el doble concepto de empezar á elaborarla sólidamente con los esfuerzos de la investigación erudita, y de animarla en el sentimiento del pueblo y colorearla en su imaginación, mediante las apoteosis y las glorificaciones, las estatuas, los cuadros y los cantos. Evoquemos, sin dejar perderse ocasión, las sombras de nuestro legendario pasado, para que, como nubes de purificadora tempestad, refresquen y electricen nuestro ambiente; y dirigiéndonos á la que comparece hoy, precedida del sol de gloria que acaba de alumbrarnos, digámosle:—Patriarca de los tiempos viejos; caudillo de nuestros mayores; grande y generoso Rivera! Levanta eternamente sobre nuestro horizonte tu sombra tutelar,

agigantada como en un inmenso espejismo; cabalgando en campos de aire, á la manera de Santiago en las leyendas de España; y con el mismo irresistible impulso, con el mismo aliento de huracán, con que condujiste á los jinetes de tus cargas heroicas á doblar las huestes enemigas, condúcenos á nosotros, conduce á tu pueblo, en la infinita sucesión de los tiempos, á la realización de la justicia, de la fortaleza y de la gloria!

IBERO-AMÉRICA

Por las virtualidades de su situación geográfica y de sus fundamentos históricos, el Uruguay parece destinado á sellar la unidad ideal y la armonía política de esta América del Sur, escenario reservado, en el espacio y en el tiempo, para la plenitud del genio de una grande y única raza.

No necesitamos los sur-americanos, cuando se trata de abonar esta unidad de raza, hablar de una América latina; no necesitamos llamarnos latino-americanos para levantarnos á un nombre general que nos comprenda á todos, porque podemos llamarnos algo que signifique una unidad mucho más íntima y concreta: podemos llamarnos «ibero-americanos», nietos de la heroica y civilizadora raza que sólo políticamente se ha fragmentado en dos naciones europeas; y aun podríamos ir más allá y decir que el mismo nombre de hispano-americanos conviene también á los nativos del Brasil, y yo lo confirmo con la autoridad de Almeida Garret: porque, siendo el nombre de España, en su sentido original y propio, un nombre geográfico, un nombre de región, y no un nombre político ó de nacionalidad, el Portugal de hoy tiene, en rigor,

tan cumplido derecho á participar de ese nombre geográfico de España como las partes de la Península que constituyen la actual nacionalidad española; por lo cual Almeida Garret, el poeta por excelencia del sentimiento nacional lusitano, afirmaba que los portugueses podían, sin menoscabo de su ser independiente, llamarse también, y con entera propiedad, españoles.

Más de una vez, pasando la mirada por el mapa de nuestra América, me he detenido á considerar las líneas majestuosas de esos dos grandes ríos del Continente: el Amazonas y el Plata, el rey de la cuenca hidrográfica del Norte y el rey de la cuenca hidrográfica del Sur, ambos rivales en las magnificencias de la naturaleza y en los prestigios de la leyenda y de la historia, y tan extraordinariamente grandes que, por explicable coincidencia, sus descubridores, maravillados y heridos de la misma duda de si era un mar ó un río lo que tenían delante, pusieron á ambos ríos el mismo nombre hiperbólico: «Mar Dulce» llamó Yáñez Pinzón al Amazonas, y «Mar Dulce» también llamó al Plata Díaz de Solís.

Venido uno, el Amazonas, donde se sueltan sus niñeces de Marañón, de las fundidas nieves de los Andes, rompe, desgobernado y tortuoso, entre el misterio de las selvas; recoge á su paso el enorme caudal de centenares de ríos y de lagos, y, ya fuerte y soberbio, corre, buscando la cuna del sol, hacia el Oriente, se empina hasta tocar la misma línea equinoccial, y, repeliendo la resistencia orgullosa del Océano con la convulsión suprema del Pororoca, se precipita sobre él como un titánico jinete, y cabalga leguas y leguas dentro del mar. El otro, el nuestro, el Plata, amamantado en su primer avatar del Paraná con las aguas de

la meseta central americana, no lejos de donde toman su vertiente tributarios del Amazonas, crece al arrullo de la floresta guaranítica; subyuga, á uno y otro lado, la ingente multitud de sus vasallos, y descendiendo con su séquito en dirección á las latitudes templadas del Sur, donde el Polo y el Trópico sellan sus paces, cruza, al sentirse grande, sus dos brazos ciclópeos del Paraná y el Uruguay, y se echa en el mar, de un empuje de su pecho gigante, en el más ancho estuario del mundo.

Yo veo simbolizado en el curso de los dos ríos colosales, nacidos del corazón de nuestra América y que se reparten, en la extensión del continente, el tributo de las aguas, el destino histórico de esas dos mitades de la raza ibérica, que comparten también entre sí la historia y el porvenir del Nuevo Mundo: los luso americanos y los hispano-americanos, los portugueses de América y los españoles de América; venidos de inmediatos orígenes étnicos, como aquellos dos grandes ríos se acercan en las nacientes de sus tributarios; confundiéndose y entrecruzándose á menudo en sus exploraciones y conquistas, como á menudo se confunden para el geógrafo los declives de ambas cuencas hidrográficas; convulsos é impetuosos en la edad heroica de sus aventuras y proezas, como aquellos ríos en su crecer; y serenando luego majestuosamente el ritmo de su historia, como ellos serenan, al ensancharse, el ritmo de sus aguas, para verter, en el Océano inmenso del espíritu humano, amargo y salobre con el dolor y el esfuerzo de los siglos, su eterno tributo de aguas dulces: ¡las aguas dulces de un porvenir transfigurado por la justicia, por la paz, por la grande amistad de los hombres!

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ Y SU ÉPOCA (1)

I

Tan grandes en interés heroico y áspera energía como los mismos tiempos de la Independencia, aquellos que vinieron inmediatamente después prevalecen en nuestra imaginación con un prestigio más complejo, y en cierto sentido, más humano, como tiempos de más varia sensibilidad y de más armónico concurso de actividades y de sueños. Con la psicología guerrera concertóse en ellos la psicología romántica. Y este universal fermento del romanticismo, exaltando el amor de la literatura, que sólo en desiguales ráfagas había cruzado por el alma de la anterior generación, inspira entonces los primeros eficaces anhelos de una cultura literaria propia y constante.

(1) He refundido algunos de mis primeros trabajos, relativos á literatura del Río de la Plata, alrededor de uno de ellos: el consagrado á Juan María Gutiérrez. A pesar de las inevitables rectificaciones y ampliaciones, he procurado mantener, en las ideas como en el estilo, lo característico de la primera forma.

La armoniosa y serena figura de escritor que me propongo bosquejar, concentra en sí, en algún modo, esa vehemente aspiración de sus contemporáneos, aunque dominándola con cierto sosiego magistral. En el espontáneo florecimiento de aquella producción candorosa y precoz, Juan María Gutiérrez personifica la tendencia á convertirla en obra consciente de sus fines y dueña de sus rumbos, como informada por la asiduidad de la crítica. Sólo en nombre de Alberdi podría disputársele, entre los escritores de su tiempo, el más completo dominio de esa función de análisis y reflexión. Acaso el ilustre émulo de Larra fué superior en apreciar las relaciones morales y sociales de la obra de literatura; llevó más hondo, tratándose de éste como de cualquier otro género de ideas, la penetración del pensador; pero, en cambio, la crítica de Juan María Gutiérrez luce más desinterés artístico, más pasión por la pura belleza literaria.

El magisterio intelectual, en los primeros pasos de aquella generación gloriosa, fué compartido por dos grandes personalidades dirigentes, que tendieron á orientar en opuestos sentidos la virtualidad poética de la juventud sobre que ejercieron su influencia; así como de ellas también recibieron la inspiración de su propaganda distintos ideales de reorganización política. Tocó á Florencio Varela, el heredero y mantenedor, entre sus contemporáneos, del blasón intelectual de la grande época unitaria, dar voz á la severa autoridad del clasicismo en que había modelado aquella época su verbo poético y oratorio; en tanto que Esteban Echeverría alentaba, con la prédica y el ejemplo, la libertad romántica, comprendiendo en la soñada obra que llamó de *fundación de creencias*, junto con la re-

novación de las ideas de nacionalidad y de gobierno, el pensamiento de una nueva y emancipada poesía.

Juan María Gutiérrez representa, entre ambas posiciones literarias, el término de transición. Mientras que, por una parte, le mantuvieron siempre en fiel amistad con la antigua literatura lo acrisolado y persistente de su cultura clásica y ciertas naturales afinidades de su espíritu, por la otra fué un principal cooperador en los propósitos de libertad y de verdad que despertaba el impulso revolucionario, á cuyo desenvolvimiento asistió, si no con la pasión romántica, con interés asimilador y benévola amplitud.

En cuanto á esto, la significación de su figura literaria es semejante á la que tuvo, en el romanticismo español, la personalidad de otro argentino ilustre: la personalidad de Ventura de la Vega, á quien correspondió representar, en el seno de la generación que Lista había educado en el culto de los clásicos y que olvidó después, cediendo á los prestigios del romanticismo triunfante, la fidelidad á las devociones de su primera juventud, el equilibrado consorcio de ambas influencias, dentro de la unidad de un temperamento literario dueño de esa clara visión del orden artístico, de esa vigilante lucidez del buen gusto, de esas delicadezas del pensamiento y de la forma, que fueron también el privilegio de Gutiérrez entre los argentinos de su generación.

No han faltado quienes atribuyeran á éste, en el movimiento de ideas de su tiempo, el papel de un clásico, rezagado y vergonzante; pero lo cierto es que el sentido de su doctrina y de su obra le aproximaban más á la fe nueva que á la adoración de los viejos dioses. Hubo también en la revolución de la literatura

la Gironda y la Montaña; y acaso no podríamos escoger un medio más exacto de figurarnos la peculiar significación de nuestro crítico, que imaginarlo como un girondino de esa revolución: como un representante de la idea de fraternidad en la república literaria, extraño siempre á las iracundias montañesas con que el formidable luchador del *Facundo*, en las polémicas del otro lado de los Andes, arremetía contra los dogmas de la tradición intelectual personificada en Andrés Bello, á quien trataba, según frase de Lucio Vicente López, «con modales de Atila».

Nadie como él realizó, en su medio incipiente, esa serenidad superior, que parece secreto de las civilizaciones maduras; esa capacidad de comprender que, á diferencia de la falsa amplitud nacida de la incertidumbre escéptica ó de palidez de alma, deja percibir, como fondo, las preferencias de gusto, de admiración y de ideal, que imprimen carácter y dan nervio á la personalidad del escritor.

Era una naturaleza de crítico, en cuanto esta palabra expresa, esencialmente, una idea de simpatía y no de resistencia; de solidaridad de la imaginación, antes que de frío análisis. Era de los que saben por sí propios que en la complejidad del alma del crítico grande y eficaz fué siempre indispensable elemento aquella misma substancia etérea, vaga, dotada de virtualidad infinita, apta para ajustarse á toda acción y á toda forma, que veía el gran Diderot en el alma inconsecuente del cómico. Pertenecía al grupo escogido que puede reivindicar los fueros de la ciudadanía en la *ciudad ideal* que, como aquella con que soñaban en Wéimar los dos geniales colaboradores de *Las oras*, reúne á los espíritus verdaderamente eman-

cipados, bajo el lábaro único de la verdad y la belleza.

Por eso hay en la mayor parte de sus juicios una seguridad que ha respetado el tiempo, y por eso también su figura es, mejor que cualquiera otra, el centro adonde transportarse para abarcar el cuadro literario de su época, porque él mismo lo consideró con esa visión amplia y serena que anticipa, sobre las pasiones de los contemporáneos, la mirada de la posteridad.

II

El 6 de Mayo de 1809 nació en Buenos Aires, de padre español y madre argentina, Juan María Gutiérrez. Recibió, desde niño, aquella insustituíble unción literaria que se adquiere en el hogar doméstico, cuando en él hay biblioteca escogida y se oye hablar con interés y gusto en cosas de letras; género de iniciación que rara vez suplen del todo las influencias del colegio ni de la lectura hecha en plena juventud. Sin apartarse un solo instante del cultivo de esa temprana vocación, siguió estudios de matemáticas, hasta completar los cursos de ingeniería, bajo la dirección de aquellos Senillosas, Fernández y Mossottis, de cuyas venerables figuras había de trazar tan amorosas semblanzas en su curioso libro sobre la historia de la Enseñanza Superior.

En los últimos tiempos del ensayo de organización republicana que empieza, en Buenos Aires, con el sosiego de 1821, la juvenil generación de que formaba

parte Juan María Gutiérrez henchía los claustros de la Universidad que acababa de erigir el genio civilizador de Rivadavia, sustituyendo en ella los moldes de la vieja enseñanza colonial, no modificados fundamentalmente hasta entonces, con un orden de estudios que recibía su inspiración de la necesidad de adaptar todo organismo social al armónico desenvolvimiento de los principios y transcendencias del gobierno propio. Por la eficacia de la educación así regenerada, aquella grande época tendía á asegurar los triunfos del presente con la conquista del porvenir, y estampaba el sello en la mente de una generación á la que tocaría custodiar el arca de la cultura patria, llevándola consigo en largo y proceloso destierro mientras duró el régimen bárbaro que había de prosperar sobre las ruinas de aquel glorioso alarde de civilización.

Esos que traspasaban entonces los lindes de la infancia; los hombres nuevos á quienes Juan Cruz Varela, el poeta consagrado del sentimiento liberal y cívico de sus contemporáneos, saludaba, con la emoción de la esperanza, en uno de sus cantos solemnes (1), no debían ver jamás, ó debían verlo sólo cuando treinta años de luchas é infortunios los separasen de aquel radiante amanecer de su vida, un predominio tal de la inteligencia, informando el organismo social como soplo animador y plasmante; resplandeciendo como supremo prestigio de la personalidad y acatada como fuerza efectiva de gobierno. La prensa y la tribuna, que se transfiguraban por la adquisición de un carácter adoctrinador y digno; las tendencias nacientes de asociación intelectual, que levantaban centros de pro-

(1) *A la juventud argentina;* 1822.

paganda y de cultura, estimulando al pensamiento en todas sus actividades generosas; la cátedra, que se adaptaba á nueva ciencia y nuevos métodos; el canto mismo de los poetas, que aspiraba á ser también una fuerza de acción, arraigada en la sensibilidad, para valer á la empresa de regeneración que lo inspiraba, concurrían, como otros tantos toques de cincel, á transformar la fisonomía heredada de la sociedad de la colonia y creaban una atmósfera de emulación y de entusiasmo en la que aquella juventud pensó asistir á la definitiva realización de la obra de sus padres, consumándose para que ella la mantuviera y dilatara en el cercano porvenir.

Pero cuando llegó para ella la edad de la autonomía y de la acción, la escena había cambiado. La discordia civil había dado en tierra con los someros fundamentos de tanta construcción benéfica. Una emigración de estadistas y escritores mantenía consigo, fuera de la patria, el alma de la época de organización y de cultura. El bárbaro aliento de la Pampa soplaba vencedor sobre el desmayo de la ciudad que había sido el vibrante taller de Rivadavia. Toda manifestación de libertad y de adelanto se había extinguido ó estaba próxima á extinguirse. El parlamento, exánime; la cátedra, en languidez; la prensa, envilecida ó muda. Al gobierno de las ideas había sucedido el gobierno de la fuerza brutal. Bajo sus auspicios revivían todos los gérmenes de reacción ocultos en el seno de la sociedad que la fracasada obra de reforma había empezado á despojar de los resabios de la tradición colonial. Aquella juventud se hallaba, pues, sola y desorientada en tal ambiente. La realidad que se presentaba ante sus ojos era como impenetrable barrera que la nega-

ba á los horizontes que una educación llena de alientos y esperanzas había descubierto á su espíritu.

Ella reproducía, en medio del estéril sosiego del régimen dictatorial, en medio de aquel silencio y aquella sombra, las mal comprimidas inquietudes, la nostalgia de acción, los anhelos hondos y ardientes de la juventud que se levantó, privada también de campo y de tribuna, en las postrimerías de la colonia, y que, excitada por los ecos lejanos de la Europa revolucionaria; por la presagiosa agitación de la propaganda de la libertad de comercio; por los aplausos del mundo, que convergían al Foro de Buenos Aires para saludar el esfuerzo glorioso de la Reconquista, llevaba en el alma un hervor que auguraba un destino diferente del de las generaciones extinguidas en el letárgico sueño colonial. No era menos capaz de quebrantar los límites que se le oponían esta otra juventud, á la que estaba reservado completar, con la reivindicación de la libertad política, la obra de la independencia. No pudo por mucho tiempo el régimen despótico demorarla en la expansión de su espíritu. Cuando más arreciaban las brutalidades de la fuerza, ella se congregaba en derredor de Esteban Echeverría, con quien llegó, del otro lado de los mares, el fuego de la gran revolución ideal que embellece y exalta las primeras décadas del pasado siglo; y levantaba, como una triple afirmación del porvenir, una idea de emancipación literaria, un propósito de regeneración social y una norma de organización política.

Pero con anterioridad al año de la memorable protesta, ya ciertas figuras juveniles habían ganado algún relieve y prestigio; y entre ellas la de Juan María Gutiérrez. En el precario movimiento de publicidad y dis-

cusión á que dió lugar el pasajero gobierno de Balcarce, hizo Gutiérrez sus primeras armas en la prensa, colaborando, como Marcos Avellaneda, el futuro mártir de Metán, en *El Amigo del País*. Vinculó también sus esfuerzos á poco durables tentativas por arraigar el periódico ilustrado y de variedades; y así en *El Museo Americano* como en *El Recopilador*, que se editaron de 1835 á 1836, aparecieron traducciones y otros ligeros trabajos suyos. Por aquel tiempo, Juan Bautista Alberdi producía la *Memoria descriptiva de Tucumán*, la *Refutación á «El Voto de América»*, el comentario á Lerminier. Los *Consuelos* de Echeverría, publicados en 1834, empezaban á hallar imitadores, y el verso campesino de Hidalgo había renacido en Ascasubi, que enherbolaba, como Béranger, con la intención política, el dardo alado de la canción. Rivera Indarte, el futuro publicista de *El Nacional*, ensayaba, en el panfleto y la invectiva, su prosa ardiente y plebeya.

El movimiento que, concentrando en una fuerza común esas energías dispersas, fijó la orientación en que perseveraron, imprimiendo carácter á la voluntad y al pensamiento de una generación, llegó con el histórico año de 1837, y se manifestó, en su aspecto literario, por la aparición de *La Cautiva*, y en su aspecto social por la profesión de fe que al propio autor de *La Cautiva* tocó formular en su memorable *Dogma*.

Aquel poema daba el primer ejemplo de emancipación de la fantasía poética, que se encaminaba á una originalidad inspirada en la naturaleza y en el pueblo. El «Salón Literario», que Marcos Sastre fundó, también en 1837, fué como el centro de donde se propagó la iniciativa, y contribuyó principalmente á uniformar, en

la juventud que animaba sus veladas, las aspiraciones y las ideas. En cuanto al pensamiento de regeneración social y política, hízose carne en la secreta actividad de la «Asociación de Mayo», de la que podría decirse que contuvo en sí la simiente de la patria futura. Levantándose sobre la discordia de los bandos, cuya ciega violencia había abierto paso al despotismo, tendíase allí á reintegrar en su original pureza el sentido de la revolución de 1810, mediante la fundación de una democracia orgánica, liberal y culta, como la que Rivadavia había ensayado realizar; pero emancipada de las limitaciones de partido y de *ciudad* á que no pudo sustraerse el ensayo del glorioso estadista. Era, en lo esencial, el anticipo de la norma de organización que había de presidir, tras dilatadas vicisitudes, á la reconstitución definitiva de la nacionalidad.

Quiso cooperar en ese doble movimiento político y social un periódico de vida efímera, que Alberdi dirigió, y cuyas inspiraciones, fundamentalmente serias y fecundas, estaban en curiosa oposición con el trivial significado de su título: *La Moda.* Juan María Gutiérrez, que por este mismo tiempo escribía la introducción para el *Cancionero argentino*, coleccionado por don José Antonio Wilde con trozos líricos adaptables á la música, fué de los más asiduos colaboradores de aquel periódico, como de los más animados disertantes del «Salón Literario», donde dejó largo eco en su discurso sobre la *Fisonomía del saber español.*

Todas estas manifestaciones de actividad y de entusiasmo debían forzosamente atraer sobre la inquieta juventud que las producía las desconfianzas de una dominación que necesitaba, para consolidarse, del abatimiento y el silencio que había creado en torno

suyo. Penetró la «Mazorca» en el secreto de las reuniones donde, bajo apariencias de simple esparcimiento literario, se deliberaba sobre la nueva idea política y social. Ellas, por otra parte, tendían á un carácter activo, más apremiante á medida que los rigores del régimen de fuerza mostraban la imposibilidad de toda propaganda libre de reforma. A la dispersión de los asociados en quienes el sueño idealista y generoso daba ya su punzante fermento de energía, siguió bien pronto el destierro voluntario ó impuesto. Una segunda emigración fué á unirse con la que mantenía fuera de la patria, hacía dos lustros, la gloria viva y la intelectualidad de generaciones anteriores.

Montevideo fué el centro preferido de la nueva emigración, como lo había sido de aquella que la precedió en el camino del destierro. De 1838 á 1840 llegaron á este lado del Plata Alberdi, Mármol, Tejedor, Mitre, Cantilo, Frías, Domínguez, Rivera Indarte. Poco después, en 1841, llegó también Echeverría, que aquí permaneció hasta su muerte prematura, sin alcanzar á ver lucir para su patria los albores de la libertad. Juan María Gutiérrez, como uno de los más activos movedores del grupo juvenil, fué de los primeros en quienes se encarnizó la persecución. Luego de sufrir tres meses de cárcel, pena de que participaron otros de los reos de igual delito, buscó el refugio de Montevideo, al promediar el año de 1839. Nuestra pequeña y graciosa ciudad de aquellos tiempos convirtióse así en único escenario de la cultura argentina.

El elemento pensador de la primera emigración se personificaba en dos hermanos ilustres: Juan Cruz y Florencio Varela. Tenía el mayor de ellos la representación de la aristocracia intelectual de la época de Ri-

vadavia. Representaba el segundo la persistencia del mismo ideal político y literario, dentro de una generación que había de caracterizarse, en uno y otro sentido, por ideales nuevos y emancipados de la tradición.

Juan Cruz mantuvo, en los comienzos del destierro, su actividad de publicista, acompañando los esfuerzos iniciales de la organización oriental con la propaganda de *El Patriota*, bajo el ministerio reformador de don Santiago Vázquez. Su inspiración de lírico, que había despertado al calor de una época gloriosa en la guerra y en la paz, y estaba hecha á ser la consagración de sus triunfos, quedó, por algunos años, como en mudo estupor, con el fracaso del gran período de civilización que había celebrado. En la severidad espartana de su poesía no halló una nota que se acordase con las amarguras de la proscripción. Pero cuando la juventud de la época nueva llegó á Montevideo, el poeta que había saludado en ella, en días mejores, al porvenir y la esperanza, y á quien muy corto plazo separaba de la tumba, alcanzó á participar en el movimiento literario que esa juventud inició, con sus últimos versos (1), que tienen ya la entonación de la elegía, aunque áspera y varonil, como encastada con la grave sátira lírica, y que serán, entre los suyos, los que más respete el paso del tiempo, porque son los que manifiestan, en una forma más ingenua y humana, un sentimiento más profundo.

En cuanto al magisterio intelectual de Florencio, que fué, sin duda, eficaz y poderoso sobre parte de la emigración juvenil, no se manifestó tanto en forma

---

(1) *El 25 de Mayo de 1838, en Buenos Aires.*

pública y escrita, hasta la aparición del diario que vive vinculado á su trágica gloria, como por el adoctrinamiento íntimo y oral. Su casa de Montevideo fué cátedra familiar y salón académico. En su primera juventud, había soñado con los lauros del poeta. Su poesía resonó al par de la del cantor de Ituzaingó, en las mismas formas solemnes y austeras de la lírica; templada un tanto la arrogancia oratoria de Juan Cruz por un tono algo más sobrio y horaciano. Cantó como él á los triunfos de la guerra con el Imperio, á los esfuerzos de la obra de organización liberal, y saludó la resurrección de Grecia, en nombre de la América libre, después de Navarino. En el destierro, dedicó cantos de noble, si no muy alta inspiración, á la concordia, á la paz, á la prosperidad del nuevo Estado, que debía ser el campo de su propaganda gloriosa y el suelo amigo de su tumba. Abandonó después el cultivo del verso, y concentró su espíritu en el estudio de la historia de América, á la que pensaba dedicar todos los afanes de su madurez. Su influjo literario fué de resistencia primero, de moderación más tarde, para la corriente innovadora, en cuanto ella discordaba de aquella severa disciplina que estaba en la educación y en la propensión instintiva de su mente. Su naturaleza intelectual era firmeza, sosiego, exactitud. Desconoció como publicista otras inspiraciones que las de la razón que domina, austera é inmutable, desde su altura superior á la tormenta; y aun en una propaganda que vibró en atmósfera inflamada por las más nobles exaltaciones de la indignación y los más justificados extremos del odio, no se caracterizó su palabra por la invectiva ni el sarcasmo que calienta la pasión impetuosa, sino por la ecuanimidad, por la serenidad,

por la justicia; por todas aquellas condiciones que son el sello de la tranquila fortaleza del ánimo, unida á las vistas límpidas y seguras de la inteligencia.

A la llegada de estos primeros proscriptos, nuestra cultura propia daba escasas muestras de sí. Constituída la nacionalidad, el signo de su autonomía literaria se personificaba en Francisco Acuña de Figueroa, á quien se hubiera podido llamar, aún más que el poeta de la nueva República, el poeta de Montevideo: la encarnación del carácter de una ciudad y de su crónica, animados por cierta poesía, risueña y apacible, que tenía algo del aspecto de esa misma ciudad. Cuando la plaza fuerte dentro de cuyos muros había dado expresión, con el *Diario del Sitio*, á las últimas resistencias del espíritu urbano y español, se alzaba al rango de capital de un pueblo independiente y á la dignidad republicana, cobró de súbito el acento del versificador que hasta entonces había militado en las humildes filas de la tradición prosaica de Iriarte, ó de la vulgar y villanesca de Lobo, cierto brío, cierta elevación, cierta nobleza, y tendió á ser el comentario lírico de las armas y de las leyes. Al propio tiempo, en otras formas de su copiosa producción, más adecuadas á sus dotes nativas, interpretaba el poeta jovialmente la crónica menuda de la ciudad, los rasgos característicos de su vida social y doméstica. En el tono remontado y solemne no era sólo su voz la que sonaba. Carlos Villademoros, Manuel y Francisco de Araúcho, entre otros que aun les son inferiores, buscaban inspirarse en los acontecimientos de la época. Eran sus cantos como un remedo aldeano ó infantil de la genialidad de aquel solemne y arrogante lirismo que había resonado en América, durante la Revolución,

para propagar sus entusiasmos y saludar sus triunfos. En tan endeble poesía de circunstancias, se asociaban, de contradictoria manera, la ingenuidad, el abandono, el candor, todas aquellas condiciones del gusto y el estilo que manifiestan la inexperiencia literaria, con el amaneramiento y el artificio propios de una retórica que señalaba el último grado de afectación y decadencia en una escuela moribunda.

La organización incipiente y precaria concedía muy poco espacio á las tareas del espíritu que no se relacionasen directamente con las porfías y las pasiones de la acción. La imprenta apenas existía más que para el periódico político. Ciudad nueva y atribulada, sin tradición intelectual ni reposo para haber constituído las formas fundamentales de una cultura, Montevideo recibió de aquella doble inmigración de escritores el impulso que, perseverando con ellos y despertando á la vez la emulación de los nativos, la levantó en diez años más á la condición de uno de los centros literarios más interesantes y animados de la América española.

Una nueva generación presentó sus intérpretes y voceros á rivalizar con la gallarda juventud argentina. El nombre que primero acude, en orden de tiempo, cuando se trata de personificar esa generación innovadora, es el de Marcos Sastre, benemérito amigo de la educación popular. Pero radicado éste, desde la adolescencia, en Buenos Aires, fué allí donde se desenvolvió su entusiasta acción intelectual, con la que prestó servicios eficaces á la evolución de 1837 como fundador del «Salón Literario». Es, en realidad, Andrés Lamas quien, antes que otro alguno, anuncia en Montevideo la renovación del grupo dirigente y la re-

novación de las ideas. Su participación en las contiendas de la vida pública se adelanta á la de los demás hombres de su generación. Su palabra es la primera de escritor uruguayo en que se sienta el influjo de las tendencias de emancipación espiritual formuladas para estos pueblos por Echeverría.

Casi niño, ensayó sus armas en la prensa. *El Nacional* de 1836 fué una bandera prestigiosa en sus manos. Sus dotes de escritor se acrisolaron tempranamente en esa ruda campaña opositora, que terminó, para el diarista adolescente, con el silencio forzoso y el destierro. Y luego, cuando Alberdi pensó por un momento atraer á la obra de regeneración social y política en que aquella juventud soñaba la voluntad de Rosas, invitándole, en el prefacio de su exposición de Lerminier, á ser el brazo que llevase á ejecución aquel pensamiento, publicó Lamas un opúsculo de impugnación, donde hacía resaltar lo incompatible de todo ideal de instituciones con la tendencia lógica y fatal de la tiranía. Vuelto á la prensa en 1837, la persecución no demoró en alejarle de nuevo. Cuando regresó con el ejército triunfador del Palmar, y recobró la pluma, mostró ya la figura juvenil del escritor rasgos completos y definitivos, que le presentaron como el publicista de su generación, como el publicista de un espíritu nuevo. En Abril de 1838 escribía Lamas el prospecto de *El Iniciador*.

III

Miguel Cané, llegado en 1834 á Montevideo, donde completaba sus estudios jurídicos en el bufete de Flo-

rencio Varela, compartía con Lamas la dirección de esa hoja juvenil.

El prospecto es una valiente afirmación de la obra de libertad y de reforma á que se sentía llamada aquella juventud. «Dos cadenas—decíase en un pasaje de él—nos ligaban á España: una material, visible, ominosa; otra no menos ominosa, no menos pesada, pero invisible, incorpórea, que, como aquellos gases incomprensibles que por su sutileza lo penetran todo, está en nuestra legislación, en nuestras letras, en nuestras costumbres, en nuestros hábitos, y todo lo ata, y á todo le imprime el sello de la esclavitud, y desmiente nuestra emancipación absoluta. Aquélla, pudimos y supimos hacerla pedazos con el vigor de nuestros brazos y el hierro de nuestras lanzas; ésta es preciso que desaparezca también si nuestra personalidad nacional ha de ser una realidad; aquélla fué la misión gloriosa de nuestros padres, ésta es la nuestra.» «Hay, nada menos—agregábase—, que conquistar la independencia inteligente de la nación, su independencia civil, literaria, artística, industrial; porque las leyes, la sociedad, la literatura, las artes, la industria, deben llevar, como nuestra bandera, los colores nacionales, y ser, como ella, el testimonio de nuestra independencia y nacionalidad.»

En su aspecto social, la ejecución de este programa fué el desarrollo—más ó menos velado por las condiciones de una propaganda que había de contenerse en los límites de la abstención política—de la fórmula regeneradora de 1837.

En su aspecto literario, significaba la asimilación de las influencias románticas orientadas en un sentido nacional. Importa ya que nos detengamos á conside-

rar los antecedentes de estas influencias dentro de nuestra cultura literaria, y el modo como ellas llegaron á prevalecer.

Antes de la universal repercusión de las jornadas triunfales de 1830, no era aún bastante para alcanzar hasta nuestra remota é incipiente cultura la virtud de expansión del romanticismo, que, habiendo atravesado desde el Norte las fronteras de Francia, permanecía allí en incierto crepúsculo y apenas si reflejaba algún tímido rayo de su luz en el lánguido imaginar de la decadencia española. Por otra parte, los ecos vagos y confusos de la revolución literaria que pudieron llegar al oído de los pueblos de América, no traían consigo la manifestación de un ideal capaz de hallar propicia resonancia en el ambiente americano, ni de acordarse con los estímulos de nuestro creador heroísmo de aquel tiempo. Sabido es que el romanticismo literario, en su relación con las ideas sociales y políticas, era, en su origen, escuela de reacción. Miraba hacia el pasado; amaba la tradición y la leyenda; había ceñido sus armas y afirmado su escudo para tentar el desagravio de las cosas caídas.

Cierto lazo simpático es fuerza que vincule las aspiraciones, las ideas, los sentimientos de libertad, en todas sus manifestaciones; y en tal sentido es indudable que la revolución literaria, expresión de libertad, debía ser grata á los ojos de aquellos que acababan de consumar su revolución política. Por más que la nueva escuela hubiera nacido solidaria, en cierto modo, de la protesta que se alzaba, en nombre de la Europa tradicional, contra la transformación de las ideas y las instituciones, una tendencia lógica debía empujar, á la larga, á los soldados de la libertad á militar bajo las

banderas insurrectas de la literatura. Aquella misma radical transformación, que al propagarse, desde la Francia revolucionaria, por el mundo, aparecía vinculada, en el orden estético, á la inflexible permanencia de lo clásico, se había relacionado en sus orígenes con un impulso de emancipación de las ideas literarias. No fué otra cosa, en las postrimerías del siglo XVII, la célebre querella de *antiguos* y *modernos*, sino un torneo donde los brazos que concluirían por trastornar el eje de la sociedad humana se acostumbraron á romper el cetro de la autoridad. Discutiendo á los clásicos, se había preparado el camino para discutir á las aristocracias y á los reyes. Defendiendo la perfectibilidad de la literatura, se había arrojado el germen de la idea de perfectibilidad de las costumbres y las instituciones. Perrault precede á Condorcet. La rebelión literaria de aquellos románticos proféticos precede á la rebelión social y religiosa de los enciclopedistas. Pero no es menos cierto que hasta tanto se restablecía ese nexo lógico y llegaba, para conciliar la libertar estética con la libertad política, el romanticismo liberal y democrático de 1830, lo nuevo, lo indisciplinado, en literatura, procedió de quienes representaban, en otro género de ideas, la autoridad y la tradición. La república jacobina y los mantenedores de su espíritu confesaron siempre, por ideal literario, el clásicismo más austero; la preceptiva de Boileau duraba en todo el rigor de su tiranía, mientras los templos se habían quedado sin oficios y la cabeza de los reyes rodaba por las gradas del cadalso. La idea de la libertad llegó, pues, identificada con la afectación antigua de las formas, á los pueblos de nuestra América. Su revolución fué exteriormente clásica. Lo fueron su poesía y su tribuna.

La disciplina retórica y poética era profesada con aquel grado de severidad é intolerancia de que un documento literario muy curioso, el manifiesto que acompaña á los Estatutos de la sociedad llamada *del buen gusto del Teatro*, que se fundó en Buenos Aires en 1817, puede servir de ejemplo significativo.

Ciertas auras muy leves de innovación empiezan á remover el ambiente literario en la época de Rivadavia. El clasicismo de Juan Cruz y Florencio Varela, eco del degenerado clasicismo del siglo XVIII, en toda su entereza dogmática, en toda su intolerancia esencial, aparece atrasado, con relación á su propio ambiente, si se consulta al testimonio que de las ideas literarias en circulación lleva en sí la prensa de entonces. La crítica teatral, en algunos de los periódicos de aquella época, ofrece ciertos atrevimientos felices, cierta ansiedad de cosas nuevas; rasgos de curiosidad y libertad, cuyo origen debe atribuirse, ya á los primeros y vagos ecos de la crítica innovadora de principios del siglo, ya á las protestas que el recuerdo de la grande tradición romántica mantuvo en la crítica española posterior á Luzán; y aun al mismo contacto con la doctrina del siglo XVIII francés, si se considera que, para espíritus algo dados de suyo á tolerancias é innovaciones, aquella propia escuela de clasicismo, que tan rígida y adusta se nos aparece en su perspectiva histórica, no carecía de asidero donde apoyar ciertas irreverentes osadías y ciertas aspiraciones de libertad, que tienen precedentes tales como los del Voltaire del *Ensayo sobre lo épico* y las *Cartas inglesas*, y los relámpagos de genio de la crítica de Diderot.

En poesía, Juan Crisóstomo Lafinur había dado en-

trada á los vagos presagios románticos de Cienfuegos. Cuando, en 1821, se premiaba oficialmente uno de los cantos de Luca y se otorgaba al poeta, como premio, una colección de los mayores épicos clásicos, se incluyó entre ellos á Ossián, cuyo romanticismo, falsificado, pero lleno, en su hora, de sugestiones felices, fué, sin duda, de los más activos elementos de renovación que prepararon universalmente el nuevo gusto poético.

A este principio de evolución de las ideas literarias contribuyó eficazmente, por aquel mismo tiempo, la presencia de un escritor de no vulgar ingenio y vasta cultura, para cuyo nombre debe existir, aún más que en la tierra de su nacimiento, en nuestra América, recuerdo respetuoso y durable. José Joaquín de Mora, miembro de aquella viril generación que, arrojada de España por el despotismo de Fernando VII, abrevó su mente, fuera de la patria, en las corrientes nuevas que á su regreso salvaron con ella los Pirineos; publicista, crítico, versificador, algo poeta; propagandista de adelantadas ideas de enseñanza, de literatura y de organización, durante sus diez años de permanencia en varios pueblos americanos; espíritu del que pudo decir, cuando su tránsito supremo, la palabra elocuente de Ríos Rosas, que «embotó las espinas de la proscripción con el asiduo culto de la inteligencia», tomó á su cargo la dirección oficial de *La Crónica*, llamado á Buenos Aires por el gobierno de don Bernardino Rivadavia, en 1827. El olvidado autor de las *Leyendas españolas* no era, en el rigor de la palabra, un romántico. Desde luego, era francamente hostil el romanticismo reaccionario y retórico de Chateaubriand, contra

quien tuvo su crítica páginas de detracción apasionada é injusta. Pero sus doctrinas, más esenciales y sólidas, de libertad literaria, habían sido adquiridas al contacto con el pensamiento inglés, de cuyo espíritu puede considerársele, entre los escritores de lengua española, uno de los emisarios primeros. Él traía consigo á Buenos Aires el influjo de aquel animado movimiento de publicidad y de asimilación de ideas, que sostuvieron por algunos años, en Londres, concentrando allí la más adelantada representación de la literatura castellana de la época, una parte de los españoles desterrados por la reacción absolutista de 1823 y algunos de los americanos que mantenía en Europa el servicio de los intereses diplomáticos de la Revolución, ó que padecían el ostracismo originado en las primeras luchas civiles. Y aunque en punto á los fueros del idioma y á ciertos elementos de orden y pureza formal era Mora conservador é intolerante, como lo anunciaba él mismo en el varonil prospecto de *La Crónica*, era, en lo íntimo y substancial de su doctrina, más independiente y más laxo que su futuro contendor don Andrés Bello, con quien comparte en Chile la gloria del magisterio literario que presidió, en el período anterior á la llegada de los proscriptos argentinos, al desenvolvimiento cultural de aquel pueblo.

Rápido como fué su paso por Buenos Aires, dejó, sin duda, algunos gérmenes felices, que contribuyeron á formar el ambiente en que tomó los rumbos de su vocación literaria la nueva generación. La autonomía y espontaneidad del pensamiento americano, lo mismo en lo que se refiere á la literatura que en su aplicación á la realidad política y social, fueron ideas que no

permanecieron ignoradas para la crítica y la propaganda de José Joaquín de Mora.

Espesábanse las sombras de la reacción que siguió á aquel período de adelanto, cuando volvió del otro lado del Océano el gran innovador por quien esos vagos precedentes se convirtieron en acción resuelta y constante. Esteban Echeverría, que llevaba en París una afanosa vida de observación y de estudio desde 1826, había asistido allí á la última etapa de la revolución de las ideas, que precipitaba entonces sus pasos hacia el glorioso desenlace de Julio. Empapada su mente en la irradiación de aquellos días luminosos, cuando puso el pie sobre la nave que le restituiría al seno de la patria el joven é ignorado escritor se consideraba á sí mismo el mensajero de una nueva vida intelectual. Llegó, mediando el año de 1830, y halló en la ciudad que dejara jubilosa y altiva el silencio y la sombra, la soledad moral, la enervación de las voluntades, el ostracismo de las inteligencias. Sobreponiéndose al desaliento que comunicaba el ambiente, publicó, en 1832, su primera tentativa poética: la leyenda que llamó *Elvira ó la Novia del Plata*. En aquella atmósfera sin eco, su publicación no fué un triunfo; no fué tampoco el merecimiento de un triunfo. Tratábase apenas de un tributo pagado al más artificioso amaneramiento romántico, en el género espectral de las leyendas de Hoffmann, de los cuentos de Nodier; en el género que el gusto de aquel tiempo tenía de más exótico é inoportuno para adaptado á la radiante luz y al aire diáfano de nuestros climas. Pero la histórica significación de ese temprano ensayo de romanticismo ha de señalarse en que, merced á él, la nueva escuela literaria repercutía directamente en estos pueblos

cuando ella apenas había salido en España, con la aparición de *El Moro Expósito*, de sus presagios indecisos y obscuros.

Un silencio de dos años precedió á la primera obra eficaz de Echeverría: en 1834 vieron la luz los *Consuelos*. Mediano era el libro, pero el poeta de una generación estaba allí. Un numen ignorado amanecía en aquellas páginas, para nosotros tan lánguidas y tan marchitas y que parecieron entonces llenas de vibración, llenas de color y de vida. Era la musa nueva, dispensadora de los deliquios de la meditación y del recogimiento; la confidente cariñosa de la personalidad; la poética revelación del mundo íntimo; el espacio franqueado, junto á la poesía que se inflama en las pasiones de la multitud, para la poesía que canta de los sentimientos de uno solo. La época era favorable, por su propio abatimiento cívico, para los abandonos de la melancolía; como lo fuera en tiempos cercanos para la altivez y virilidad de lo épico. Una aureola de interés y simpatía rodeó, desde el primer instante, al nuevo libro; reconoció la juventud al poeta suyo, al poeta que le estaba destinado, y la crítica clásica, que representaban los Varela, aplaudió. Bien es verdad que el espíritu relativamente romántico y novador de los *Consuelos*, encarnado en una forma que no se singularizaba todavía por ninguna de las novedades de métrica y de estilo que revistieron á la lírica romántica con su túnica propia, se presentaban versos más arreglados y tímidos que audaces, que podían pasar como una tentativa de restauración de las tradiciones clásicas de sobriedad y de mesura, frente á aquel otro clasicismo que la escuela dominante hasta entonces, en los poetas de América, había llevado á los extre-

mos de la solemnidad oratoria y de la difusión. En la propia carta donde tributaba sus aplausos al poeta que se revelaba, Florencio Varela, fijando su atención en el movimiento literario europeo, aparecía desconcertado por el declinar de los dioses de su culto; pedía el desagravio para las sombras de Horacio, de Racine y de Molière; profetizaba con segura convicción que «Hugo pasaría», y se negaba á reconocer en la revolución literaria otra cosa que una pasajera desviación y una recrudescencia gongórica. Años más tarde, cuando tocó al publicista del *Comercio del Plata* juzgar *El Peregrino*, de Mármol—y aun cuando escribió el informe relativo al memorable Certamen de 1841—, dejó notar que la revolución de las ideas había labrado cierto surco en su espíritu. En cuanto á Juan Cruz, tampoco permaneció reacio á toda influencia innovadora, y en 1836, escribiendo á don Bernardino Rivadavia para exponerle los principios de crítica á que se proponía ajustar la traducción, que entonces reanudaba, de la *Eneida*, tenía observaciones de un sentido profundo, que manifiestan el influjo de una crítica nueva y levantan su juicio muy sobre el pensar del falso clasicismo del siglo XVIII.

Entretanto, la juventud que por aquellos años entregaba á la vida pública la decaída Universidad, donde la palabra dulce y persuasiva de Alcorta mantenía, ella sola, la tradición de un glorioso profesorado, empezaba á poetizar al modo nuevo, y á interesarse en otras ideas que las que se le habían comunicado en las aulas. Se generalizaba el conocimiento de los modelos románticos. En 1835, una edición emprendida por don Patricio Basabilbaso divulgaba la traducción que el argentino Miralla dejó hecha, en Cuba, de las

Cartas de Jacobo Ortiz, el wertheriano epistolario de Hugo Fóscolo. Abríanse paso, al par de las nuevas ideas literarias, las corrientes nuevas de la filosofía y del derecho. Lerminier era resumido y comentado, en interesante opúsculo, por Alberdi. José Tomás Guido había dado á la estampa, en 1834, una versión de la *Historia de la Filosofía* de Cousin.

El arribo á tierra firme, la orientación definitiva después del período de ensayos, se anuncia por la memorable profesión de fe de 1837 y tiene, como signo literario, la aparición de *La Cautiva*. Si no la madura realización poética, se había logrado con aquellos versos definir el propósito para siempre oportuno. Tendiendo á desatar los vínculos que supeditaban la nueva dirección de las ideas á una norma de imitación, en que el principio de obediencia que se había abandonado con respecto á los clásicos parecía sancionarse otra vez con relación á los maestros del romanticismo, se ponía al pensamiento en el camino de una franca emancipación; se refundía el concepto de aquella escuela literaria dentro de molde americano, y se la convertía en obra propia, en el sentido de interpretarla y adaptarla según las condiciones de nuestra naturaleza y de nuestro medio social.

Sabemos ya que el movimiento de asociación y propaganda que estas ideas promovieron en Buenos Aires, fué interrumpido, al nacer, por la suspicaz persecución de la tiranía, y que, con el destierro de la juventud que le comunicaba sus alientos, se trasladó á esta margen del río, donde tuvo inmediatamente su periódico. *El Iniciador* de Montevideo representa para esa juventud como la última jornada del aprendizaje, como el último día del aula. Después de él, las

ideas literarias y sociales que, nuevas y débiles aún, le habían inspirado, se levantan con rápido vuelo á dirigir la actividad espiritual de la época, y los que habían sido sus precoces conversos hablan ya, más que como insurrectos que proclaman, como vencedores que dominan.

Cooperando con la difícil propagación del libro europeo, el periódico procuraba difundir, desde sus páginas, á los maestros de aquella grande aurora intelectual. Hugo, Manzoni, Lamartine, Espronceda; «Fígaro», de cuyas críticas se hizo, en el mismo año de 1838, una edición por las prensas de Montevideo; Lamennais, cuyo apasionado estilo fué á menudo imitado en los escritos de la época; Cousin, Saint-Simon, Lerminier, se divulgaban en las transcripciones ó resúmenes de *El Iniciador.* Al propio tiempo, la escena teatral se abría á la irrupción romántica, y en nuestro viejo «San Felipe» triunfaban *Don Álvaro, Macías, Catalina Howard, La torre de Nesle, Los amantes de Teruel.*

Interesante es atender al desenvolvimiento de *El Iniciador* en los escritos propios de sus redactores. De don Andrés Lamas—que en la declaración de propósitos del periódico había trazado valientemente los rumbos de su propaganda, pero que contribuyó al desenvolvimiento de ella con escasa asiduidad, solicitado bien pronto por las agitaciones de la política activa—, debe recordarse un diálogo lleno de brío é intención (1), donde recoge los ecos de desdén, de desconfianza ó de burla, que manifestaban cómo aquella iniciativa autonómica de la juventud había herido,

(1) *¿Quiénes escriben "El Iniciador"?*

ya los sentimientos de inercia, las raíces aún vivas del pasado, ya la superioridad recelosa de los círculos.

Más asidua fué la colaboración de Cané. Citemos de su pluma el hermoso juicio sobre *Alejandro Manzoni,* lleno de apasionado entusiasmo por el poeta y de anhelantes votos por la resurrección de Italia; el atinado examen de las nuevas tendencias de la *Literatura,* donde, sobreponiéndose á todo lo que había de convencional y transitorio en el romanticismo, señalaba como la idea definitivamente adquirida por aquella gran revolución, la de la variabilidad de la obra literaria, en «cuanto atributo del estado y condición de los pueblos», «sometido á la doble ley del tiempo y del espacio»; los diálogos festivos en que, bajo el título común de *Mis visitas,* desplegó certeras dotes de crítica y observación; las meditaciones, á menudo profundas, sobre el estado social y los problemas propios de la América recién emancipada. En una de ellas realzaba, con sentida elocuencia, el urgente interés de la propagación de la enseñanza, como suprema virtud regeneradora; glosaba en otro de esos artículos doctrinarios, dirigiéndose á los hombres de su generación, las palabras póstumas de Saint-Simon á sus discípulos: «El porvenir es vuestro»; hablaba en otros—*El Pueblo, La Aristocracia en Sur-América, Fiestas públicas*—de la dificultad de convertir en fuerza orgánica y autónoma la mole inerte de las multitudes que la educación colonial y la semibarbarie del desierto habían preparado para la servidumbre ó para el ciego desplome de la anarquía.

La aplicación del pensador, del político y del moralista aparece con más frecuencia que la del crítico propiamente literario, en esas páginas. Y sin embar-

go, era la de don Miguel Cané una organización moral profundamente sellada por pasiones de artista. La vocación, aunque nunca llegó en él á realidad madura, le llamaba á una de las más inmunes consagraciones de escritor literario que hubiesen podido florecer en aquella generación. Su crítica suele ofrecer, por esto, manifestaciones de un desinteresado sentimiento de belleza, que no es cosa fácil encontrar en una literatura de periodistas y tribunos; aunque no se eximiese, como queda dicho, de la imposición común de un ambiente que obligaba á convertir la misma contemplación y el mismo reposo en medios y maneras de lucha. Así, formulando un excelente juicio sobre Larra, supo reconvenir á «Fígaro» el criterio, del todo extraño á la pura apreciación estética, que le dictó su condenación de *Antony*.

A Cané, según todas las apariencias, pertenece, en efecto, el más hermoso y magistral fragmento de crítica que realce las páginas de *El Iniciador:* el estudio de la personalidad y la obra de Mariano José de Larra, que, publicado en ocasión de la muerte del gran escritor, constituye un juicio definitivo y perfecto, que hoy podría figurar, sin alteraciones, en el texto de una historia literaria.

Cultivó también, en su período de *El Iniciador*, el cuento sentimental y poético. Más tarde, fijó su dedicación literaria en la novela, aunque sin asomo de originalidad americana ni de estudio de la realidad. Concertó esta vocación con la de *dilettante* en artes plásticas, mediante cierto género seminovelesco, que es conversación artística al par que narración (1). Lien-

(1) V. gr.: *Esther*, *La familia de Sconner*.

zos y mármoles constituyen el fondo del relato, como en las novelas de viajes los cuadros de la naturaleza. La crítica de arte alterna con el desenvolvimiento de la acción, á la manera del libro en que Mad. de Staël dió por escena los museos y las ruinas de Italia á las figuras de Osvaldo y Corina. El modo de contar manifiesta en Cané cierta animación y elegancia; el fondo es tan reflejo y pobre como en casi todo el novelar romántico transplantado á tierras de América.

Entre los colaboradores de *El Iniciador*, ninguno de personalidad más resaltante que Alberdi. La crítica satírica de costumbres, instrumento de los más eficaces para los fines del periódico, fué, en la literatura de su tiempo, iniciativa suya. No es que la sátira careciese de memorables precedentes en los escritos de la anterior generación. Aquella prensa turbulenta que controvertió, durante la *reforma* de Rivadavia, las ideas de la organización social y política, lo mismo con la gravedad del razonamiento doctrinario que con la intención irónica y mordaz, acreditó la realidad del rasgo que señalaba don Juan Cruz Varela en la genialidad de su pueblo, cuando afirmaba que, como el caracterizado en la expresión del gran satírico, *nacía burlón*. Algún durable elemento literario podría sacarse tal vez de entre aquellas encontradas muchedumbres de vocablos que combaten riendo: no, ciertamente, por la fina espiritualidad, por la elegancia, por el aticismo, sino en el género de aquella sátira española del siglo XVIII, tan cerril y tan tosca, pero tan varonil, tan sazonada con las especias fuertes del ingenio, que aun nos convida á franco y alegre reir en las páginas gruesas del *Gerundio*, y que podría tener el símbolo de sus procedimientos en el manteo de Sancho ó en

las tribulaciones del Buscón en la Universidad de Salamanca.

El padre Castañeda es la personificación militante de esa que podemos llamar *edad de piedra* del donaire argentino. Tiene para nosotros su sátira, como la de las réplicas de Varela y la de quienes participaron con el uno ó el otro en aquellas jornadas de Fronda del panfleto y el diario, la curiosidad de ofrecer algo así como una cómica refracción de los hombres y las cosas de uno de los periodos más transcendentes y solemnes en el desenvolvimiento orgánico de estos pueblos, y hoy las leemos con aquel género de interés con que se recorre una página de caricaturas de Cham ó de Nadar, donde aparecen, entregando sus rasgos á la travesura del lápiz, aquellas figuras de otros tiempos que estamos habituados á mirar en las actitudes dignas y nobles con que las fija el grabado y nos las representamos en la contemplación de la historia.

La sátira, pues, era personal ó política cuando dejaba de ser indeterminada y abstracta. Alberdi la infundió carácter social; la animó con su sentido profundo de las necesidades y los intereses de la sociedad en que escribía; la imprimió el colorido de la localidad y de la época. Duraba en las formas de la sátira el dejo aldeano de la pendencia estrepitosa y procaz. Alberdi la familiarizó con las sutilezas de la sonrisa inteligente y con las delicadas voluptuosidades de la ironía. Él realizó, dentro de pequeño escenario, la obra que, en escenario mayor, hizo glorioso el nombre de Larra, mentor y maestro suyo. Para recoger su pluma le valían, no sólo las nativas dotes de su espíritu, sino también la condición del ambiente á que hubo de aplicarse su crítica y en el que se renovaban las impre-

siones de la contemplación, á un tiempo reflexiva y sonriente, con que había asistido el crítico ilustre al desconcierto de una sociedad que vacilaba entre la atracción de un ideal que moría y la de un ideal que no había acabado de nacer.

Caracteres, Figarillo en Montevideo, La cartera de F., Sociabilidad, Doña Rita Material, El Sonámbulo (1),—los cuadros de costumbres que, prosiguiendo la labor comenzada en *La Moda* de 1837, publicó Alberdi en *El Iniciador*,—son, sin duda, de las mejores y más duraderas páginas que por aquel tiempo inspiró, en España y América, la imitación de las de «Fígaro», y constituyen el más aproximado trasunto de la manera del genial escritor, en su parte de observación y de ironía, aunque ningún parentesco presenten con otros aspectos, quizá más característicos y dominantes, de su obra. Faltaba en Alberdi aquel fermento romántico que entró por mucha parte en la complejidad del alma de «Fígaro»; el pesimismo ingénito con que solía desleir en lágrimas acerbas la pastilla de color de la sátira. En la naturaleza literaria de nuestro escritor no era nota que vibrase muy alto el sentimiento; y por otra parte, su profunda fe en la virtud de las ideas que dieron inspiración y norma á su crítica no parece quebrantarse jamás, como en el maestro, por la desconfianza ó la duda.

En la crítica literaria, Alberdi debe ser considerado el más eficaz cooperador del gran propósito de Echeverría. La idea de emancipación espiritual que, en la producción poética, inició el autor de *La Cautiva*, él

(1) Algunos de estos artículos de Alberdi se han reproducido en el tomo I de sus *Obras*.

la expresó en la doctrina y el análisis, y la aplicó con criterio más consecuente y más seguro. Tuvo más precisa noción que el poeta, de los caracteres que debería asumir una literatura americana, una vez sentado el principio de su posible originalidad. Trazó mejor que él el deslinde que, entre los elementos oportunos y los exóticos, reclamaba la adaptación de la nueva escuela de arte al ambiente de los pueblos de América. Se levantó más alto sobre las limitaciones escolásticas del romanticismo. Fué, de los nuestros, el primero en hacer de la crítica literaria, no el simple análisis retórico, sino la consideración de la obra bella en sus relaciones morales, en su función social; consideración que domina, á veces exclusiva, en sus juicios, menos de artista que de pensador, con detrimento del puro y desinteresado amor del arte, que no tuvo en su espíritu la intensidad con que prevalece en el alma ardorosa de Cané ó en el alma diáfana y serena de Gutiérrez. Estudios tales como *¿Qué nos hace la España?*, *La emancipación de la lengua*, *De la poesía íntima*, *Del arte socialista*, *La generación presente á la faz de la generación pasada*, reflejan bien esa aplicación de la crítica de Alberdi, en su campaña de *El Iniciador*. Allí aparecen, como notas constantes, la liberalidad, un tanto desconcertada, del criterio, en puntos de lenguaje y de forma; el afán por la asimilación inmediata de lo nuevo y adaptable; la guerra tenaz llevada á los reductos de la tradición española, y una apasionada inclinación á buscar la trascendencia positiva, social, de la literatura, considerada, ante todo, como medio de propaganda y de acción.

Aunque Juan María Gutiérrez llegó á Montevideo algo después de haber cesado la publicación de *El*

Iniciador, colaboró asiduamente en él desde Buenos Aires. Su personalidad juvenil aparece claramente estampada en sus escritos del periódico. Ya le singularizaban, entre los representantes de aquella juventud, ciertas selectas dotes de su espíritu: la delicadeza, la pulcritud del gusto, el *sens des nuances*, que eran como el aire de su aristocracia intelectual; la serenidad, que estaba lo mismo en los veredictos de su crítica que en el ambiente luminoso y puro de sus versos; la amplitud afirmativa, que era su virtud literaria, y que place encontrar en un tiempo de entusiasmos innovadores. Quien lee sus primeros trabajos no reconoce en ellos á un revolucionario de las ideas, como en los de Alberdi; ni á un romántico de la imaginación y el sentimiento, como en los de Cané. Campea allí el asimilador difundido, pero cauto. No sólo propendía á un natural eclecticismo porque conciliaba, de dichosa manera, el amor de la libertad con la inclinación al refinamiento y al orden, sino también porque poseía ese don de insaciable *curiosidad*, en el sentido más alto, que lleva á quien le tiene á gustar todo sabor de naturaleza y de espíritu y á familiarizarse con las más diversas formas de lo bello. Considerado por esta preciosa faz de su carácter, es la gallarda y cumplida personificación de la genialidad de una época de iniciación literaria; de despertar de las energías juveniles de la mente, ávida de toda ciencia, enamorada de toda luz.

Principia la colaboración de Gutiérrez en *El Iniciador* con una semblanza moral y literaria de Silvio Péllico, que precede á la traducción del décimocuarto capítulo de los *Deberes del hombre*. La figura del cautivo de Spiélberg, destinado desde la juventud á la

persecución, al fracaso, al infortunio; personificando en la prisión la suerte ingrata de la patria, y trazando sobre sus losas frías la resignada afirmación del deber; hundiéndose, cuando liberto, en triste y silenciosa penumbra, para llevar el duelo de su idea, debía presentarse iluminada por la aureola de una simpatía irresistible á los ojos de aquella juventud que, como él, sentía hambre y sed de libertad; que concentraba el alma entera en el anhelo de una regeneración difícil y lejana, como la realidad del sueño patriótico de Péllico, y que desplegaba en el destierro su *Iniciador*, en cuyas páginas alternaban sus pasiones cívicas y sus ingenuos sueños de arte, como el evocador de Francesca de Rímini desplegara en Milán *El Conciliador*, que, bajo las formas de una propaganda literaria, ocultaba el pensamiento de redención política.

Otra interesante página de este período que podemos llamar de iniciación, en la crítica de Juan María Gutiérrez, es su estudio de Meléndez Valdés. Levantándose con original arranque su juicio sobre la vulgarizada preocupación que vinculó casi exclusivamente el nombre del poeta al repertorio erótico, hoy para siempre marchito y olvidado, glorificó en su obra lo que la crítica de nuestro tiempo reconoce como el más alto merecimiento de Meléndez: la iniciación de la poesía social, revolucionaria, pensadora, que, atravesando por el alma apasionada de Cienfuegos y por la grave razón de Jovellanos, dió en el cantor de Gutenberg el modelo de aquel lirismo que consagró los guerreros triunfos de América y poetizó los principios de su revolución. Una atinada referencia al horizonte inmenso que ofrecía para la regeneración de la poesía española, como expresión del alma de un

pueblo preferido por las hadas de la tradición y la leyenda, la escuela literaria que reveló desde otros pueblos de Europa la virtud inspiradora de aquellos prestigios del pasado, realza el interés de ese estudio juvenil, donde se imprime al mismo tiempo la huella sangrienta del alma del proscripto, en dolorosas reflexiones sobre el ingenio perseguido del odio de los déspotas y sobre la superioridad que se convierte en causa de infortunios.

Hay otro aspecto de la colaboración de Gutiérrez en *El Iniciador*, que manifiesta dotes luego descuidadas de su espíritu: la observación de costumbres, para la que se probó en cuadros que no carecen de gracia é intención; del género de los de Alberdi, é inspirados, como éstos, en el pensamiento de reforma liberal y civilizadora (1). Más había de perseverar en la vocación poética, que allí también ensayaba. Gutiérrez y Florencio Balcarce—que dejó de su malograda juventud versos vivaces y risueños, muy de otro estilo que aquella otra lánguida melopea de *La Partida*—fueron los primeros en dar eco á la iniciación de una poesía á un tiempo culta y popular, *lírica* en el sentido antiguo, en el sentido de cantable; iniciación que partió de ciertas melodiosas composiciones de Echeverría, y que era como una artística depuración del canto plebeyo, representado por las rudas estrofas de Ascasubi, á fin de no hacerlo ingrato y desapacible á los oídos urbanos, sin quitarle por eso el aire ni el sabor de la tierra. Tal es el género á que pertenece la más hermosa de las composiciones que dió Gutiérrez á *El Iniciador*, si de entre ellas se descuenta *La flor del*

---

(1) *El Hombre-hormiga, El Encendedor de faroles.*

aire, á cuyo colorido, genuinamente americano también, únese un tono menos popular y más íntimo. Me refiero á la delicada *Endecha del gaucho*, donde sin perder su carácter ni su propiedad, se tamiza el acento del paisano al través de una elegancia ática de expresión. Pero la originalidad regional de esos ensayos no hizo apartarse resueltamente al poeta, que estaba vinculado por una admiración y un entusiasmo muy sinceros al lirismo de Varela y de Luca, del artificio *clásico*, á la manera convencional de aquella escuela, que suele aparecer en otras de sus composiciones. Así, su musa, á un tiempo refinada é ingenua, se balanceaba, como en la hamaca la *Irupeya* de su primoroso romance, entre la academia y la naturaleza, entre el amor á lo antiguo y el deseo de lo original.

Junto á los de Alberdi y Gutiérrez luce la mayor parte de los nombres en que hoy personificamos el recuerdo de aquella generación. De Félix Frías se leen muy elocuentes páginas de exhortación moral y de doctrina austera, inspiradas en la sugestión del cristianismo democrático, que apasionaba las almas en la prosa ardiente de Lamennais y de Lacordaire. Habló, asimismo, sobre *Poesía nacional*, pidiendo de ella la tendencia activa, varonil, militante, *didáctica* en el más alto sentido, que formuló en estas palabras: «Queremos ciudadanos. Queremos la *ciudadanía* en poesía, en arte, en política, en literatura». Luego, con el título de *La Espontaneidad*, defendió este principio, en el doble significado de la natural expresión de la conciencia colectiva y del carácter personal del escritor y el poeta.

La frase concentrada, incisiva, nerviosa de Carlos Tejedor, diseña, en los artículos que intituló *Linajes de*

hombres y *La Guerra*, el rígido perfil de su figura de publicista y de repúblico. Bartolomé Mitre, casi un niño entonces, dió al periódico de la juventud sus más tempranos versos, y escribió, con la común pasión del arte doctrinador y militante, el elogio de Quintana. Juan Cruz Varela, Figueroa, Echeverría, contribuyeron alguna vez, con sus prestigios magistrales, á acreditar las páginas de *El Iniciador*. Nombres olvidados, de esos con que cada generación literaria paga el pontazgo del tiempo, pero que en su hora significaron un esfuerzo más, una aspiración generosa, un valor de entusiasmo y estímulo, alternan con los que permanecen famosos.

El último número de *El Iniciador*, que lleva fecha de Enero de 1839, reprodujo, como la fórmula final que sintetizaba el espíritu de su propaganda, la profesión de fe redactada por Echeverría para la agrupación de la juventud que le reconoció por maestro.

Menos recordado de lo que debiera, el varonil periódico representa un momento muy digno de interés en la labor espiritual de su tiempo. Si de la «Asociación de Mayo» y de *La Cautiva* fué el programa, de *El Iniciador* fué el primer desenvolvimiento de aquel grande y fecundo arranque de ideas, que imprimió su sello á una época política y literaria, y dilató su órbita del uno al otro Océano, doblando las cumbres de la Cordillera con un grupo juvenil de proscriptos, para llevar al seno de otras sociedades de América su impulso innovador.

Como al hogar paterno, remoto é ignorado, tal vez de formas toscas y míseras, que dejó atrás el viajador que marcha al triunfo y á la gloria, á aquellas formas primeras de su producción y de su propaganda inte-

lectual ha debido de volverse, en la vejez gloriosa, el recuerdo de esa generación de escritores, que, destinada á fulgurar en lo alto de la cumbre, encendía entonces su luz como la luciérnaga perdida en el fondo obscuro del valle. Hay un interés y una emoción peculiares en la consideración de los orígenes humildes de las cosas que después se engrandecieron y magnificaron: el interés y la emoción con que se atiende á las anécdotas de la vida del niño que llevó en su alma la chispa destinada á transformarse luego en la llama del genio; ó á la descripción del aduar que encerró en sí las primeras palpitaciones del pueblo á que estaba reservada la predilección de la historia. Y habrá algo de esa emoción y ese interés en el sentimiento que ha de conmover, en el futuro, el espíritu del investigador literario y del bibliófilo que despejen del polvo de las bibliotecas las páginas olvidadas de *El Iniciador.*

IV

El estímulo de publicidad no tardó en renovarse, en periódicos de pobre cabida y de precarios alientos, pero que simultánea y sucesivamente se complementaban, prolongando, en el ambiente de sencillez guerrera, una vibración de juvenil y desinteresado idealismo. El propio año de 1839 salió á luz la *Revista del Plata*, donde Alberdi publicó su «Crónica dramática de la Revolución», y el movimiento persistió con *El Porvenir* de Cané, *El Corsario* de Alberdi, *El Correo* de Domínguez, *El Álbum* de Mármol... A esta legión

animosa agregaron Juan María Gutiérrez y Rivera Indarte *El Talismán*, que apareció durante el segundo semestre de 1840. En el prospecto, se preconizaba la oportunidad social del periodismo literario, junto al que refleja sólo la agitación de la vida cuotidiana. Colaboraron en *El Talismán* casi todos los escritores de aquel grupo memorable; y entre ellos, se entreabría un espíritu casi infantil, por su edad y por el candor de su literatura: Adolfo Berro, cuya arrebatada muerte, exaltando las melancolías del gusto de la época, fué en el siguiente año una fecunda ocasión de poesía, en la que deshojó su más temprana flor de sentimiento lírico la juventud romántica de Juan Carlos Gómez.

Tocaba, por este tiempo, la dominación de Rosas en sus extremos de atroz ferocidad. Los insurrectos de Paz y de Lavalle, desamparados por la alianza francesa, apuraban sus esfuerzos. Gutiérrez é Indarte sintieron llegada la hora de exacerbar la propaganda contra la tiranía, á que ya el último dedicaba en la prensa diaria su pluma; pero, para no abandonar la dulce afición ni aun en la práctica de la rigurosa milicia, imaginaron conciliarlas mediante cierto género de *yambos* ó *Castigos* en forma periódica; y de esta original idea nació en 1841 *El Tirteo*, semanario escrito, todo él, en versos fulminantes, y en cuanto á la intención, no sólo buenos, sino heroicos; donde centellean los primeros acentos de aquel odio lírico que había de tener manifestación más vibrante y eficaz en los famosos alejandrinos de Mármol. Bajo del título aparecía, como lema, el terceto con que se acerca el Gibelino á las almas azotadas por lluvia de fuego:

O vendetta di Dio, quanto tu dei
Esser temuta da ciascun che legge
Ció che fu manifesto agli occhi miei!

Catorce números llegaron á publicarse de *El Tirteo*. Sólo desapareció para renacer de inmediato, y sin la traba del verso perpetuo, en el *Muera Rosas*, donde, con Gutiérrez, colaboraban Cané, Alberdi, Echeverría y otros emigrados, uniéndose á la sátira de pluma la del lápiz, en dibujos que, desde Buenos Aires, enviaba ocultamente su autor el coronel D. Antonio Somellera. Duró el nuevo sagitario antirrosista hasta Abril de 1842. Así, entre estas hojas efímeras, pero movedoras, y el esforzado *Nacional* de Indarte, preparaban la aparición de aquel glorioso *Comercio del Plata*, cuyo nombre se identifica en la posteridad con la heroica resistencia á la tiranía, como el de *El Nacional* de Armand Carrel con la democracia de 1830 y el de *La Gaceta* de Mariano Moreno con la hora inicial de nuestra Revolución.

Mientras tanto, el anhelante amor de cultura perseveraba en la hospitalaria plaza fuerte, por sobre las asperezas de la pasión y del peligro. Aproximándose, en 1841, el aniversario de Mayo, el gobierno de Montevideo quiso celebrarlo de manera que fuese estimulada y honrada aquella animación intelectual que mantenía la presencia de los desterrados argentinos. A este fin, llamó á concurso para un canto donde se glorificase al gran día de América. El interés de ese torneo literario fué por mucho tiempo memorable en la crónica de la ciudad. Aspiraron al triunfo los más acreditados versificadores de la época: Figueroa, Mármol, Rivera Indarte, Domínguez. Dió forma al dictamen Florencio Varela. Juan María Gutiérrez, vencedor,

obtuvo, con el premio, la consagración definitiva de su nombre y como el derecho á vestir, literariamente, la toga viril. Hoy apartamos de su memoria ilustre aquellos lauros marchitos. Su canto victorioso, que no es vulgar, se queda en no serlo. Falta la vibración genuinamente poética en el tono, á veces elocuente, y falta en la versificación, laboriosa y correcta, el don de melodía natural, que acredita la garganta del pájaro; si bien redimen á esa composición de la vulgaridad la abundancia de ideas y la tendencia á sustituir, por un modo más intenso y jugoso, aquel vacío estrépito guerrero de los cantos heroicos que había inspirado hasta entonces la emancipación americana.

Sobrevinieron los días en que Montevideo vió avanzar hacia sus muros las triunfadoras armas de Rosas. El contraste entre aquella debilidad y esta fuerza generalizaba la impresión de que toda resistencia sería vana y de que la ciudad sucumbiría al primer empuje; porque no se prevé lo que es milagro del heroísmo y la constancia. Fué así cómo, no bien establecido el asedio por el ejército de Oribe, Juan María Gutiérrez y Alberdi abandonaron clandestinamente la ciudad, confundidos en un grupo de marinos franceses, y se embarcaron para Europa. Era esto en Abril de 1843.

Durante la travesía, compusieron en colaboración fragmentos de un poema inspirado en las impresiones del viaje; poema que había de titularse *Edén*, del nombre del bergantín que los conducía. Alberdi apuntaba en prosa la idea original, que Gutiérrez trasladaba al verso.

Un año, ó poco más, permaneció este último en Europa. La escasez de sus medios, que no el deseo, forzóle á poner fin prematuro á aquella peregrina-

ción espiritual, soñada, entonces como ahora, de todo americano culto; y se volvió, después de recorrer á grandes pasos Francia, Italia y Suiza. Llegado á América, hizo una corta estación en Río de Janeiro y Porto Alegre. Montevideo ardía en lo más premioso del sitio. Buenos Aires continuaba encorvado bajo la férula de la tiranía. El refugio donde ganar el pan del destierro sólo estaba del otro lado de los Andes, y allí se dirigió el necesitado escritor, que había de quedar en Chile hasta que, siete años más tarde, su patria volvió á serlo de veras para los que, como él, no la diferenciaban de la libertad.

Un grupo de emigrados argentinos se amparaba, desde 1841, á la hospitalidad de Santiago y Valparaíso. Componían ese grupo una parte de los anteriormente asilados en Montevideo, y otros que, ya cuando los eligió la persecución, buscaron por escudo la Cordillera. Fué el primero en llegar Sarmiento, que por entonces tentaba su vía, probando la vocación desasosegada é incierta, como en un husmeo leonino. Tras él llegaron Vicente Fidel López, Félix Frías, Alberdi, Mitre, Piñero, y uno de mi país: Juan Carlos Gómez. La influencia de estos emigrados fué, desde el primer momento, intensísima en la vida cultural de Chile. Por ellos se anunció en las letras el renovador impulso romántico; por ellos, ideas de reforma y emancipación intelectual penetraron en aulas y tertulias y se difundieron largamente en la prensa. Un movimiento de la juventud nativa, encabezada por Lastarria, contribuyó á la obra de los desterrados; pero de éstos fué siempre la superioridad de acción y de prestigio. La resistencia clásica y el espíritu de autoridad tenían la más alta representación á que hubie-

ran podido acogerse en América: don Andrés Bello. En el bando revolucionario, Vicente Fidel López, con su *Curso de Bellas Letras*, que tendía á liberalizar la disciplina retórica, y sus ensayos de la *Revista de Valparaíso*, era el razonador, el hombre de ideas; Sarmiento, el combatiente arrebatado é implacable. Un actor argentino, que fué á la vez, entre los compañeros de Lavalle, un soldado de la libertad, Casacuberta, animaba en el teatro los héroes fulgurantes del romanticismo. Se hablaba de literatura como de negocios, de idealidades como de política. Allí, en 1845, apareció, en folletín de *El Progreso*, el *Facundo*. Allí también había de publicar Alberdi sus *Bases* para la reorganización argentina.

La sugestión de tal ambiente no era, por cierto, la que hubiera podido adormecer en el espíritu de Juan María Gutiérrez el amor de la literatura; por más que la ley de la necesidad le impusiese, á su llegada, valerse de sus estudios de ingeniero y aceptar del gobierno de Bulnes la dirección de la «Escuela Naval». Quedaban las treguas del trabajo remunerador y prosaico, y fueron para el trabajo *gracioso* en la doble acepción. La querella de clásicos y románticos había perdido ya, cuando llegó Gutiérrez, mucho de la violencia de las primeras jornadas, y por otra parte, ni la naturaleza de su espíritu ni la índole de sus ideas le movían á participar apasionadamente en aquellas guerras de pluma. Su emulación se concretó en obra más serena. Investigó, compiló; se propuso fundar la bibliografía y la biblioteca americanas. En 1846 dió á las prensas de Valparaíso su famosa *América poética*, donde por primera vez aparecía, con algún criterio de elección, nuestra modesta literatura rimada de aquel

tiempo. Fines de utilidad didáctica le guiaron para una breve antología de prosa y verso: *El Lector americano*. Bajo su dirección se reunieron en libro las composiciones líricas de Olmedo, el cantor de Junín. Pero el más durable recuerdo de su paso por Chile fué, sin duda, el hallazgo y publicación del *Arauco domado*, de Pedro de Oña, que estudió con fina inteligencia histórica y crítica.

Completó allí su actividad literaria como miembro de la redacción de *La Tribuna*, diario que vió la luz en 1849. Poco después, un viaje á Guayaquil y Lima brindóle la ocasión de ejercitar en nuevas bibliotecas su instinto de zahorí de tesoros desconocidos ú olvidados. De aquel viaje nacieron sus estudios sobre Juan Bautista Aguirre, sobre Fray Juan de Ayllón, sobre Caviedes, sobre Peralta y Barnuevo, que enriquecerían las páginas de una de sus obras futuras. Hallábase de vuelta en Valparaíso cuando un eco de júbilo y gloria vino á repercutir dichosamente en su vida. Era el mes de Febrero de 1852. La tiranía de Rosas acababa de caer con estrépito, y un claro de luz se abría iluminando la patria cercana, la ciudad soñada con melancólicos recuerdos en la dura ausencia de catorce años. Juan María Gutiérrez tomó el camino de la Cordillera.

Como él, los demás emigrados argentinos se restituyeron á la patria, donde la acción política había de solicitar, con más ardiente halago que el juvenil sueño de arte, los afanes de su edad madura. La virtualidad literaria de aquella generación estaba ya realizada en lo esencial, y había dado, entre las espinas del destierro, sus frutos mejores.

Con los trabajos de crítica, de investigación y de his-

toria de la cultura americana, que emprendió Gutiérrez durante su permanencia en el Pacífico, se puso en obra la parte fundamental y más preclara de sus talentos: la parte que verdaderamente le caracteriza y le atribuye su significado propio y eminente en el conjunto de sus contemporáneos. Pero, antes de volver á él y á su aplicación de historiador y de crítico, quiero detenerme á considerar el aspecto general de la labor de aquella época, por lo que se refiere á la literatura, valorando de paso algunas de las aplicaciones secundarias con que concurrió él mismo á esa labor.

V

EL AMERICANISMO LITERARIO

La idea dominante, el propósito tenaz, aunque desigualmente realizado, que infunde carácter y unidad á la obra literaria de la generación de Juan María Gutiérrez, es la reivindicación de una autonomía intelectual; es el anhelo de imprimir á las primeras tentativas de una literatura americana sello peculiar y distinto, que fuese como la sanción y el alarde de la independencia material y complementara la libertad del pensamiento con la libertad de la expresión y de la forma.

De los ensayos de aquel tiempo procede el impulso original de americanismo que, persistiendo hasta nuestros días, ha compartido con las más exóticas

tendencias de la imitación el interés de nuevas generaciones, y mantiene, en todas partes de América, un movimiento literario que se propone dirigir principalmente la atención del escritor á los cuadros é impresiones de la naturaleza, á las formas originales de la vida en los campos donde aun lucha la energía del retoño salvaje con la savia de la civilización invasora, y á las leyendas del pasado, en que infunden su cándida y heroica poesía los albores históricos de cada pueblo.

Atribuir el significado de una afirmación del espíritu de nacionalidad á la preferencia otorgada á esos y otros análogos motivos, no envuelve una idea falsa, pero sí una idea que requiere extensión y complemento. Es indudable que el carácter local de una literatura no ha de buscarse sólo en el traslado de los colores de la naturaleza física, ni en la expresión pintoresca ó dramática de las costumbres, ni en la idealización de las tradiciones con que teje su tela impalpable la leyenda para decorar los altares del culto nacional. Más extensa, más varia, es la raíz que anuda la creación del poeta al suelo donde se produce. En la representación de las ideas y los sentimientos que flotan en el ambiente de una época y determinan la orientación de la marcha de una sociedad humana; en la huella dejada por una tendencia, un culto, una afección, una preocupación cualquiera, de la conciencia colectiva, en las páginas de la obra literaria; y aun en las manifestaciones del género más íntimo y personal cuando, sobre los signos de la genialidad del poeta, se estampan los de la índole afectiva de su pueblo ó su raza, el reflejo del alma de los suyos, puede buscarse, no menos que en las citadas formas, la impresión de aquel sello característico. Además, no es tanto la for-

zosa limitación á ciertos temas y géneros, como la presencia, en lo que se escribe, de un espíritu autónomo, de una cultura definida, y el poder de asimilación que convierte en propia substancia cuanto la mente adquiere, la base que pueda reputarse más firme de una verdadera originalidad literaria.

No desconocían ni ignoraban esto los directores de aquella generación. No desconocían ni ignoraban que la interpretación estrecha de la idea de americanismo que desplegaban por bandera, apenas habría dado de sí una originalidad obtenida al precio de incomunicaciones y desconfianzas; originalidad que, tratándose de pueblos sin madurez para educar aparte de todo magisterio extraño su pensamiento, valdría tanto como pobreza de fondo é ingenuidad pueril ó aldeaniega. Ellos sabían bien que una cultura novel y fundada en libertad sólo va en camino de ser fuerte cuando ha franqueado la atmósfera que la rodea á los *cuatro vientos del espíritu*, y que la manifestación de independencia que puede reclamársele es el criterio propio que discierna de lo que conviene adquirir en el modelo lo que hay de falso é inoportuno en la imitación.

Propendiendo, con el impaciente amor del neófito, á asimilar cuanto fuese arte, saber, selección de hábitos é ideas, no podía ocultárseles que el desenvolvimiento de la vida de ciudad exigiría progresivamente entre nosotros, del escritor y el artista, una profunda atención para nuestras inquietudes espirituales, que son, no las de una determinada latitud de la tierra, sino las de todos los pueblos vinculados por el genio de una misma civilización; y que, á medida que nuestra capacidad literaria adelantase, había de adquirir

superior importancia, sobre la espontánea sencillez del tema nativo, aquel elemento de interés que denominaba Ixart la *vitalidad intelectual* de los asuntos.

Pero, entonces como ahora, el americanismo de paisajes, tradiciones y costumbres, si bien era incapaz de dar la fórmula de una cultura literaria que abarcase toda la substancia poética é ideal de nuestra existencia, que satisficiera todas las aspiraciones legítimas de nuestro espíritu, representaba una parte necesaria, y la más fácilmente original, dentro de la complejidad de una literatura modelada en un concepto más amplio; y aun con mayor oportunidad ahora que entonces, él se adapta á un interés de la realidad social, por lo mismo que aumenta progresivamente el arraigo de los temas más universales, y que en esas ráfagas de antigüedad y de naturaleza puede venir cierta virtud tónica y salubre para la conciencia de pueblos un tanto descaracterizados por el cosmopolitismo y un tanto negligentes en la devoción de su historia.

Interesa á nuestro objeto examinar hasta qué punto aquella generación iniciadora pudo hallar, en su esfuerzo de originalidad nacional, precedentes que lo facilitaran; refiriendo estos precedentes, no sólo á la circunscrita idea de americanismo que hemos precisado, sino á cualquiera otro reflejo directo de la realidad y á cuanto importa dar expresión á las espontaneidades y energías del sentimiento colectivo.

Vano sería buscar en el espíritu ni en la forma de la literatura anterior á la Emancipación una huella de originalidad americana. No eran influencias de escuela las que principalmente se oponían á la aparición de

esa originalidad, sino, ante todo, las condiciones de la vida y el tono de los caracteres.

El principio de imitación de modelos irreemplazables, base de las antiguas tiranías preceptivas, eran, con relación al pensamiento y á la sociabilidad de la colonia, una fuerza que trascendía de su significado y, alcance literario, para convertirse en la fatal imposición del ambiente y en el molde natural de toda actividad, lo mismo se tratara de las formas de la producción intelectual que de otra cualquiera de las manifestaciones del espíritu. La colonia, privada de toda espontaneidad en la elección de las ideas y la confesión de los sentimientos; enteramente extraña al poder que gobernaba sus destinos y al magisterio que modelaba su cultura; dócil arcilla dentro de una mano de hierro, no pudo sino imitar el modelo literario que venía sellado por la autoridad de que recibía leyes, hábitos, creencias. El remedo servil estaba en la naturaleza del terreno de que se nutría aquella lánguida vegetación literaria, como lo estaba el gusto prosaico y enervado, que, sin dejar de explicarse por las influencias y por los modelos de la decadencia española, era también el reflejo de la monotonía tediosa de la vida y del tímido apagamiento de la servidumbre.

Nacida de ocios fríos, la obra del escritor no respondía á un interés social ni lo suscitaba. Poco tenía aquella paz, sin belleza ni espíritu, de la superior serenidad en que da su flor una cultura. Aun tenía menos del ambiente propicio á aquel género de pensamiento y de arte, rudo, pero intenso y sanguíneo, que brota de los entusiasmos de la acción y de «las disputas de los hombres».

Sin duda, una gran parte de la literatura de la co-

lonia era la expresión de los sucesos reales y actuales de la sociedad en que se producía; v. gr.: la abominable literatura de recepciones, de exequias, de fiestas reales, que arropaba vistosamente la lisonja servil y añadía un son vano al decoro de las ciudades donde se asentaba la autoridad de los virreyes; pero la constante trivialidad de aquellos sucesos quita todo valor significativo á las páginas que los reflejan. Es el diario de una travesía sin percances, en sempiterna calma, bajo inmutable toldo de bruma.

Y si el carácter de la producción literaria no podía originarse de la presencia de un alma colectiva, que imprimiera á la sociedad colonial sello peculiar y distinto, tampoco era posible que brotara de la dilatación del alma española al través del Océano que dividía el inmenso imperio, ni que recogiera su inspiración en los recuerdos y los sentimientos de raza simbolizados en la bandera que tendía su sombra desde las columnas de Hércules hasta el Golfo de Méjico y el Estrecho de Magallanes.

El progresivo desvanecimiento de la conciencia de esa unidad moral, en las colonias americanas, y la pérdida de todo sentimiento de la gloria y la tradición de la metrópoli, son hechos que inspiraron al gran viajero de quien ha podido exactamente decirse que realizó á principios del pasado siglo un segundo descubrimiento de nuestra América, observaciones llenas de interés. «Las memorias nacionales – afirma Humboldt—se pierden insensiblemente en las colonias, y aun aquellas que se conservan no se aplican á un pueblo ni á un lugar determinado. La gloria de Pelayo y del Cid Campeador ha penetrado hasta las montañas y los bosques de América; el pueblo pronuncia algunas veces esos

nombres ilustres, pero ellos se presentan á su imaginación como pertenecientes á un mundo puramente ideal ó al vacío de los tiempos fabulosos» (1).

En cuanto á las memorias y las leyendas de las razas que representaban la tradición de libertad salvaje de América junto á la posteridad del conquistador, sólo con las protestas de la Independencia pudo venir la reivindicación de tales reliquias del pasado como cosa propia de la tierra, como abolengo de su historia. «El colono de la raza europea—añade Humboldt—se desdeña de cuanto tiene relación con los pueblos vencidos. Colocado entre las tradiciones de la metrópoli y las de la tierra de su cuna, considera las unas y las otras con la misma indiferencia, y muy raras veces arroja sus miradas sobre lo que fué.»

Mudo y sin alma lo pasado; ajena la realidad actual á todo estímulo de pasión é interés, y cerrado, por una fatalidad que excluía todo objetivo de la voluntad, el horizonte del porvenir, no era posible para la vida colectiva la expresión literaria, ni para la obra del pensamiento individual la repercusión de simpatía que la trocase en idea y sentimiento de todos. La contemplación de una naturaleza cuya poesía desbordante no había sido traducida al lenguaje humano jamás; los rasgos propios que determinaba en las costumbres la lucha de la civilización y el desierto, sólo hubiera sido posible que brindaran inspiraciones de originalidad á la lírica y la narración, si estas formas de arte hubiesen reposado, para las escuelas de aquel tiempo, en la imitación de la vida.

---

(1) HUMBOLDT: *Viaje á las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, cap. V, libro II.

Con la proximidad de la Revolución, ciertas audacias é inquietudes del pensamiento aceleran las pulsaciones de la imprenta colonial, como herida de la emoción del presagio y el apercibimiento. Uno de los signos reveladores de la fundamental transformación que se operaba en el espíritu público es, en los últimos tiempos de la colonia, la vibración creciente de los afectos, las preocupaciones y las necesidades sociales en la palabra escrita; el movimiento de publicidad que iniciaron en Buenos Aires las memorias de Belgrano y los trabajos de Vieytes, para la propaganda de la libertad económica, y que debía tener su más resonante manifestación de elocuencia en el *Memorial de los Hacendados*, y su nota de sentimiento en el canto de triunfo con que el Rouget de Lisle de las futuras victorias de la Revolución ungía la frente de la poesía inspirada en las altiveces del honor popular y en los arrobamientos de la gloria, sobre las calles donde aun no se había oreado el riego de sangre de la Reconquista. Y como elemento de este ejercicio de aprendizaje del pensamiento propio, en vísperas del tiempo en que él sería el motor de la marcha de la colonia emancipada, nace el amor al estudio de los orígenes históricos del Virreinato, que no se manifiesta sólo por la investigación erudita y la exposición indiferente, sino que se colora ya, en los escritos de Funes, de Araujo, de Rivarola, y en las monografías locales que los primeros periódicos acogen en sus páginas, con ciertos toques de sentimiento tradicional y patriótico; al paso que se generalizaban, entre los temas preferidos de aquellos mismos periódicos, las descripciones geográficas del suelo, con que se contribuía á fijar y definir la noción material de la patria

que se esbozaba. Pero aun tuvo una manifestación más genuinamente literaria ese sentimiento naciente de las cosas propias, y es el bosquejo de una poesía inspirada en la originalidad de *la tierra*, que Labardén trazó, remontando á la entonación del lirismo la imagen de la naturaleza y probando calzar con el coturno trágico la leyenda de la América primitiva.

Sobrevino la época en que pudo manifestarse sin reatos el espíritu de la colonia transfigurada en pueblo autónomo. La literatura de la Independencia americana, como la actividad de los tiempos á que dió expresión, fué absorbida por un sentimiento y una idea. Reflejando esta inalterable unidad del espíritu de una época heroica, fué aquella literatura eminentemente nacional; pero no pudo serlo si por nacionalidad literaria ha de entenderse una expresión más compleja y armónica de la vida de un pueblo, ni, aún menos, si se exige la condición de la forma propia y espontánea.

La poesía de la revolución argentina, que Juan María Gutiérrez pudo justicieramente enaltecer en el conjunto de la de los pueblos de América, como la que más estrechamente vinculada se mantuvo á la épica realidad de los tiempos; la que lleva en sí una expresión más sostenida del sentimiento de la libertad y una glorificación más constante de sus triunfos, hubo de compensar esta superioridad marcial con una fisonomía más austera y monótona, menos complementada por otros elementos y formas de poesía, que se agruparan, como notas armónicas, en torno de la nota guerrera, descubriendo, por decirlo así, la carne bajo la coraza; destacando un relieve personal, de amor, de tristeza ó de abandono, sobre la uniforme expresión de los entusiasmos comunes. Cualquier persistente

propósito de tributar, en otros altares que los de la acción, pensamiento ó belleza, habría parecido, durante aquellos veinte años, signo de extranjería y egoísmo: tal como si, en Esparta, se hubiera osado modificar, con los sones de la molicie y el deleite, la inmutable simplicidad del ritmo dorio, el tono sugeridor de la altivez viril y del impulso del combate.

Dentro de esta unidad monocorde, el espíritu nacional de la poesía de la Independencia se hubiese manifestado plenamente si para ello bastara con la índole del tema y la sinceridad de la emoción. En la conciencia del poeta, aquella poesía era toda ingenuidad y toda sentimiento; pero era artificial en su realización, y sus imágenes clásicas de libertad y de heroísmo lo figuraban todo menos el cuerpo real, colorido y viviente de la patria, por más que se caldearan en su amor y se aplicasen á sus victorias y á sus héroes.

Había, sin duda, cierto carácter de oportunidad y de verdad interna en este propio clasicismo de la forma, que no llegaba sólo por abstracta influencia literaria á la fantasía del poeta, sino que se relacionaba con las inspiraciones más activas y eficaces de la Revolución, sellada, desde su origen, por la pasión del genio clásico, que, como ideal, mejor ó peor interpretado, de gloria y de grandeza moral, había presidido al desenvolvimiento de aquella otra revolución humana á cuyo ejemplo se modeló, en gran parte, la de 1810. Pero la sinceridad del entusiasmo con que los hombres de la generación creadora de América se transportaban en espíritu á la antigüedad y aspiraban á que se les considerase los discípulos de sus guerreros, de sus legisladores y de sus tribunos, si bien levanta el clasicismo de esa poesía sobre la condición

de un vano amaneramiento retórico, no la mantiene con ello menos desarraigada del suelo firme y resistente á la sugestión colectiva. Faltos de la percepción, ó del aprecio, de las originalidades de la realidad que los rodeaba, aquellos poetas sacrificaron la fisonomía natural y el elemento distintivamente pintoresco de la lucha á la imitación del mundo soñado donde tenían cautivo el pensamiento; sin una pincelada que diese la nota singular del escenario y la actitud y el gesto peculiares del actor; sin una estrofa, olvidada de lo antiguo, que guardara la repercusión del galope de la *montonera* al través de las *cuchillas* y las pampas; que reflejase una imagen de los Andes, por donde cruzaron los cóndores de San Martín, y modelara en bronce la escultura heroica del gaucho.

Germinaba en las trovas del *payador*, del gaucho guitarrero y vagabundo, una hermosa poesía popular, que el poeta clásico consideraba con el desdén del trovador palaciano por el romance del juglar villanesco; pero este desdén mantenía desvinculada del movimiento literario y del espíritu del hombre de ciudad esa espontánea floración de los campos. El clasicismo del siglo XVIII, en que tuvo la escuela de los poetas de la independencia su modelo, había profundizado, hasta hacerlo irreconciliable, el divorcio entre la inspiración popular y la erudita, obstinándose en el propósito de formar alrededor del poeta noble y selecto una atmósfera diferente de aquella en que respiraba la multitud. De este lado del Plata, donde la vida pastoril y gauchesca halló su origen; donde la revolución adquirió el áspero fermento democrático que la salvó para la libertad, un payador semiculto, Hidalgo, ensayó interpretar en forma escrita el balbuceo de la imagina-

ción del paisano. Pero esta poesía, ni pasó de diálogos festivos que sólo muy superficialmente reflejaban el sentimiento popular, ni tuvo el más mínimo contacto con el raudal de aquella otra que, después de cantar al modo clásico las victorias guerreras, apuraba la solemnidad de sus acentos para servir de olímpica corona al liberalismo enconado y patriótico de Rivadavia.

No era posible, dentro del gusto de la época, la obra de reconciliación que había de ser el significado prestigioso de *La Cautiva*, su mérito de oportunidad, tan superior á su valer de arte; la obra de nacionalizar el espíritu de la poesía en que florece la cultura urbana y ennoblecer la forma del verso inspirado en el sentir agreste del pueblo. Para que pudiera ser escrita aquella obra de iniciación; para que el canto del poeta adquiriera cierta originalidad expresiva de las cosas propias, era menester que un vuelco radical de las ideas literarias se verificara y que salvase los mares el influjo de una revolución que debía ofrecerse al pensamiento de América con los halagos de una nueva sanción de su autonomía en cuanto propagaba á los dominios de la forma el aura bulliciosa de la libertad.

Estaba en las afirmaciones y en los ejemplos del romanticismo la benéfica idea de la nacionalización de las literaturas. Reaccionando contra la nulidad del modelo insustituíble y del precepto inviolable, aquella gran revolución reemplazaba con la espontaneidad que condujese á cada pueblo á la expresión de su carácter propio, la imitación que á todos los identificaba en la misma falsedad, y oponía la filial vinculación del verbo literario con lo del suelo, la época y el uso, á la abstracción de un clasicismo que, indiferente á toda realidad determinada, presentaba el tipo universal por

norma de arte y aspiraba, no á la reproducción directa y concreta de las cosas, sino á la significación de la verdad ideal depurada de todo accidente, vale decir, de todo rasgo local, de toda pecualiaridad histórica, de todo relieve de originalidad.

La poesía dejaba de ser considerada como el patrimonio de ciertas selectas civilizaciones que hacían durar su espíritu en la herencia de perennes modelos, y pasaba á ser un don universal, un don humano, cuya originalidad daba, en cada una de sus formas históricas, la medida de su valor, y cuya crítica había de fundarse en el modo de pensar y sentir propio de cada raza y cada pueblo, en el estudio, en su naturaleza, sus costumbres y sus tradiciones.

A aquel impulso igualitario con que la hegemonía del clasicismo francés había derribado en Europa las aras de los viejos dioses nacionales, en arte y poesía, sucede, dondequiera que repercute el grito de guerra de los innovadores, la altiva afirmación del propio abolengo literario. Shakespeare, la Comedia española, el Romancero, las Canciones de gesta, los Nibelungos y las Sagas reverdecieron con el aroma y la virtud del terruño.

Levantábanse así las *voces de los pueblos*, que Herder percibía en el hervor de ideas de aquel comienzo de siglo, y por primera vez se aspiraba de manera consciente á que las literaturas fuesen la expresión de la personalidad de las naciones, como el estilo es la expresión de la personalidad del escritor. Un centenar de colores se alzaba sobre el blanco frontón de la antigüedad.

Muchas de las notas características de aquella revolución espiritual, del modo como ella prevaleció en

Europa, discordaban con el ambiente americano. Ni entendido el romanticismo como movimiento de reacción artística, que buscaba sus inspiraciones en el espíritu de una edad cuya evocación no hubiera tenido en América sentido razonable; ni como escuela de falso idealismo, que llegó á desdeñar, no menos que el sistema de imitación contra que había protestado, los fueros de la realidad; ni como manifestación literaria de aquellos estados de conciencia que reflejaron sobre la frente de las generaciones románticas sus sombras, y que tradujeron los poetas de la época en clamores de rebelión individual y de conflicto íntimo, traía consigo una fórmula satisfactoria y oportuna con relación al carácter y á la expresión natural de pueblos que vivían su niñez; que no podían participar, como signo social persistente, de las nostalgias y congojas nacidas de la experiencia de las sociedades, y que necesitaban, ante toda cosa, de aquel «conocimiento de uno mismo», que, como fué la inscripción del templo clásico, debía ser la heráldica empresa de su literatura. Pero podían esos pueblos tomar por punto de partida y por estímulo eficaz en la formación del pensamiento propio, el principio de libertad que el romanticismo propagaba con sus victoriosas banderas, y podían modelar en el ejemplo de la enérgica reivindicación de nacionalidad literaria que la nueva escuela suscitó en todas partes, un ideal de poesía capaz de desenvolvimientos fecundos.

La variedad de formas, de sentimientos, de modelos, abría, además, un campo de elección mucho más vasto, dentro de la imitación misma; y el impulso que, reaccionando contra la reserva aristocrática del espíritu literario, lo difundía, como por una evangelización

de la belleza, entre todos los hombres, no podía menos de facilitar la expresión de la índole propia de nuestras sociedades.

La literatura descendía de la academia y el liceo, para poner la mano sobre el corazón de la muchedumbre, para empapar su espíritu en el hálito de la vida popular. El poeta americano contó, en la obra de crear una expresión nueva y enérgica para la naturaleza y las costumbres, con otra gran conquista del romanticismo: la democratización del lenguaje literario, el *bill* retórico que concedió los fueros de la ciudadanía á esa «negra muchedumbre de las palabras», que Hugo, en las *Contemplaciones*, se jactaba de haber confundido con «el blanco enjambre de las ideas», anonadando la distinción entre vocablos patricios y vocablos plebeyos. Dentro de los límites del lenguaje poético del siglo XVIII, con su veneración de la perífrasis y su desprecio del habla popular: la escuela de lenguaje que hacía del Homero de Mme. Dacier un poeta de la corte y llevaba á Shakespeare á la alquitara de Ducís, no hubiera sido posible el sabor de naturalidad de *La Cautiva* ni la palpitante crudeza del *Facundo*.

La narración rompía los moldes estrechos y convencionales de la épica de escuela, y se dilataba por la franca extensión de la poesía legendaria, del cuento popular, de la novela histórica ó de costumbres, formas mucho más adaptables á la expresión de las peculiaridades de región y de época, y mucho menos difíciles de tratar con inspiración personal é innovadora.

Manifestábase en la lírica el sentimiento de la naturaleza, parte necesariamente principal en toda literatura genuinamente americana, y la descripción anima-

da por la presencia del espíritu, por la poesía de la contemplación, traía á la luz uno de los más hondos é inexplotados veneros de belleza con que hubiera podido enriquecerse la palabra artística.

Tantos estímulos de originalidad, tantos ejemplos é influencias que convidaban á la libre expresión de las cosas propias, concluyeron por prevalecer sobre los amaneramientos de escuela; y después de las primeras tentativas de imitación desencaminada y exótica, romanticismo y emancipación literaria nacional fueron términos que se identificaron en el espíritu innovador de Echeverría. La juventud que le reconoció por maestro entendió, aún con más consecuencia y precisión, la identidad de ambas ideas; y así, la conquista de una originalidad americana fué, en materia de arte, el gran sueño de la generación que hizo de aquella desigual y embrionaria *Cautiva* el símbolo de sus entusiasmos literarios y la amó como una poética representación de la patria ausente, que evocaba, en las horas amargas del destierro, imágenes queridas y músicas de la memoria.

Juan María Gutiérrez, Mármol, Magariños Cervantes, continúan el camino iniciado por Echeverría, en la descripción lírica del suelo y la reproducción de tipos y costumbres; la prosa descriptiva amanece en páginas de Alberdi y Marcos Sastre; el *Facundo* da la expresión dramática de la vida del desierto, y los *Recuerdos de Provincia* la de la interioridad local y doméstica en los centros urbanos; Vicente Fidel López prueba á encerrar en la forma narrativa con que el imaginador de *Ivanhoe* había ensanchado los límites de la historia por los procedimientos peculiares del arte, su visión del pasado de América; la poesía po-

pular renace personificada en Ascasubi, que transmite la guitarra del payador á las manos donde ella había de vibrar con la sabrosa relación de *Martín Fierro;* y el mismo Alberdi, que consagró las primicias de su pluma á la descripción de la naturaleza física, refleja en animados cuadros de costumbres la fisonomía de la vida de ciudad, y lleva á la propaganda de cuanto importe una tendencia de emancipación del pensamiento americano todas las fuerzas de su crítica valerosa y sagaz.

Consideraremos esta obra de reivindicación de la autonomía literaria en sus dos caracteres principales: el sentimiento de la naturaleza y el sentimiento de la historia.

VI

EL SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA

En los comienzos del pasado siglo, rasgando inesperadamente la atmósfera de afectación y de frialdad de la literatura de su tiempo con el soplo de la naturaleza y la pasión, un libro se publicaba en Francia, que los corazones acongojados todavía por el horror del apocalipsis revolucionario acogieron con íntima y ansiosa gratitud. Tenía la oportunidad de la palabra que lleva al oído del enfermo acentos de piedad y ternura. Hablaba, en medio de una sociedad sacudida en sus cimientos por el desborde de todas las violencias

humanas, del encanto de la soledad, del misterio reparador de los desiertos infinitos, y era como un soplo balsámico venido de Occidente para dulcificar el ardor del ambiente inflamado en el olor de la sangre y de la pólvora.

Aquel libro: la *Atala*—precediendo al que, por obra del mismo grande escritor, asoció á la palabra del hastío y la desesperación la poesía, también, de la soledad—, traía consigo al mundo literario la revelación de la naturaleza de América.

Y esta virgen naturaleza, estudiada como escenario de pasiones insólitas y hondas melancolías, por el escritor de Bretaña, se manifestaba, poco tiempo después, como objeto de distinto género de contemplación y distinto sentimiento, en las obras del gran viajero cuya figura domina la historia geográfica de su siglo desde alturas que tienen la majestad del Chimborazo, que fué una vez su pedestal. En 1807, Alejandro Humboldt comenzó á publicar el *Viaje á las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, donde están comprendidos los *Paisajes de las Cordilleras*.

El poeta sabio del *Cosmos* no había llevado en su espíritu, al seno de las selvas y los desiertos americanos, el acicate del dolor, ni la inquietud de una personalidad desbordada y rebelde, como la que se expresó por la elocuencia lírica de René; sino la huella de aquel ambiente sereno y luminoso que imprimió en la cultura de los grandes días de Wéimar un sello de universalidad y de armonía que no ha vuelto á presentarse en el mundo, y que hizo de sus sabios, hombres de fantasía y sentimiento; de sus poetas, hombres de ciencia.

Con la obra de la observación y del análisis armo-

nizó el gran viajero, merced á esa norma de educación íntegramente humana y á la complejidad de su genio propio, una nota contemplativa, que, realzando la elemental idealidad de toda investigación elevada, inflama á la ciencia en espíritu poético. Grande y fecunda poesía, que desciende, al modo de las corrientes majestuosas nacidas en las cumbres donde reina la perpetua paz, no del sentimentalismo egoísta que hace girar el espectáculo del mundo en torno á sus cuitas y dolores, sino de la visión amplia y serena, en que se conciertan todos los dones superiores del pensamiento y de la sensibilidad, como para contraponer al enseñoreado orden de las cosas el orden soberano del espíritu que las contempla.

Humboldt y Chateaubriand convirtieron, casi simultáneamente, la naturaleza de América, en una de las más vivas y originales inspiraciones de cuantas animaron la literatura del luminoso amanecer del pasado siglo: el uno, por el sentimiento apasionado que tiende sobre la poética representación del mundo exterior la sombra del espíritu solitario y doliente; el otro, por cierto género de transición de la ciencia al arte, en que amorosamente se compenetran la observación y la contemplación, la mirada que se arroba y la mirada que analiza.

En la naciente literatura de América debía despuntar bien pronto la misma generosa inspiración, como una de las formas inmediatas que asumiría la espontaneidad del sentimiento sustituída al tema convencional y á la imitación de lo extraño. La nota más intensa de originalidad que pueda señalarse en los albores de la poesía americana, con relación á los antecedentes y los modelos de la literatura española, es, sin

duda, la que procede de la directa comunicación con la naturaleza física: no sólo por lo real y poderosa originalidad de esta naturaleza, bastante á comunicar sello distinto y vida propia á la poesía que se acogiese á su seno, sino también porque el entendimiento poético del paisaje y la simpatía profunda con las cosas no fueron nunca de los más ricos veneros en la tradición de aquella literatura.

Descartados los cuadros de égloga é idilio por su falsedad ó su indeterminación; no de otro tono que ellos las descripciones de la novela, y circunscrito á las mismas reminiscencias pastoriles y al sentimiento horaciano de la soledad el amor de la naturaleza en la lírica, sólo por excepción puede notarse en aquella delicada ternura con que los místicos solían considerar la obra de su Dios en las bellezas del mundo; en la opulenta vena de lirismo que corre abrazada á las ficciones del teatro, y en la frescura agreste de algunas de las canciones populares que asoman entre el follaje de los Cancioneros, la impresión directa y sentida de la realidad natural.

Los que aspiraron á épicos de la conquista americana apenas pararon su atención en la virgen naturaleza que les brindaba su copa de poesía rebosante. El mayor de ellos, Ercilla, si puso á prueba su maestría pictórica, no fué para tomar de la realidad la sublime grandeza de la Cordillera, sino para fantasear el valle fabuloso (1) que compite con las más bellas descripciones convencionales de los clásicos, como la de la isla embalsamada de Camoens y la del alcázar encantado que el Tasso imaginó para su Armida. Los otros,

---

(1) *La Araucana*, canto XVII.

que no fueron poetas, no tuvieron tampoco el mérito del intento en esta parte. Las más grandes cosas que puede ofrecer el espectáculo del mundo se embotaban en su sensibilidad: la contemplación de la noche en el desierto, que sólo sugería á nuestro Arcediano Centenera el pretexto de un vano sueño mitológico (1); la esplendidez orgiástica de la vegetación tropical, que era apenas, en la *Lima fundada*, de Peralta y Barnuevo (2), objeto de una enumeración de herbolario.

Hubo de esperar la poesía de la naturaleza al amanecer de una conciencia americana.

En los años en que Humboldt visitó la Caracas espiritual y pensadora de las postrimerías del régimen colonial, brillaba en sus tertulias literarias la figura de un poeta adolescente, que cultivó el trato del sabio y le acompañó en algunas de sus excursiones científicas. Estaba reservado á aquel poeta, en cuyo espíritu no debía desvanecerse jamás la huella dejada por la palabra del viajero, la gloria de ser uno de los dos ilustres heraldos del sentimiento de la naturaleza de América en su literatura propia; y fué, en gran parte, obra de la virtud inspiradora de aquella amistad intelectual y del ejemplo de los *Paisajes* y los *Cuadros* de Humboldt, el sentimiento estético que, acendrado por una larga preparación del pensador y el artífice, y estimulado por la inteligencia delicada y profunda de las descripciones de los clásicos, produjo, como fruto moroso, la *Silva* limpia y severa en que Bello armonizó con la exhortación á la labor y la paz, dirigida á

(1) *La Argentina*, canto XIII.
(2) *Lima fundada*, canto IV.

los pueblos del Nuevo Mundo, el loor de la naturaleza que les brindaba sus dones.

Poco antes de que la *Silva á la agricultura de la zona tórrida* viese la luz en las páginas de aquel *Repertorio Americano* que fué tan gallarda ostentación de la inteligencia y la cultura precoces de la América libre, en el seno de la vida europea, se habían publicado en Nueva York los versos de un desterrado de Cuba, cuyo nombre debía tener para la posteridad la resonancia del torrente á que aquellos versos dieron ritmo.

Llamábase el desterrado José María de Heredia, y *El Niágara*, el más hermoso de sus cantos.

El sentimiento de la naturaleza en poesía americana era una realidad consagrada por dos obras de alto valer, y se manifestaba por dos modos de contemplación esencialmente distintos. En la una, de serena objetividad; de pasión intensa, en la otra.

La naturaleza es para Bello la madre próvida y fecunda que inspiró, por la idealización de la abundancia y la labor, el utilitarismo delicado de las *Geórgicas*. Para Heredia es el fondo del cuadro que dominan la desesperación de René ó la soberbia de Hárold; la soledad bienhechora del que sufre, una armonía cuya nota fundamental se desprende del sentimiento asomado á los ojos que contemplan.

Bello nos da la perfección en la poesía estrictamente descriptiva; en la representación de las formas sensibles de la naturaleza por la imagen que reproduce todas las modificaciones de la línea y todos los tonos del color; pero Heredia, poeta de la intimidad, poeta del alma, sabe traducir al lenguaje de la pasión las voces de la naturaleza, y muestra reflejados en el co-

lorido de la imagen los resplandores ó las sombras del espíritu.

Á esta superioridad de sentimiento é inspiración, debe aún agregarse la superioridad pictórica que resulta de haber Heredia reproducido un cuadro determinado y concreto, y haberse limitado el autor de la *Silva á la agricultura* á decorar una composición de índole predominantemente didáctica con ciertos toques descriptivos que no se ordenan en un conjunto armónico y viviente, ni adquieren la unidad de un paisaje real.

Por otra parte, una inspiración derivada del eco blando y sumiso de las *Geórgicas* no era la más apropiada para trasuntar la poesía de los desiertos de América en su magnificencia salvaje, en su majestad primitiva. Bello entona su canto á los dones generosos de Ceres, á la labor futura que hiciese esclava del esfuerzo humano la naturaleza indómita y bravía; no á la selvática espontaneidad de esta naturaleza, donde estaba eminentemente su poesía peculiar.

En nuestras letras del Sur, el período clásico no dió una nota merecedora de recuerdo, en cuanto al sentimiento literario de que hablamos. Quedó este sentimiento para originalidad y tesoro de la época de Echeverría. Labardén había cantado, con mediano aliento, al Paraná, en los últimos tiempos de la colonia. Los rasgos descriptivos que puedan señalarse en algunas composiciones de los poetas de la revolución, como simples accesorios del cuadro, se refieren á la perspectiva de la *edad de oro* que ellos imaginaban en lo futuro, presagiando los dones de la tierra fecundada por la paz. Así, Luca en su visión del porvenir de Buenos Aires, y el poeta de Ituzaingó tratando análo-

go tema (1). La observación de las peculiaridades de la naturaleza indígena sugirió á nuestro sabio Larrañaga la idea de infundir el sabor del terruño en las sencillas ficciones del apólogo.

Juan Cruz Varela, en un discreto examen de la labor transmitida por la generación literaria que tuvo en él su más conspicua personificación, á la que se anunciaba ya por los primeros ensayos de la juventud que había de rimar *La Cautiva* y escribir el *Facundo*, deploraba, en 1828 (2), la completa ausencia del tema descriptivo en las composiciones de los poetas de su tiempo, y lo señalaba como una de las notas destinadas á prevalecer algún día en el carácter de la poesía americana.

Quien primero se adelantó á expresar en lenguaje literario el sentimiento de la naturaleza fué un prosista, fué Alberdi, cuya actividad juvenil estuvo llena de precoces ensayos y vislumbres. La tierra encantadora de su nacimiento brindaba al escritor tucumano el más hermoso de los motivos de descripción con que pudiera haberse desflorado el nuevo género, y la novedad y frescura de la inspiración obtenida de un tema inexplotado, comunicaron á la *Memoria descriptiva sobre Tucumán* cierta agradable é ingenua lozanía. Pero aquel gran propagador de ideas no tuvo nunca, entre sus condiciones eminentes, el sentido del color ni la vena del sentimiento contemplativo; y aun dejando de lado lo inocente é infantil de la forma, esas

---

(1) LUCA: *Al pueblo de Buenos Aires*, 1822.—JUAN CRUZ VARELA: *Profecía de la grandeza de Buenos Aires*, 1822.

(2) *Literatura nacional*. Artículo V de la serie publicada en *El Tiempo*, de Buenos Aires, de aquel año.

páginas quedaron muy distantes de lograr un trasunto duradero de la maravillosa realidad.

Con todo, el influjo de aquella mezcla de directa observación y sincero sentimiento que había convertido, desde Rousseau y Bernardino de Saint-Pierre, el amor de la naturaleza física en una de las más fecundas inspiraciones del arte literario, se manifestó por vez primera, en literatura argentina, por la *Memoria descriptiva* de Alberdi, quien también probó á expresar la admiración de las bellezas naturales, acompañada de una reflexión grave y profunda, en las *Impresiones de una visita al Paraná*, con que abrió camino á la descripción de aquella virgen naturaleza que Marcos Sastre había de reflejar, años más tarde, en páginas de idílico candor.

La renovación poética vagamente esbozada en 1834, por los *Consuelos* de Echeverría, anticipaba ya, en ese libro inseguro, toques fugaces de naturaleza americana. «*Leyda*, *Regreso*, *Flor del aire*—observó Alberdi exactamente—dejaban entrever, ya en el fondo, ya en los accesorios, la fisonomía peculiar de nuestra naturaleza.» Pero el verdadero impulso innovador, y con él la primera nota penetrante arrancada á la música de las cosas, vinieron de la aparición de *La Cautiva*. Esta leyenda, trivial en la concepción; pobre y apenas rasguñada, en la forma, debe á la descripción preliminar del desierto la superioridad que la rescata, y que da, á la vez, su más inconmovible fundamento á la fama poética del autor.

En Echeverría, el poeta de la regeneración política y social vivirá, más que por la discutible calidad de su arte, por la grandeza del propósito y la originalidad del pensamiento que propagó y en el que germinaba

la solución futura del problema fundamental de su pueblo, la idea que determinó su forma orgánica. El poeta individual de los *Consuelos* y de alguna parte de las *Rimas* no despertará en el porvenir, como no la despierta ya en nuestros corazones, la resonancia que en el espíritu de la generación á cuyo ser interno dió la expresión de las primeras notas que inspiró, en poesía americana, el numen de la confidencia y el ensueño románticos. Pero la gloria del colorista vive la vida inmortal de la naturaleza, y está afianzada en la inmutabilidad del aspecto más característico del suelo donde ha de afirmarse un día el mármol que perpetúe su imagen y su memoria.

Mientras exista sobre la haz de la tierra el alma argentina, serán una parte de su ser y un elemento de la poesía que arraigue en sus entrañas la sensación y el sentimiento de la infinita llanura; y mientras ellos sean peculiaridad de su existencia nacional é inspiración de sus poetas, el pórtico de *La Cautiva* tendrá la eterna oportunidad de la forma que los condensa en molde típico y primero; á la manera como eternamente durará la imagen de las Praderas en el canto de Bryant, ó la de la selva del trópico en el poema de Araujo.

Y con la realidad y la intensa vida del cuadro, por las que vive unido indisolublemente á la objetividad de la naturaleza, se armonizan en esa descripción un sello personal, una nota de sentimiento íntimo, que la vinculan, con igual nexo indisoluble, á la idea que nos formamos del autor, y que hacen de aquellas pinceladas la más cumplida expresión de su carácter poético, de su fisonomía moral, de su índole afectiva.

Para quien haya estudiado, en Echeverría, al hombre, al poeta, al pensador, es cosa fácil reconocer en

su imagen del desierto *el tinte de su alma*, y es lícito afirmar, á la vez, que cuando reprodujo aquella escena grave y solemne en su inmensidad penetrada de tristeza infinita, trazó inconscientemente un trasunto del cuadro que su vida austera y melancólica, pasada en la penumbra del reflexivo destierro, alejada de las tempestades de la acción, vibrante en la propaganda de un pensamiento grande y único, ofrecería, en la perspectiva de los tiempos, á la contemplación de la posteridad.

No de otra manera el vuelo majestuoso y el apacible colorido de la silva de Bello parecen ser el símbolo de la noble serenidad, del desenvolvimiento sosegado y fecundo de su existencia transcurrida en los afanes de un magisterio ejercido sobre hombres y pueblos. No de otra manera ofrece el Niágara, en el vértigo de su caída, la imagen de la existencia procelosa que armonizó con el eco de los hervores del torrente la confesión de su nostalgia y su dolor.

El poeta de la desnudez austera de la Pampa aspiró á ser también el poeta de la altiva majestad de la Cordillera y de la vida lujuriosa del Norte. Para glorificar la memoria del prócer tucumano sacrificado en Metán, compuso el poema *Avellaneda*, obra tan descuidada y desigual como todo lo suyo, pero que, á la enérgica afirmación del credo de humanidad y libertad, por la que merece recordársela entre las más generosas inspiraciones de su época, une las galas del fondo pintoresco tomado de los paisajes de Tucumán. El canto voluptuoso, lleno de luz, como flotante en una atmósfera de aromas, rimado con una gallardía que estuvo lejos de ser el atributo constante de la versificación de nuestro poeta, con que da principio la

narración, puede contarse entre los más vivos reflejos literarios de las bellezas naturales del Nuevo Mundo. Hay en la forma una visible reminiscencia del *contorno* de la descripción pomposa de Abydos en el poema de Byron: «¿Conocéis la tierra encantadora donde el ciprés y el mirto son emblemas de dones diversos de sus hombres?»; pero en la precisión de los rasgos, el cuadro no revela sino la imitación de la Naturaleza, y se armonizan dignamente con él los que, en otros pasajes del poema (1), reproducen la majestad del Aconguija, la vegetación tropical iluminada por la aurora, y el desmayar del ocaso en las montañas.

Ese carácter de intimidad que asoma, bajo apariencias de objetivismo, en la descripción de la Pampa, imprime, más definidamente, su sello á otra de las cosas mejores de Echeverría: el *Himno al Plata*, que incluyó en su difuso y embrollado poema *El Angel caído;* canto que redime al poema; ejemplo de contemplación esencialmente lírica, sin más que algún rápido toque de descripción; más lírica y menos descriptiva que el *Niágara* de Heredia, para citar un modelo en que la expresión del sentimiento personal y la imagen de la Naturaleza que lo mueve están proporcionadamente repartidas; porque allí aparecen, casi únicos y sin imagen que dure, el sentimiento, la impresión, el eco que despierta en el alma el mensaje de los ojos.

Aun nos queda por añadir, en la obra del memorable innovador, como intérprete del sentimiento de la Naturaleza, ciertos fragmentos del *Peregrinaje de Gualpo*, boceto en prosa de un poema, modelado en

---

(1) ECHEVERRÍA: *Avellaneda*. Canto primero, I; canto segundo, II y III; canto tercero, VI.

el plan del *Childe Harold*, que no llegó á versificar, y las *Cartas* íntimas (1) en que manifestó las impresiones de un período de desengañada reclusión en la soledad de la Pampa: cartas éstas acerbas y conmovedoras, que hoy nos parecen más empapadas en la humedad del sentimiento que la mayor parte de la obra lírica de su autor, y en las que el propio abandono de la pluma, librada á la soltura sin trabas de la confidencia, vuelve más penetrante la ingenuidad con que se traduce en palabras la expansión del ánimo inquieto y dolorido en el seno de la reparadora soledad.

Pero el gran estilo pintoresco, y como la plena revelación estética de la geografía argentina, sobrevinieron el día en que Sarmiento publicó en Chile su *Facundo*. Ese extraordinario libro, mezcla de historia anovelada y de intuitiva ciencia social, de arenga demoledora y de poema mítico, en que Civilización y Barbarie contienden como los semidioses de una edad heroica, trajo también consigo el grande álbum de naturaleza subtropical. La consideración del medio físico es allí un elemento positivo de conocimiento histórico y de psicología colectiva; pero es, sobre todo, una opulenta vena de color.

La imagen de la Pampa infinita que extiende «su lisa y velluda frente» desde los hielos del Sur hasta el imperio de los bosques, interrumpida apenas su taciturna soledad por el galope del *malón* ó el paso tardo de la caravana de carretas, circunda, desvaneciéndose en insondable perspectiva, el escenario; y dentro de ese marco aparecen el encantado país de Tucumán,

---

(1) Incluídas, con todas las producciones antes citadas de ECHEVERRÍA, en la colección de sus *Obras:* tomo V.

como nunca bello, en un cuadro donde la gracia y limpieza del contorno rivalizan con la magnificencia del color; la árida *travesía*, sobre cuya superficie desolada, como Mácbeth en páramo siniestro, surge á la acción del drama la sombría figura de Facundo; el grave aspecto de la Córdoba monástica y doctoral; la apariencia austera y desnuda de los llanos y las serranías de la Rioja.

La imaginación del paisaje fué una de las más características potencias de aquel genial instinto de escritor. Tuvo, para los grandes cuadros descriptivos, la pincelada resuelta y soberana, que deja, en rápido toque, el conjuro evocador de la extensión inmensa. No hubo verso americano en su tiempo que igualase la inmortal eficacia de esa prosa. El Tucumán de Echeverría, y aun su misma Pampa, desfallecen junto al Tucumán y la Pampa de Sarmiento. Y si en el *Facundo* reveló su admirable poder de descripción objetiva y en grande, los *Recuerdos de Provincia* mostraron cuánto era capaz de colorear las cosas de la naturaleza con el reflejo del sentimiento personal: como en la pintura del patio doméstico donde cayó, herida por el hacha, la vieja higuera, «descolorida y nudosa», que había visto correr año tras año los husos del telar materno...

Gran popularidad gozó en su época *El Tempe argentino*, obra descriptiva de las islas del Paraná, que escribió Marcos Sastre, después de gustar, en el seno de aquella intacta naturaleza, el olvido y la paz que le alejaran de la discordia civil.

Es un libro que, en su lugar humilde, puede agregarse á la descendencia de las *Geórgicas*, en cuanto une, como ellas, al propósito útil, hermoseado por la

idealización del retiro y la labor, el fondo poético y la aspiración al sentimiento delicado. Abundan en sus páginas los rasgos de trivialidad, de mal gusto, de candor pueril, de declamación sentimental, y ninguna belleza de orden superior se contrapone á ellos; pero las hay modestas y estimables, y la impresión de la lectura se resuelve en agrado para quien tiene en cuenta el valor relativo de la temprana iniciación. Más que por las páginas donde prevalece la vaguedad contemplativa, importa el libro por aquellas en que se manifiesta la observación de la naturaleza indígena, vista con sincero amor y precisión cuidadosa del detalle. Cierta ternura, cierta efusión de sentimiento, que pone Marcos Sastre en la descripción de la vida irracional, parece reflejar la influencia de *El Insecto* y *El Pájaro* de Michelet; aunque, por otra parte, no disuenen de la espontaneidad de un alma ingenua y bondadosa, que, en la acción más que en la literatura, dejó dulce recuerdo de sí, por su amor perseverante y fecundo á la causa de la educación popular.

Habíase propagado, entretanto, y determinaba la nota más intensa y distinta de la poesía de la época, la nota de americanismo que tuvo origen en la obra de Echeverría. Hora es ya de que unamos al nombre del iniciador de este rumbo el del intérprete inspirado del odio que fué suprema energía, estímulo supremo, en el alma de aquella generación.

Cúmplese en la gloria de Mármol la ley de reacción inevitable; la «ley de Némesis», de que habló Bourget, á propósito del poeta de las *Meditaciones;* y al desbordado entusiasmo de sus contemporáneos ha sucedido dura indiferencia. Le separan de nuestro gusto la afectación declamatoria, la verbosidad desleída, el

desaliño habitual, ciertas galas de retórica candorosa; cierta tendencia musical primitiva, que se traduce por el martilleo monótono del ritmo; y su lectura parece haberse trocado, salvo acaso algunos fragmentos, en tarea de erudición. Lícito es creer, sin embargo, que en las sanciones definitivas del futuro habrá un despertar de buena parte de aquella gloria; sin duda, engrandecida en la opinión de los contemporáneos por la suprema oportunidad que tuvo la evocación del yambo de Arquíloco y Chénier, falto de precedentes en la poesía de habla española y renovado para sellar la execración de la tiranía en la forma más alta é ideal del verbo humano; pero suficientemente justa para durar aun después que se ha desvanecido la pasión que congregaba alrededor al canto del poeta un coro de vibrantes entusiasmos. La lava de aquellos odios llegará, fría, pero consistente, á la posteridad; y entre las más tempranas manifestaciones del sentimiento de la naturaleza americana, se recordarán siempre ciertas páginas del poema en que el bardo de las iras patrióticas vinculó á sus nostalgias é indignaciones de proscripto sus impresiones de viajero. Titúlase este poema, ó mejor, los fragmentos de él que llegaron á encarnar en la forma, los *Cantos del Peregrino.*

Menos contemplativa y melancólica que la de Echeverría, la índole descriptiva de Mármol es más sensual y ostentosa. Hay más intensidad de sentimiento en la manera propia del autor de las *Rimas*, y en la de Mármol más brío de imaginación. Diríase que la descripción del uno refleja la naturaleza como las aguas tocadas, en el lago sereno, por la penumbra de la tarde; la del otro, como las del mar bruñido é inflamado por el incendio de la puesta de sol.

Degenerando á menudo, cuando se propone la expresión de lo íntimo, en remedos vulgares ó mediocres, el poema de Mármol se levanta á mayor altura en la descripción, y ofrece, como motivo de interés para nuestro objeto, no sólo aquel canto verdaderamente esmaltado por la luz de los trópicos, que en casi toda antología americana se ha reproducido (1) y que se complementa, en otros pasajes de la obra, con la imagen de las «coronas de esmeralda» y la «arquería de torrentes» del Tijuca (2), sino también ciertos fragmentos de lirismo brillante, inspirados en la contemplación del mar y el cielo, y una vigorosa síntesis de la «región del Sur» (3), adonde se vuelven anhelantes las miradas del desterrado.

Eficaz propagador del americanismo poético fué, en aquella generación, don Alejandro Magariños Cervantes, de memoria grata á los hijos de Montevideo, para quienes tiene su figura lejana cierto prestigio patriarcal. Su obra no le ha sobrevivido, y es sanción inapelable del tiempo; pero su ferviente pasión por la literatura, su gran virtud de iniciación, de estímulo y de propaganda; las muchas ideas que sugirió, y sus perseverantes esfuerzos por alentar la llama del ideal en el seno de una sociedad embrionaria é instable, mantienen y mantendrán siempre bendecido su nombre.

La nota peculiar que puso Magariños Cervantes en la contemplación de la naturaleza, tal como luce en las páginas de aquellas obras de su juventud con que ejerció positiva influencia literaria, consiste en cierta

(1) Canto tercero, parte II.

(2) Canto sexto, «Súplica».

(3) Canto undécimo, II.

interpretación simbólica, inspirada en un alto didacticismo y atenta siempre á traducir la imagen de lo externo en una idea ó un precepto moral.

Así, la onda petrificadora del río que envuelve en malla de silícea firmeza cuanto cae en sus aguas, expresa para él la inmortalidad del nombre que la gloria redime del olvido; y el fuego que provoca el incendio inmenso de la selva cuyos despojos fertilizarán el suelo arrasado, la obra destructora de las revoluciones que preparan en las sociedades humanas el orden verdadero y fecundo. Así, las improvisaciones de la cultura triunfante que invade el seno del desierto y levanta, como por una mágica evocación, la ciudad altiva y poderosa sobre los vestigios del aduar, tiene su imagen en la isla repentinamente formada del *camalote*; y la virtud tenaz que triunfa de la multitud indiferente y egoísta, en el manantial de aguas dulces que brota, rasgando el seno de las ondas amargas, en la inmensidad del Océano. Así, también, la marcha lenta y segura de la idea que labra inaparentemente su alvéolo en la conciencia humana, hasta revelarse súbita é irresistible en la acción, se simboliza por la subterránea corriente del *Tucumeno*, al aparecer voraz y poderosa en la superficie; y el mandato providencial de la perdurable unidad de nuestra América, como suelo de una patria única, se cifra en la ciclópea trabazón de los Andes (1).

Una consideración de la naturaleza, fundada en ese constante propósito ideal, no podría generalizarse sin llevar al amaneramiento prosaico del símbolo y la ale-

---

(1) Pueden verse las composiciones á que me refiero en las *Brisas del Plata*, *Violetas y ortigas* y *Palmas y ombúes*.

goría, sustituyendo á la desinteresada visión de las cosas, que se complace en su propia realidad y belleza, un procedimiento de interpretación puramente intelectual; pero como peculiaridad y rasgo característico de un poeta, no carece de interés y prestigio la idea de asociar así á las formas naturales de América la profesión de fe de su cultura; al sentimiento de su naturaleza, la figuración de sus destinos.

Fué Juan María Gutiérrez de los primeros en tentar la expresión del sentimiento poético cuyos orígenes hemos bosquejado. Apenas había difundido sus ecos *La Cautiva*, ya él buscaba comunicar el aliento de la naturaleza al verso esbelto y primoroso de que tuvo el secreto y que fué en sus manos una forma flexible á toda influencia nacional y á todo ejemplo innovador, sin mengua de aquella serenidad, constantemente prevenida, de su gusto.

Dentro de la originalidad americana, su sello personal consistió en hermanar con la directa expresión de las cosas propias y con el sabor de la tierra cierto suave aticismo, cierta maestría de delicadeza plástica é ideal, que decoran la agreste desnudez del tema primitivo con la gracia interior del pensamiento y el terso esmalte de la forma. Evocó de la leyenda indígena figuras de mujer que descubren, bajo sus plumas de colores, la morbidez del mármol preciosamente cincelado, y que llevan en sus melodiosos acentos algo de las blandas melancolías de la Ifigenia de Racine ó la Cautiva de Chénier. En el paisaje puso la misma nota de deleitosa poesía, la misma suavidad acariciante en el toque é igual desvanecimiento apacible del color. Dueño de un pincel exquisito, se complació en reproducir las tintas tornasoladas del crepúsculo, los cua-

dros de líneas serenas y graciosas, las marinas estáticas de la calma. Robó á la naturaleza regional los más encantadores secretos de su flora y supo representar hermosamente la sensibilidad sutil del *caicobé;* el trémulo balanceo de la *flor del aire*, á quien la rama agitada por los vientos sirve de columpio, y la lluvia de oro del *aroma* cayendo sobre el suelo abrasado por los rigores del estío.

Las composiciones á que acabo de aludir y otras donde se unen, como en ellas, los rasgos de naturaleza física con la descripción de costumbres ó con la lírica interpretación del alma popular, forman la parte más interesante y hermosa de la colección de *Poesías* (1) que reunió el autor en 1869, pero que proceden todas del tiempo de su juventud. ¿Qué le faltó para merecer cabalmente el nombre de poeta? Sin duda, cierta exaltación de sentimiento y un grado más férvido de fantasía; acaso también cierto espontáneo arranque de la forma, que precediera al delicado complemento del arte. Pero tal como es su libro de versos, se cuenta entre los pocos libros de su generación que hoy se puedan leer hasta el final sin atención violenta y con deleite, ya que no con impresión profunda... Del raudal de bullente poesía, donde beben, á pleno sol, en el declive de la roca, los de la raza divina que ha aprendido en el cielo, suele partir alguna acequia que

(1) *Poesías* de Juan María Gutiérrez. Buenos Aires. Carlos Casavalle, editor, 1869.—Como expresión del sentimiento de la naturaleza, véanse: *Caicobé, El árbol de la llanura, Los Espinillos, La Flor del aire, Las flores de Lilpu, Los amores del Payador, A un gajo de aguapey*, etc. Casi todas estas composiciones fueron escritas en el período de 1838 á 1845.

lleva la onda sumisa á fluir, de fuente de mármol, en un jardín sobre el que abre sus ventanas una sala de estudio. Faltan allí la fragancia de la montaña y el hervor del torrente, pero el agua aquella todavía es fresca y deliciosa.

VII

EL SENTIMIENTO DE LA HISTORIA

No hay historia sin patria, y cuando en los últimos tiempos de la colonia los primeros periódicos testimoniaban cierto afán de investigación sobre los orígenes de las ciudades y la población de las comarcas, es que el trémulo albor de una conciencia colectiva asomaba ya entre las sombras del letargo servil. Más tarde, en plena vibración revolucionaria, una tentativa de síntesis histórica del desenvolvimiento de estos pueblos tomó formas en el *Ensayo* de Funes. Pero ni esta obra de mera erudición anunciaba cosa semejante á una filosofía ó un arte de la historia, ni fuera del trabajo propiamente histórico las representaciones del recuerdo podían ser motivo más que de ira y aversión entre el fragor de una lucha en que el pasado era el tiránico enemigo contra que se había alzado bandera. El esfuerzo por infundir en la contemplación del pasado, ya capaz de comunicar orgullo y amor, el interés poético y la reflexión profunda, llegó con la generación romántica, y el sentimiento de la historia fué uno de los caracteres de su literatura.

Los dos grandes espíritus dirigentes de los prime-

ros pasos de aquella generación: Florencio Varela y Esteban Echeverría, procuraron norma y fundamento para su obra en el estudio de la historia de América y tendieron, con igual ahinco, á estimular, en la conciencia de la juventud que adoctrinaban, la vocación de los estudios históricos. Echeverría, en su fecundo anhelo de un programa político y social, tuvo constantemente ante sí la tradición y el pensamiento de Mayo, para interpretarlos y buscar en ellos, y en su relación con los antecedentes coloniales, los principios que presidieran á la organización de las sociedades recién emancipadas. Entretanto, Florencio Varela ocupaba, en su refugio de Montevideo, las treguas del trabajo forense y del combate cívico, atesorando los materiales que deberían valerle para escribir la historia de los pueblos del Plata, tarea á que pensaba dedicar el periodista mártir las energías de su madurez. Y la vocación alentada en la juventud por ambas magistrales influencias no demoró en dar algún fruto de positiva significación literaria.

La *Crónica dramática de la Revolución de Mayo*, publicada por Alberdi en la *Revista del Plata* de 1839, representaba ya un estimable esfuerzo en el sentido de reconstituir la verdad de la historia, al mismo tiempo que por la sutil penetración en el proceso íntimo de los sentimientos y de las ideas, por la animada reproducción de la exterioridad característica de los hechos. Debe considerarse esa *Crónica*, no sólo como el primer ensayo eficazmente encaminado á desentrañar la filosofía de la Revolución, sino también, lo que interesa más á nuestro tema, como el primer intento de proceder con cierto auxilio del arte en el estudio y reconstrucción de lo pasado.

Pero la grande y triunfal iniciación de una *poesía pintoresca* y una *filosofía* de la historia, en la literatura de esta parte de América, nació algunos años después, en el destierro de Chile; y nació, no de la reflexiva preparación del libro que se acrisola y depura largamente en el recogimiento del pensador y del artista, sino de genial inspiración, que hizo surgir aquellos elementos preciosos y durables del seno de un panfleto templado al calor de la pasión actual; que hacía obra de acusación y propaganda contra la formidable tiranía, y que, para asegurar su eficacia, tomó instintivamente la vía de la expresión transfigurada por el Arte: á la manera como en *La Cabaña del tío Tom* se buscó difundir la idea redentora del esclavo por el poder conmovedor de una invención novelesca, ó como se encaminó á las almas, bajo las galas de la *Historia de los Girondinos*, el sentimiento que abrió paso á la democracia de 1848. Nació, en una palabra, del *Facundo*, libro para el que no había precedentes en lengua castellana, ni como cuadro de historia pintoresca, ni como ensayo de filosofía social.

La clave de la revolución americana y de la tiranía de Rosas tuvo allí, si no su manifestación puntualizada y analítica, la intuición original que la iluminó de una vez y dejó, diseñada, pero indeleble, la imagen que luego podría complementarse y retocarse por los esfuerzos de la investigación y el raciocinio. Nadie sino Sarmiento estaba llamado á aquella obra, de adivinación más que de estudio, entre los hombres de su generación, porque ninguno como él tuvo el pensamiento iluminado y profético, la audacia que procede con ignorancia de la duda. Nadie tampoco pudo revestirla así de la forma potente y original que á ella cuadraba,

porque, en América, ninguno de los prosistas de su tiempo poseyó tanto como él la soberanía del color, de la energía dramática y de la crudeza verbal; ninguno, en tal grado, el don de «concordar las palabras con la vida», según la fórmula de Séneca, y convertir cada imagen de las cosas en palpitante encarnación de la verdad.

Discútase cuanto se quiera la cabal exactitud histórica del *Facundo;* sepárense de los que ha puesto la realidad los que ha puesto la fantasía en los filamentos de su trama: la historia de una época no dejará de reconocer en esa simbólica querella de la Civilización y la Barbarie su más intensa y característica expresión. Sustituya la crítica al semilegendario Quiroga de Sarmiento un Quiroga que complazca mejor á la minuciosa severidad del analista, y siempre quedará, inconmovible y soberbio, para afrontar los rigores de la crítica, el valor representativo del personaje: la arrogante escultura del caudillo amasado con el mismo barro de la Pampa. Cualquiera otro Facundo que la erudición incube en la redoma de Wagner, concluirá por humillarse á la energía avasalladora de aquel Facundo inmortal, al modo como el Cid Campeador de las leyendas triunfa y prevalece sobre la desvanecida realidad del Cid de las crónicas y vive por su carácter significativo. Y ahora con no menos incontestable superioridad que en el tiempo en que fué creado, permanece el Facundo de Sarmiento como el tipo artístico más alto en que hayan tomado formas plásticas la poesía de la historia de estos pueblos y los originales caracteres de su sociabilidad.

Es peculiar en Sarmiento la inspiración de la anécdota histórica; y verdaderas ó entremezcladas de

ficción, encierran siempre las suyas una verdad ideal superior á la autenticidad del hecho estricto. Hay concentrada en el *Facundo* virtualidad poética bastante para vivificar una larga prole literaria, en la novela, en el drama, en la leyenda. Cada una de sus páginas podría dar cien otras de su sangre y está destinada á ser legión. Porque la anécdota histórica, en aquel instintivo arte de narrar, es como un relámpago que alumbra, con reverberaciones infinitas, ya la profundidad de la conciencia de un personaje, ya el secreto de una armonía ó un conflicto social, y como un soplo poderoso que inunda de sugestivas simientes el pensamiento del lector.

No menos rico tributo recibieron la imaginación y el sentimiento de la historia con los *Recuerdos de Provincia*, donde, por primera vez, la crónica de una de las obscuras ciudades de tierra adentro, estanques casi intactos del espíritu de la colonia, se enternecía al suave calor de la tradición doméstica y de las memorias personales, infundiendo en el tono de la narración el sabroso encanto de la plática familiar é iluminando, en la nube de polvo de las vejeces removidas, figuras de indeleble expresión y carácter.

Como material disperso y enorme, que encerraba, aguardando el conjuro de la imaginación americana, los elementos de una poesía del pasado, permanecían los testimonios escritos de la conquista y la colonización. Allí la ingenuidad de la crónica acreditaba realidades cercanas de la leyenda y el prodigio; allí se estampaba la huella de muchas de las cosas más heroicas, más sublimemente aventureras, de la historia humana.

Verdad es que el esfuerzo guerrero y fundador de

los conquistadores no podía despertar fácilmente la inspiración tradicional en aquel momento de la conciencia americana, porque el arranque de la emancipación aun no había moderado su ímpetu y se oponía á que se diera un enérgico sentimiento de la continuidad de raza y civilización. Pero del pasado fluía, además, el manantial poético de la inocencia y los dolores de las razas indígenas, y este orden de motivos concordaba con la celosa pasión de autonomía que era el carácter de aquel tiempo.

La interpretación poética del indio tenía, en idioma castellano, entre otras cosas falsas y mediocres ó de poesía apenas en potencia ó en bruto, dos precedentes de subido valor: los *Comentarios reales*, del Inca Garcilaso, y *La Araucana*, de Ercilla. En los *Comentarios* quedó la tradición sentida y vibrante de la originalidad y el esplendor de la despedazada civilización de los Incas; el tesoro de los recuerdos de la raza, contados con encanto y amor por uno de los suyos, que participaba al propio tiempo de la sangre de los conquistadores y que, valido de un soberano dominio de la lengua, hizo de su obra un fruto único, donde al jugo de sentimiento americano se mezcló el clásico sabor de la más rica prosa del Renacimiento. Aquella historia es un poema, en que forman armonía singular las voces de dos sangres enemigas, prevaleciendo la del español en lo declarado y aparente, pero la del indio en lo virtual y profundo.

En cuanto á *La Araucana*, merece en América recuerdo y gratitud, aunque la corriente del tiempo la haya apartado de la lectura capaz de divulgarse. Á despecho de lo convencional y artificioso de aquellos moldes clásicos, es lo cierto que la resistencia bárbara

no ha adquirido aún en manos de poeta americano personificaciones más épicas que la inquebrantable constancia de Caupolicán, el brillo heroico de Lautaro y la estoicidad de Galvarino. En el episodio romancesco de Glaura ha de reconocerse el más remoto abolengo del cuento y la leyenda inspirados por el sentimiento del salvaje candor, de la inocencia primitiva, que encantaron las vírgenes soledades de América con la sombra melancólica de Atala y el destello de infinito amor de Cumandá. El desenlace, en que la soberbia Araucana arroja al rostro del esposo cautivo el hijo de sus amores, en arrebato de ira y de dolor, tiene la grandeza intensa y ruda de un pasaje de gesta ó de romance, y merecería quedar consagrado, multiplicándose en la interpretación del artista y del poeta, como signo perdurable de la indómita naturaleza de la raza vencida, que concentra en altivo corazón de mujer, cuando el brazo varonil ha flaqueado, el odio supremo que convierte la humillación en causa de locura, y la sublime desesperación de la derrota.

Por el espíritu, además, por el sentimiento que se infunde en el poema y preside á su concepción y se trasluce bajo la impersonalidad del tono épico, Ercilla es poeta de América, y el primero, en orden de tiempo, que obtuvo inspiración de algún amor por su ser original y autonómico. La poesía del soldado de Millarapué no es el eco triunfal de los conquistadores, no es la traducción de sus pasiones en ley, ni guarda la repercusión de la rudeza despiadada con que se asentó la planta del vencedor sobre el pecho exánime del vencido. La idealización, la glorificación de la conquista española, débenle poco. La vena de transparente simpatía corre en dirección al indio, á su valor y á su infor-

tunio. «El héroe es Caupolicán; el tema, el heroísmo araucano», afirmó la crítica clásica por boca de Bello. Y bien puede agregarse que, antes del amanecer de la poesía revolucionaria, la palabra acusadora de la iniquidad de la conquista y la expresión del sentimiento de una libertad americana estaban sólo en aquellas valentísimas arengas de los indios de Ercilla, donde el impulso de resistencia al invasor se remonta á las cumbres más altas de la elocuencia poética, con el vibrante entusiasmo de la alocución del paje de Valdivia y con la severa entonación de Colocolo.

En lo que se refiere á las tribus de la cuenca del Plata, la literatura de la conquista no dejó otra imagen poética del indio que los borrones del Arcediano Centenera. Más tarde, cuando en el período final de la colonia cruzaron por el espíritu de Labardén ciertos vislumbres de una originalidad obtenida del amor por las cosas del terruño, el famoso episodio de Lucía Miranda dióle argumento para su tragedia de *Siripo*, con la que el indígena guaraní reivindicó el derecho de aparecer en la más noble de las formas literarias que consagraba el gusto de aquel tiempo.

Ya la tragedia clásica, que en manos de Voltaire había adquirido, entre otros elementos de innovación y de sentido moderno, no despreciables toques de color de época y de color local, que diversificaban la convencional uniformidad de la escena trágica con la reproducción de costumbres de pueblos extraños y remotos, había intentado en *Alzira* conceder á la historia de los indios de América la dignidad literaria del coturno. Concebida esa obra bajo los dictados del mismo espíritu filantrópico que inspiró *Los Incas*, de Marmontel, y el *Camiré*, de Florián, y forma artística,

al par que ellos, del severo proceso instaurado por los hombres de la Enciclopedia á la conquista española, hubo de escollar, por otra parte, en cuanto al propósito de fidelidad histórica (que suele revelarse por aciertos fugaces), en la índole familiarmente abstracta é inflexible de aquel género de teatro y en su radical incapacidad para la evocación viviente de los tiempos y las cosas, evocación que era triunfo reservado al drama de las pasadas realidades en algunos de los maestros del romanticismo.

Igual pecado original de la ejecución, no redimido en parte, como sucede en *Alzira*, por la virtualidad del ingenio de primer orden, priva de todo color y de todo carácter de raza al fragmento que poseemos de la obra del poeta colonial. Otro ensayo, no menos descolorido, de tragedia indígena, ofrece el período clásico de nuestras letras, y es el que, con el título de *Molina*, escribió en 1823 Manuel Belgrano, sobrino del héroe, imaginando amores de un guerrero español de los que sojuzgaron á Quito, con una de las vírgenes vestales consagradas al Sol.

En los orígenes del romanticismo fué personaje de universal predicamento el indio americano. Chateaubriand adquirió de su paso por las tribus de la Florida el sentimiento de la originalidad exótica, y lo infundió en la novela, franqueando el camino que luego había de recorrer, con más escrupulosa observación, Fenimore Cooper. Al indio de la filantropía y de las ficciones patriarcales sucedió el del amor interesante y melancólico; al indio de *Los Incas* y *Alzira*, el de *Atala* y *Los Natchez*.

Nuestra literatura del tiempo de Echeverría fué, sin embargo, pobre de contribución á este género de ame-

ricanismo. En *La Cautiva* tentó reproducirse el color siniestro y brutal de la furia del *malón* y de la orgía de salvajes, aunque quizá con más visos de fantasía romántica, en que obra el recuerdo de festines sabáticos y lúgubres visiones, que de característico traslado de la realidad. Otros buscaron, en la poesía de la raza vencida, los tonos idílicos de la leyenda; la gota de miel que imaginamos en el fondo del bárbaro candor; el poético cuento de amores que refleja en sus ondas el torrente de la Conquista, como en los romances de moros y cristianos. Así, la sencilla inspiración de Adolfo Berro, apartando de los prosaicos eriales del Arcediano Centenera el episodio de Liropeya y Yandubayu, esencialmente más interesante, por cierto, que, en *La Araucana*, los de Glaura y Tegualda. Así también, Juan María Gutiérrez, con *Las flores de Lilpu*, *Irupeya* y *Caicobé*, donde la idealización del primitivo americano encarna en ingeniosos metamorfoseos, relacionados con la flora indígena. Pero la verdadera interpretación poética del alma del indio y de su historia quedó sin revelar, y balbuceando tímidamente en las querellas del espontáneo *yaraví*, permaneció á la espera del artista que, por aviso atávico ó por simpatía de la imaginación, acertase con el conjuro poderoso que saca á luz lo peculiar é inconfundible de una raza.

Al lado del puro indio, ó por encima de él, la tradición histórica, y la misma escena contemporánea, ofrecían un tipo humano de incomparable virtualidad artística: el gaucho, el centauro concebido por la ruda sociedad pastoril, de su abrazo con el ambiente del desierto.

El gaucho era, para cualquier artista observador,

una realidad que ostentaba *á flor de aire*, casi sin corteza prosaica, su porción natural de poesía. Pocas veces civilización y barbarie han contrastado sus colores en tan pintoresca originalidad como la de ese hermosísimo tipo de nuestra edad heroica. Hegel hubiera reconocido en él la plena realización de aquella nota de libérrima personalidad, de fiereza altiva é indómita, que él consideraba como el más favorable atributo de los caracteres que han de ser objeto de adaptación estética: el que palpita en la violenta poesía de *Los Bandidos* del trágico alemán y rodea de irresistible luz la frente de los héroes satánicos de Byron; y en su figura, ya belicosa y arrogante, con la avasalladora simplicidad de un paladín de *gesta*, ya legendaria y melancólica, como una sombra errante en la infinita soledad, sentirá siempre la fantasía del poeta uno de los más gallardos y enérgicos modelos que el genio de la especie haya impuesto jamás á las creadoras manos de la vida.

La poesía original del gaucho tenía un principio de manifestación, que eran sus propias y espontáneas canciones, las décimas errantes por pampas y *cuchillas*. Hilario Ascasubi, en la extensa narración de *Santos Vega*, rica de elementos descriptivos y de lances dramáticos, y en obras fragmentarias, como las *Trovas de Paulino Lucero*, intentó ganar carta de naturaleza literaria para la ingenua inspiración campesina, sin quitarle el complemento de su lenguaje propio: empeño en gran parte defraudado en sus obras por la frecuente confusión de lo popular y característico con lo vulgar; por la liga deleznable de la intención política de circunstancias, y por el mismo remedo, no depurado ni adaptado artísticamente, sino nimio y

lleno de inútiles escorias, del modo de decir del hombre de campo: género de preocupación pseudorrealista que más tarde había de afear también la realización formal del *Martín Fierro*.

Entretanto, la poesía de forma culta rondaba el mismo intacto tesoro. Juan María Gutiérrez, en la pastoral criolla de *Los Amores del Payador*, en *Los dos jinetes*, *Los Espinillos*, *Amor del desierto*, y algunas otras de sus composiciones, probó á fijar, quizás antes que nadie, la colorida apariencia del gaucho y los acordes íntimos de su sensibilidad; pero, dejando aparte el primor de algún rasgo, nunca logró definitivamente, ni la precisión plástica que erige en la imaginación la figura, ni el intenso carácter melódico que sugiere lo profundo é inefable del alma en el tono de la canción.

Más resuelto propósito de originalidad americana y mayor caudal de observación directa guiaron á Alejandro Magariños Cervantes en sus dos tentativas de interpretación poética del gaucho: el poema *Celiar* y la novela *Caramurú*, ensayos ambos que, en su significación provisional y relativa á su tiempo, merecen estima, por la tendencia á reproducir, con fiel prolijidad, cuadros de la naturaleza, faenas campestres, usos y costumbres, y que la merecerían sin reservas si la forma estuviera en ellos más limpia de trivialidad y desaliño y el fondo fuese menos sentimental y falsamente romántico.

La característica y eficaz representación del tipo gauchesco que puede hallarse en medio de esa literatura transitoria, es, sin duda, la de los admirables bocetos del *Facundo: El Rastreador*, *El Baqueano*, *El Gaucho malo* y *El Cantor*, con el complemento de *La*

Pulpería; rasguños de mano de león, en los que la espontánea fuerza poética parece proceder por el mismo impulso rápido y certero que ponía los ojos de Calíbar sobre el rastro del prófugo y orientaba el paso del baqueano al través de la llanura infinita.

Con la reproducción de tipos y costumbres tradicionales alternaba la expresión literaria de hechos de la realidad política y social, expresión que para nosotros participa del carácter histórico, aunque en el momento en que fueron reflejados careciesen de la perspectiva de tiempo. En la sugestión potente de esa realidad contemporánea; en las escenas trágicas de la guerra civil, ennoblecida por el heroico sentimiento de la libertad, se inspiraron poemas, ó, si se quiere, cronicones rimados, donde, sobre las arideces de declamación oratoria ó periodística, suele cruzar por ráfagas la tremenda poesía de la pasión, de la venganza y del martirio. Tal el *Avellaneda* y la *Insurrección del Sur*, de Echeverría; el *Don Cristóbal*, de Indarte; el *Querer es poder*, de Magariños, etc. El mismoapasionado estímulo de los hechos actuales, infundiéndose en forma más capaz que el poema para la reproducción característica de la realidad, dió á la novela americana una de sus más divulgadas y triunfadoras concepciones en la *Amalia*, de Mármol, obra compuesta sin la menor preocupación de estilo ni de arte, pero con cierto prestigio de imaginación y cierto interés novelesco, que hubo de acrecentarse, para la fama universal, con el de la revelación, febril y alucinada, de los misterios de la tiranía.

Además de esta literatura de origen político, contribuían á integrar la representación concreta del medio social otro género de testimonios literarios. Sabemos

ya que en los cuadros de costumbres de Alberdi se estampó la fisonomía de aquel momento de la vida urbana, con sus mal desvirtuados dejos coloniales, ya en la intimidad doméstica, ya en la comunicación social y los hábitos de cultura. El crudo color de las escenas populares de la misma vida de ciudad; el ambiente de suburbio y de plebe, en que la originalidad poética de la pura sencillez de los campos degenera en originalidad prosaica, pero llena siempre de sabor y carácter, nadie acertó á expresarlos con el realismo valeroso y la eficacia de observación de Echeverría en páginas como la descripción de *El Matadero*, que muestran cuánto era capaz de abrazarse cuerpo á cuerpo con la más brutal y desnuda realidad aquella imaginación tan á menudo malograda, en sus intentos de americanismo, por el remedo exótico ó por la expansión inoportuna de sus vaguedades y sus sueños.

En la literatura propiamente histórica, en la reproducción artística de épocas pasadas, el romanticismo había aportado universalmente riquísimos veneros, comunicando nuevas formas á la inventiva novelesca y dramática con la inspiración del sentimiento tradicional. Las novelas de Walter Scott habían revelado un arte pintoresco complementario de la historia. El gran Schiller había llevado al teatro la misma simpatía evocadora de lugares y tiempos. *Los Novios*, de Manzoni, y el *Cinq-Mars*, de Alfredo de Vigny, transplantaron la rama rica de savia generosa á la literatura de los pueblos latinos. Era como un sueño en que aparecían con ilusión de actualidad los recuerdos de la conciencia colectiva. Por las triunfantes intuiciones del arte, se llegaba, en la comprensión de las edades muertas, adonde los medios del conocimiento analítico no ha-

bían alcanzado nunca. Esos ejemplos convidaban á intentar, en la crónica de América, la misma transfiguración maravillosa, y no faltaron esfuerzos que se dirigieran á tal fin.

Por la mente de Echeverría cruzó más de una vez la idea del drama y la novela inspirados en la poesía de la historia, como fuentes fecundas de literatura americana. Florencio Balcarce dejó, entre los frutos de su malograda juventud, alguna tentativa de ese género, y un escritor olvidado, Manuel Luciano Acosta, había escrito ya *La Guerra civil entre los Incas*, adaptando al molde novelesco la discordia de Huáscar y Atahualpa. Un ensayo de mayor aliento vió la luz en el destierro de Chile: allí Vicente Fidel López, que desde temprana juventud acariciaba la vocación de la historia, fomentada, durante su paso por Montevideo, en el trato con Echeverría, publicó como folletín de diario *La Novia del Hereje*.

Esta novela, que aspira á ser el cuadro de la sociedad de Lima á fines del siglo XVI, cuando las correrías de los piratas de Drake, arguye un meritorio estudio de la época y no carece de alguna habilidad para cautivar el interés, ni de algún carácter atinadamente esbozado; pero el color de la pintura histórica es vulgar y violento; la expresión, aunque á menudo viva y eficaz, corre enturbiada por infinitas escorias de lenguaje y de estilo; y el juicio póstumo alabará en el conjunto, antes que otra cosa, la cualidad relativa del intento oportuno.

Más que la desigual realización de la obra, valía el pensamiento que en ella comenzó á ejecutarse y que aún hoy tendría plausible novedad. *La Novia del Hereje* era, en el propósito del autor, la novela inicial de

una serie, con la que, emulando en el Sur el americanismo de Cooper, daría formas pintorescas al desenvolvimiento de la historia argentina. Las empresas guerreras de Zeballos y su influjo en la evolución política y comercial de la colonia; el período precursor de la Revolución, con los episodios heroicos de las invasiones británicas; las agitaciones íntimas de la metrópoli porteña en el transcurso de las campañas por la emancipación; la propaganda armada de la idea de libertad, adelantándose con la espada de San Martín hasta las faldas de los Andes ecuatoriales; la insurrección de las masas campesinas, que añadió á la epopeya revolucionaria la original y ruda poesía del heroísmo bárbaro: tales habían de ser los asuntos con que se relacionaran las sucesivas novelas de la serie. Pero apartado, desde su madurez, de las letras puras, ese Walter Scott no salió de su *Wawerley*, y prefirió aplicar directamente su sentimiento del pasado á la historia política, que cultivó, con admirables condiciones de vivacidad pintoresca y de generalización brillante y audaz, aunque sin el más mínimo respeto por la equidad de los juicios ni la exactitud de los hechos, en libros cuyo verdadero carácter oscila entre la novela histórica y el panfleto de partido.

Al género de *La Novia del Hereje* contribuyó Juan María Gutiérrez con una breve narración: *El Capitán de Patricios*, que escribió cuando su paso por Europa y publicó años después en Buenos Aires (1). *El Capitán de Patricios* es la idealización de aquella juventud llena de prestigio poético, que, formada entre los

(1) En el *Correo del Domingo*, y luego en folleto, por la Imprenta del Siglo, 1864.

arrobamientos triunfales de la Reconquista y los presagios y vislumbres de un sentimiento nacional, resplandecía de entusiasmo y de esperanza en las milicias del primer momento de la Revolución. Y este crepúsculo del día de libertad está trasladado al cuadro por un pincel que siempre fué maestro en reproducir las tintas suaves del crepúsculo. El narrador presenta al héroe con una reminiscencia de Racine, y á la heroína con una imagen de Virgilio; y hay, en verdad, algo de las blandas melancolías que envuelven á Dido, á Ifigenia ó á Andrómaca, en el ambiente de aquel cuento casto y primoroso, donde la pureza ideal de los afectos y la gracia ingenua del relato tienen su más adecuado complemento en la elegancia clásica de la expresión.

Mientras tanto, cobraba creces el estímulo é interés por las tareas encaminadas á sentar los fundamentos de la historia política. Dos considerables esfuerzos de acumulación de materiales propios á ese fin, señalan el punto de partida de la labor histórica de aquella época: la *Colección de obras y documentos* ordenada por don Pedro de Angelis de 1836 á 1837, y la *Biblioteca del «Comercio del Plata»*, que, bajo la dirección de don Florencio Varela, apareció en Montevideo desde 1845 y siguió publicándose, por algunos años, después de la muerte del ilustre escritor: ambas colecciones, ricas de elementos de primera importancia. El vivo sentimiento de la necesidad literaria y política de la historia inspiró, en 1843, al gobierno de Montevideo, donde se asilaba en su mayor y mejor parte la cultura argentina, la fundación del «Instituto histórico-geográfico», para dar solidaridad y eficacia á las primeras tentativas en este género de estudios. Apenas pasó

del acto inaugural el iniciado centro; pero de la comunicación de ideas y propósitos entre los escritores de la juventud reunida dentro de la heroica plaza fuerte, nació entonces la dedicación de muchos de ellos á los trabajos de investigación histórica, que en algunos, como Mitre, López y Domínguez, habían de fructificar, perseverando, con obra más ó menos duradera. Fué activísimo en la influencia estimuladora, en la información y en el consejo, para alentar los ensayos de esa índole, don Andrés Lamas, á quien el gobierno de la Defensa encomendó, en 1849, la obra, nunca cumplida, de escribir la historia de esta banda del Plata. Allá en Chile, Sarmiento incluía en su vasta siembra de ideas la del conocimiento del pasado americano, y con su memorable artículo de «Chacabuco» abría camino á la definitiva vindicación de San Martín.

El primer indicio de madurez de toda esa consagración estudiosa, interrumpida á menudo, pero nunca desalentada, por las borrascas familiares á aquella generación de hombres fuertes, se manifestó, en 1857, con la aparición de la *Galería de celebridades argentinas*, donde compitieron, ensayando el dibujo biográfico, las mejores plumas de la época. La *Historia de Belgrano*, ampliación de uno de los trabajos de aquella *Galería*, con el movimiento de crítica y polémica á que dió lugar, abre un nuevo período en la bibliografía histórica de estos pueblos.

No permaneció indiferente á tan alto interés de sus contemporáneos Juan María Gutiérrez: antes por el contrario, participó principalmente en él, y al llegar á este punto tocamos la razón más firme de su fama. Escogió para sí, en las tareas de la historia, la parte que se refiere al desenvolvimiento de la literatura, y

en general, de toda aplicación desinteresada del espíritu; y se consagró á reivindicar, para la América de su tiempo, en la obra de las generaciones que precedieron á la suya, los títulos de un abolengo intelectual desconocido ó desdeñado. La afirmación de la existencia y del relativo valor de ese abolengo fué inspiración constante de su vida, inagotable estímulo de su labor.

Sin que el refinamiento de su sensibilidad literaria fuera motivo á retraerle del trato cuotidiano con los más obscuros antecedentes y los más ínfimos anticipos; sin que flaquearan su tenacidad ni su entusiasmo de investigador por la impresión de tedio, frecuente en el contacto con la palabra escrita de tiempos de enervación moral é intelectual, de decadencia ó definitiva pérdida de gusto, se soterró entre los casi ignorados materiales de la literatura de la colonia; los trajo á plena luz; obtuvo de ellos revelaciones inesperadas y curiosas: ya intensamente significativas en el proceso de las ideas ó de las costumbres, ya positivamente honrosas para los orígenes literarios de estos pueblos; y puso un noble ahinco en que resaltara todo aquello que significase un rasgo de espontaneidad y atrevimiento de la conciencia americana, levantándose, por sus propias fuerzas, sobre el remedo sin alma á que la condenaban los moldes de la educación y sobre los límites del horizonte ideal que le estaba consentido.

He dicho ya que de su paso por Chile y el Perú quedó la publicación del poema épico de Oña, que exhumó de los archivos de Lima para llevarlo á imprimir á la patria colonial del poeta. En Lima también, en los papeles de la vieja Universidad de San Marcos, desentrañó recuerdos preciosos de la tradición acadé-

mica de la Ciudad de los Reyes. Pero consagró, sobre todo, sus esfuerzos á la historia de la inteligencia y la cultura en los pueblos del Río de la Plata, y la siguió con minucioso amor, con el nimio afán erudito que ennoblece un interés profundo, tomándola desde la crónica de Schmidel y el poema de Centenera, cuyas páginas despejó del polvo secular en dos prolijos estudios (1); lleno de amenidad y colorido el de la obra del Arcediano rimador; excelentes ambos. Pasó de los testimonios de la Conquista á los documentos de la instituída servidumbre, rastreando siempre la noticia que reflejara alguna luz de ideas sobre los períodos más lejanos y humildes de la existencia colonial, como aquellos desabridos comienzos del siglo XVIII, sobre cuyo fondo opaco hizo destacarse la inteligente fisonomía de Neira (2), apenas recordado hoy mismo é ignorado de muchos; Neira, el dominico viajero, el observador tolerante, que, en los antecedentes de la evolución liberal de la colonia, precede en varias décadas á la obra de relativa emancipación respecto del formalismo escolástico, que emprendió en la enseñanza Maziel, y en más de media centuria á la repercusión de las ideas de la Enciclopedia en las memorias de Belgrano y las oraciones de Funes.

Investigando, en interesantísimo libro (3), la his-

---

(1) *Nuestro primer historiador Ulderico Schmidel; su obra, su persona y su bibliografía. Revista del Río de la Plata.* Tomo VI.—*Estudio sobre la Argentina y conquista del Río de la Plata, y sobre su autor, don Martín del Barco Centenera.* Idem. Tomo VI y siguientes.

(2) *El Padre dominico Neira, del convento de predicadores de Buenos Aires. Revista de Buenos Aires.* Núm 20.

(3) *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la*

toria de los estudios públicos de Buenos Aires, obscurecidos hasta entonces en el aprecio póstumo por la tradición universitaria de Córdoba y de Chuquisaca, puso de manifiesto en ellos adelantos precoces y rasgos de cierto espíritu liberal, que no había trascendido á todas partes de América. Se detuvo con particular interés ante aquel movimiento de vago despertar de las energías de la mente y de diversificación de las actividades sociales, que se inicia con el período gubernativo de Vértiz y Salcedo, cuya noble figura dejó diseñada, como las de Maziel y Labardén, el primer asomo de un educador y el primer asomo de un poeta (1). Y transmitió finalmente, á la atención del historiador futuro, en su laboriosa *Bibliografía de la Imprenta de Expósitos* (2), que comentó con observaciones amenas y profundas, un guía invalorable para el estudio de la progresiva transformación de las ideas y los sentimientos comunes, desde la época que refleja tímidamente su espíritu en versos cortesanos y opúsculos de devoción, hasta las ya cuantiosas y vibrantes manifestaciones de publicidad que motivaron, en las vísperas de 1810, los entusiasmos de la Reconquista.

Aún con mayor solicitud, y desbrozando terreno mucho más grato y generoso en estímulos, como que

---

Enseñanza pública superior en Buenos Aires. Buenos Aires. Imprenta del Siglo. 1868.

(1) *Celebridades argentinas en el siglo XVIII. Don Juan José de Vértiz y Salcedo*: *Revista de Buenos Aires*, número 25.—*El doctor don Juan Baltasar Maziel*, ídem, números 23 y 24. —*Don Juan Manuel de Labardén: Correo del Domingo*, números 51 y siguientes.

(2) En la *Revista de Buenos Aires*, números 29 y siguientes.

era el del espontáneo florecer del alma americana abriéndose á los vientos de la libertad, siguió los pasos de la literatura viril y militante del quindenio revolucionario; la estudió en sus vinculaciones con la acción y en sus inspiraciones sociales; fijó en el lienzo biográfico la imagen de sus hombres, completando la historia de los hechos guerreros y políticos con la de la actividad del pensamiento, manifestada en la prensa, en la instrucción, en el libro, en las asociaciones de fin intelectual, y poniendo á la vista aquel seguro crédito de las influencias morales, aquella fe profunda en la virtud de las ideas, con que los gobernantes y los publicistas de la Revolución atendieron á favorecer el desenvolvimiento del espíritu y la adquisición de nuevos medios de cultura, en sus empeños de dirección y propaganda. Lícito es afirmar que una gran parte de la energía intelectual que se vincula á la gloria de esa época ha vivido sólo por él en el recuerdo de las generaciones posteriores.

Desde el amanecer del sentimiento laudatorio de la libertad en las canciones populares de Mayo (1), hasta la lírica consagración de las victorias por los poetas de escuela, y las exhortaciones del rementado didacticismo social que sucedió á los cantos heroicos cuando del esfuerzo guerrero se pasó á la obra de organización, trazó, en fragmentos, la historia de la poesía de la Independencia. Sus estudios sobre Fr. Cayetano Rodríguez, sobre Luca, sobre Rojas, complementan el extenso y magistral que consagró á Juan Cruz Varela, la más alta personificación literaria de aquel tiempo (2).

(1) Véase *La Literatura de Mayo*, en la *Revista del Río de la Plata*, tomo II.

(2) *Don Esteban de Luca. Noticias sobre su vida y es-*

A la luz de su crítica inspirada, el clasicismo de la literatura de la Revolución, en el que un superficial examen vería sólo artificio sin alma, fría exornación retórica, se nos representa como fué en realidad: como una idea dinámica; como la imagen de un ideal de gloria y de grandeza moral que contribuyó eficazmente á caracterizar el espíritu revolucionario, apacentándolo en los ejemplos del genio heroico y tribunicio de la antigüedad. El resplandor de ideas que ilumina la grande época de Rivadavia, trascendiendo al carácter de la producción poética desde la cátedra, la prensa y la tribuna, tiene vivo reflejo en las semblanzas de algunos de los esforzados obreros de aquel período de reforma, con que termina el interesante libro de la *Enseñanza superior*, y en el estudio sobre Juan Cruz Varela, que es quizá, de los trabajos críticos de Gutiérrez, el de más primor y madurez.

No es posible imaginar merecimiento más puro y noble de respeto intelectual que el adquirido de esa porfía tenaz contra el olvido, la ingratitud y la indolencia; de esa perseverante restauración de un fundamental elemento de la vida de generaciones pasadas, restauración que realizó Gutiérrez, no sólo con acierto de diligente y sagaz indagador, sino también, en ciertas páginas, con verdadera inspiración de historiador artista, de cabal iniciado en los secretos de la narra-

---

critos: Revista del Río de la Plata, tomo XIII.—*El coronel don Juan Ramón Rojas, soldado y poeta:* ídem, tomo XIII.—*El sueño de Eulalia contado á Flora, y noticias sobre su autor* (Fr. Cayetano Rodríguez): ídem, tomo VI.—*Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino don Juan Cruz Varela:* ídem, tomo III y siguientes.

ción que reproduce formas y colores y palpitación de entrañas vivas.

Estéril y tedioso es el empeño de la erudición vulgar, que ama la investigación por la investigación, el pasado por el pasado, el dato nimio y escondido por la sola virtud de su rareza; pero es hermosa y fecunda entre todas las aplicaciones del espíritu la obra inspirada del investigador que levantando la curiosidad erudita á la condición de una simpatía inexhausta, y guiado por aquella luz intuitiva que no se suple con la prolijidad de los documentos ni con la certidumbre de las cosas externas, penetra en la profundidad del tiempo muerto como para restituirle su alma, y acierta á reconstruir idealmente, en presencia de las mudas ruinas de lo que fué, la vida intelectual y afectiva de una generación, la fisonomía moral de una sociedad ó la genialidad literaria de una época.

Iniciador en el estudio de una tradición de cultura casi por completo desconocida ú olvidada, á la que no era posible aplicar las formas orgánicas de la exposición histórica ni el metódico análisis de la crítica sin antes atender á la ausencia, con que para ello se luchaba, de fundamentos seguros y materiales ordenados de investigación, hubo de consagrar forzosamente Gutiérrez á esta ingrata tarea porfías que encaminara, de otro modo, á empresas más altas. Hay en su vasta obra muchas páginas de descarnada erudición; insistentes esfuerzos empleados en lo que tiene de más desapacible la crónica solamente útil, y en lo que la bibliografía ofrece de más árido. Pero cuando á la significación puramente relativa de la personalidad ó del objeto sobre que recaen sus miradas de investigador se une más alto interés, capaz de cautivar el senti-

miento ó la fantasía; cuando, trazando la imagen de famoso polígrafo del siglo XVIII (1), nos hace penetrar, por ejemplo, dentro del ambiente hechizado de aquella Lima colonial, que constituye una de las más romancescas perspectivas de la historia de América, y aparece con todos los caracteres de la vida, en el panorama de su narración, el singular aspecto de aquella sociedad en que tan extrañamente se mezclaban refinamientos bizantinos y pequeñeces lugareñas, ingenuidades de pueblo niño y rasgos de decrepitud social, sórdidas manifestaciones de abyección y timbres preclaros de cultura, entonces vemos reflejarse la inspiración del verdadero y grande historiador sobre la asiduidad del erudito, y reconocemos que había dotes en él para llevar al estudio del pasado esa poderosa visión del movimiento dramático de la realidad, que hace de aquel estudio una nigromancia de la fantasía evocadora.

Rasgos de valor semejante realzan las páginas sobre Juana Inés de la Cruz y sobre Pablo de Olavide, que, junto con las consagradas á Fray Juan de Ayllón, á Labardén, á Caviedes, al P. Juan Bautista Aguirre, á Ruiz de Alarcón y á Pedro de Oña, publicó, en 1865, en el volumen titulado *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sud-americanos anteriores al siglo XIX.* Si le hubiera sido dado redondear su obra de investigación, abarcando el conjunto de la cultura colonial en los pueblos de la América española y levantándose luego á la libre y serena visión de puro arte, para la que mostró su capacidad en frecuentes aciertos, habría podido intentar el vasto cuadro histórico,

(1) *Escritores americanos anteriores al siglo XIX.—Doctor don Pedro de Peralta: Revista del Río de la Plata,* tomo VIII y siguientes.

no realizado todavía, del desenvolvimiento de la inteligencia americana y de la evolución de sus ideas, desde la primera simiente de civilización hasta los anhelos de libertad y los precoces ensayos del pensamiento propio.

Conciliaba con el oficioso amor del hecho depurado y preciso, que es lastre de la historia, la aptitud de generalizar y el poder de la interpretación colorida; pero sentía la obligación de cimentar, ante todo, sólidamente, sobre aquel árido y seguro cuidado de los hechos, la ciencia del pasado, y abominaba en ella los vuelos errabundos y arbitrarios de la imaginación, las vanas anticipaciones de la indiferencia y del juicio. Sobre la necesidad de imprimir á las tareas de preparación de la historia de los pueblos de América «un carácter particularmente erudito y cronológico», que compensase la tendencia que predomina en nuestro espíritu á la síntesis vaga y prematura «con las rémoras que dan pulso y gravedad á la historia», versa una hermosa página dirigida á don Alejandro Magariños Cervantes con motivo de la fundación de la *Biblioteca Americana* (1); página que merecería encabezar, como exposición del criterio que le guió en la extensa obra, una ordenada colección de sus trabajos históricos.

A la referida *Biblioteca Americana*, que empezó á publicarse en 1858, dió Gutiérrez, el siguiente año, un tomo de *Pensamientos, máximas y sentencias*, entresacados de escritos y discursos de argentinos ilustres: tomo que complementó en 1860, con otro de *Apuntes biográficos* de algunos de los autores que había puesto á contribución en el primero. Incluyó entre esos breves

(1) Carta publicada al final del tomo IV de esa *Biblioteca*.

Apuntes un trabajo de mayor detención: el consagrado á Rivadavia, que publicó también en la *Galería de celebridades argentinas* y que constituye el ensayo de más aliento realizado por él fuera de la historia literaria y cultural, si se exceptúa el substancioso bosquejo biográfico de San Martín que, con extensa ilustración de documentos, copiosos datos de bibliografía é iconografía y una *Corona poética*, hizo imprimir en 1862, en ocasión de erigirse la estatua del Capitán de los Andes.

Pero su permanente dominio fué la historia de la producción intelectual y de todo desenvolvimiento de cultura. En cuanto al carácter crítico de los comentarios que aplicó, trayendo á luz autores y obras, nadie dejará de reparar en ellos un exceso de encomio, que se justifica, sin embargo, como reacción oportuna. Predominaba un espíritu de exagerada detracción en lo que se refiere á las condiciones intelectuales y morales de la vida americana bajo el régimen colonial. Por otra parte, el impulso de innovación triunfante en las ideas literarias sugería el desdén por cuanto se vinculase á las formas vencidas; y esto influyó para que pocos escritores de su tiempo participaran de aquel sentimiento de filial interés por el recuerdo y la obra de los que les habían precedido. Juan María Gutiérrez fué á menudo extremoso en tal sentimiento, pero esta explicable y bien inspirada benevolencia, esta generosa facilidad de entusiasmo, no impidieron que su diestra guardara casi siempre la rienda firme del buen gusto, ni que fluctuase constantemente sobre sus juicios literarios el reflejo de aquella ática sonrisa que era como el sello de su fisonomía intelectual.

Las mismas delicadas facultades llevó á la crítica de

contemporáneos. En esta parte de su labor, descuella el sentido y juicioso, aunque no suficientemente severo, ensayo sobre Echeverría, que ilustra la edición publicada, de 1870 á 1874, por el propio Gutiérrez, de las *Obras* del poeta. Pero el preferente objeto de su atención fué siempre la literatura de tiempos pasados, en cuyo estudio la crítica va de la mano con la historia. Y acaso no fué extraña á los estímulos que determinaron su vocación de crítico-historiador una tendencia universal de la erudición de su época. El romanticismo, alentando el sentimiento de la tradición, la poesía del pasado, como seguro medio de llegar á lo más característico y hondo del alma popular, en su gloriosa empresa de vincularla á la literatura, comunicó el mismo impulso al espíritu de investigación y despertó el interés y el amor por el estudio histórico de la espontaneidad literaria de los pueblos.

Juan María Gutiérrez, que sintió intensamente la aspiración de americanismo poético, en que él mismo fué de los más eficaces colaboradores de Echeverría, hubo de experimentar emoción semejante á la de los críticos y arqueólogos románticos, cuando rescataba del olvido las viejas crónicas que guardaban la repercusión de los épicos sones de la Conquista ó reflejaban con prosaica languidez el sueño de la larga noche colonial. No era posible volver á la luz los lejanos antecedentes de la producción literaria americana en el sentido en que lo hiciera, con las reliquias de arte y poesía anteriores al influjo del Renacimiento, la erudición tributaria del romanticismo. El movimiento reivindicador de la originalidad literaria nacional había de desenvolverse en América sin precedentes cercanos ni remotos. Pero para la visión cabal del pasado en

que tenía sus ocultos veneros la poesía de la tradición, era indispensable conocimiento el de aquella humilde literatura, donde, además del testimonio histórico de las cosas y de los hechos á que debía adaptar el poeta las invenciones de su fantasía, no es raro caso encontrar, ya medio rota la crisálida, ya casi á punto de cuajar en color y aroma de belleza, una leyenda heroica, ó un paso novelesco, ó un cándido y gracioso idilio, que, sin más que la última iluminación de la forma, llegarían á la plenitud poética.

VIII

Esa vasta y lucidísima obra de investigación y de crítica ocupa densamente los años de fecunda plenitud para el espíritu de Juan María Gutiérrez; plenitud duradera, que llega muy más allá de la madurez de la vida, y persiste, sin decadencia ni desfallecimientos, desde su vuelta del destierro de Chile hasta su muerte, ocurrida en 26 de Febrero de 1878. He citado los libros que en tan largo espacio de tiempo dió á la imprenta y los principales estudios que, para complemento de aquéllos, publicó en revistas como la de *Buenos Aires*, que dirigió Navarro Viola, y el *Correo del Domingo;* pero debo nueva mención al memorable esfuerzo de publicidad y de disciplina estudiosa representado por aquella *Revista del Río de la Plata*, que él fundó en 1871, en unión de don Andrés Lamas y don Vicente Fidel López, y de la que él fué verdaderamente el director, alcanzando á dejar realizados, en

sus trece interesantísimos volúmenes, uno de los grandes ejemplos de revista americana y el más victorioso ensayo que se hubiera hecho en Buenos Aires para arraigar publicaciones de tal índole.

Además de la perseverante vibración de su pluma, contribuyó Juan María Gutiérrez al desenvolvimiento de la cultura de su patria con las funciones públicas de trascendencia intelectual que desempeñó: ya de rector de la Universidad de Buenos Aires, en 1861; ya de jefe del departamento de Escuelas, en 1875; ya en su carácter de miembro de la Facultad de Matemáticas y de la de Humanidades y Filosofía; ya, finalmente, cooperando en planes de reorganización, como el de la enseñanza universitaria y el del Archivo General, ambos en las postrimerías de la administración de Sarmiento.

De su vida política no me compete hablar aquí. Diré sólo que dejó uno de los nombres más respetados y más puros entre cuantos se vinculan á la porfiada labor de la organización nacional argentina. Pero ni su acción de hombre de gobierno, como ministro del de don Vicente López y Planes, y luego, de la presidencia de Urquiza; ni sus servicios diplomáticos, para restablecer ó confirmar las relaciones con España y el Brasil; ni la participación que le cupo en el Congreso constituyente de Santa Fe y en la Convención de 1870, forman más que un rasgo secundario de su apacible figura. El que sobre todos prevalece es que «las Gracias fueron constantes compañeras de su vida», como para la suya deseaba el dulce Teócrito. Y si se quisiera expresar cuál es el fundamento de su originalidad personal y de su gloria, se diría: fué el estudioso desinteresado, en una genera-

ción de combatientes y tribunos; fué, en ella, el que se mantuvo fiel hasta morir al sueño literario, concebido antes de la juventud, inmune entre los afanes de la edad madura, y acariciado todavía con el amor de la vejez: á modo de la primorosa flor silvestre que, escogida en el paseo de la mañana, sirve de embeleso á todo el día y queda aún fragante, por la noche, junto al libro que se cierra para dormir.

LA ESPAÑA NIÑA

En su reciente y admirable libro *Camino de perfección*—digno, en verdad, del glorioso recuerdo que su nombre evoca, por la indeficiente gracia del estilo y la serenidad, de sombra y frescura, de la meditación—, apunta Díaz Rodríguez, el gran novelador venezolano, una idea tan henchida de persuasión como de esperanza; una idea honda y preciosa, que me ha quedado en el alma, prendida como una estrella, ungiéndomela de luz y diciéndome por lo bajo cosas de consuelo y de fe...

Yo no he dudado nunca del porvenir de esta América nacida de España. Yo he creído siempre que, mediante América, el genio de España, y la más sutil esencia de su genio, que es su idioma, tienen puente seguro con que pasar sobre la corriente de los siglos y alcanzar hasta donde alcance en el tiempo la huella del hombre. Pero yo no he llegado á conformarme jamás con que éste sea el único género de inmortalidad, ó, si se prefiere, de porvenir, á que pueda aspirar España. Yo la quiero embebida, ó transfigurada, en nuestra América: sí; pero la quiero también aparte, y en su

propio solar, y en su personalidad propia y continua. Mi orgullo americano—que es el orgullo de la tierra, y es, además, el orgullo de la raza—, no se satisface con menos que con la seguridad de que la casa lejana, de donde viene el blasón esculpido al frente de la mía, ha de permanecer siempre en pie, y muy firme, muy pulcra y muy reverenciada. Por eso me deja melancólico lo que á otros conforta y alegra: el esforzarse en vencer la tristeza de que *España se va* con el pensamiento de que no importa que se vaya, puesto que queda en América; y por eso no he concedido nunca, ni concedo, ni espero conceder, que *España se va*... Y cuando me parece que vislumbro algún signo sensible de que *vuelve:* de que torna á ser original, activa y grande, me alborozo, y empeño en el crédito de ese augurio todos mis ahorrillos de fe. Me he habituado así á borrar de mi fantasía la vulgar imagen de una España vieja y caduca, y á asociar la idea de España á ideas de niñez, de porvenir, de esperanza. Creo en *la España niña*. Esta es la razón por que me interesó y halagó tanto la referida página del autor de *Ídolos rotos*. Piensa Díaz Rodríguez que «en vez de pueblo degenerado, como tontamente proclaman algunos, del pueblo español puede afirmarse más bien que es un pueblo primitivo». «Así nos lo dice—agrega—aquella sensación que el hombre del pueblo español nos produce, de una reserva intacta de fuerzas». Y después de señalar dos caracteres notorios de esa condición primitiva, uno exterior, otro interno, en la rudeza española de las maneras y en la españolísima virtud de la generosidad, infiere, de aquel defecto como de esta virtud, la existencia de frescos rincones del alma popular «donde la savia originaria duerme,

soñando quién sabe en qué magníficos renacimientos futuros».

Abramos el corazón á este vaticinio, que viene de poeta. Acaso la defensa de una grande originalidad latente, que aguarda su hora propicia, imprima hondo sentido á esa resistencia, aparentemente paradójica, contra el *europeísmo* invasor, predicada hoy por el alto y fuerte Unamuno.—*Soñemos, alma, soñemos* un porvenir en que á la plenitud de la grandeza de América corresponda un milagroso *avatar* de la grandeza española, y en que el genio de la raza se despliegue así, en simultáneas magnificencias, á este y á aquel lado del mar, como dos enredaderas, florecidas de una misma especie de flor, que entonasen su triunfal acorde de púrpuras del uno al otro de dos balcones fronteros.

CARLOS GUIDO SPANO

... Titúlase el libro *Ecos lejanos*, y lleva á su frente un nombre de poeta que es un ilustre guión en toda lid de sentimiento y de arte. Carlos Guido Spano ha reunido las páginas dispersas de su producción de los últimos años, y nos ofrece un libro nuevo. Excelente ocasión para detenerse á bosquejar una de nuestras más características fisonomías literarias.

Mme. de Staël llamaba á la ancianidad de los varones ilustres «la aurora de la inmortalidad». Digamos nosotros que si alguna vez puede hablarse de una ancianidad que tenga semejanzas de aurora es cuando se trate de este poeta luminoso, sereno, eterno adolescente del alma, cuya mano se tiende desde las cumbres blancas de la vida para brindarnos con un libro de versos que ostenta toda la espontaneidad, todo el candor y toda la frescura de la más intacta juventud.

Tan natural y suave como es, fué á su modo un original y casi un rebelde. Su figura resalta, dentro de su época, con el interés peculiar de los que no se parecen á sus contemporáneos y llevan en su sensibilidad, en su fantasía ó en su gusto, un carácter esencial que los singulariza. Llegó á la escena literaria cuando alcanzaba

entre nosotros á triunfal plenitud la renovación romántica, y vió pasar la corriente de las nuevas formas con cierto apartamiento señoril, aunque no incapaz de simpatía y asimilación. Puede, en algún sentido, afirmarse que fué su musa la Cordelia fiel al clasicismo entre las que aquí respiraron el aliento impetuoso de la tempestad hugoniana. Pero éste de clasicismo es un término de harta vaguedad. Con él se clasificaba hasta entonces la manera de los que habían saludado en versos precoces, arrogantes, mezcla de infantil ingenuidad y de laboriosa retórica, las glorias de la Revolución; y con los poetas de la Revolución no tiene, seguramente, el imaginador de *Amira* y de *Marmórea* más afinidad de tendencias que con los que tremolaron en el torneo de nuestra vida literaria los colores del romanticismo. Aquellos poetas profesaban, por ideal de la forma, el remedo pindárico, la elocuencia lírica; buscando efectos semejantes á los de la arenga y la proclama, pagaban pleno tributo á la afectación declamatoria, que era la ficticia inspiración de la época; en tanto que una de las calidades de la poesía de Guido es su serenidad, su aristocrática templanza, y lo característico en su forma es todo lo contrario del lirismo elocuente: es la línea pura y correcta en breves límites. Ellos no hallaban medio de desprenderse de la altisonancia de la oda académica, especie de pedestal á cuya planta abandonaba el poeta, como fardo innoble y pesado, su naturaleza de hombre, para asumir la gravedad solemne de un numen, sino cuando procuraban la falsa sencillez madrigalesca ó bucólica, en tanto que la elevación ideal y la forma pura y escogida conviven hermanablemente con la verdad de los afectos en el autor de *Ecos lejanos*.

Independiente el estilo poético de Guido de estrechas tradiciones de escuela; formado en esa inteligencia de la imitación que no excluye, sino que estimula y fecundiza, el impulso de la libertad; concretando mucho de lo íntimo y esencial del gusto clásico en formas personales y propias, sólo pudo llegar á ser por influjo de aquella misma renovación literaria, que de tan distinta manera inspiraba á los contemporáneos del poeta; y en este sentido, cabe también dentro del carácter de su tiempo. La gracia alada y serena, la fresca visión de las cosas, el don de la armonía plástica é ideal, que ciframos en el sentimiento de lo clásico, nunca como del romanticismo acá se comprendieron y gustaron, á no ser en los días del Renacimiento. Mientras el clasicismo de colegio y academia era herido de muerte por la crítica de los novadores románticos, la pasión de la belleza antigua floreció como una de las innúmeras virtualidades de aquella revolución complejísima. Desmoronóse el templo alzado á la sabia regularidad y la artificiosa corrección por el soberbio reinado que el clasicismo del siglo diez y ocho proclamaba, sobre los tiempos de Pericles y los de Augusto, edad de oro del ingenio; pero el culto de la antigüedad se instauró á pleno sol, y ella fué, y ha continuado siendo más que nunca, Tierra-santa de peregrinaciones ideales. Así, desde Andrés Chénier hasta Leconte de Lisle, se oyeron sones como de rapsodias homéricas y de cantos de Atenas ó de Alejandría; así Goethe, domeñada la tempestad que el *Werther* propagó por el mundo, trajo á nuevo ser la Elena clásica, y enseñó el arte de infundir en versos modernos el divino sosiego de los mármoles paganos.

Nada hay, seguramente, en nuestro poeta que se asemeje á una de esas intuiciones de lo antiguo, en que la poesía, flor de humanidades, obra con el prestigio de una evocación arqueológica, y acierta á exprimir, de las reliquias de un arte muerto, la más recóndita belleza. Su antigüedad consiste sólo en simpatías de la imaginación; su clasicismo no pasa de ciertas líneas generales de gusto y estilo, nacidas de natura propensión y afinidad, más que de iniciación profunda, y acrisoladas, antes que en el modelo original, en los que, en distintos tiempos, hicieron retoñar sus formas al sol de España y de Italia. Pero haya sumergido más ó menos distante de las fuentes la urna, haya rasgado más ó menos de cerca el velo del santuario, es indudable que de aquella fe poética es devoto, y que por virtud de ella ha merecido el favor de las gracias. Como epígrafe de sus versos vendría bien el hemistiquio de *La Invención*, de Chénier, que pide pensamientos nuevos labrados en el mármol antiguo. Tiene del ateniense inmolado por los escitas del Terror, el aticismo en que ha puesto aún más la naturaleza que la escuela; y cuando su numen, no satisfecho ya con el ara en que se ofrecen los sacrificios de la forma, aspira al triunfo que se consagra con tributo de lágrimas, es para penetrar, como Chénier, en esa zona crepuscular del sentimiento donde flotan las sombras de las heroínas de Eurípides, y el eco de las quejas de Dido, y extienden sus alas blancas y sedosas los alejandrinos de Racine. Bajo el *tipoy* de la paraguaya de *Nenia* se siente latir un corazón hermano de *La Joven Cautiva*. *Marmórea* tiene la triste languidez de *Neera*.

De este abolengo ático de su naturaleza poética y su arte, nace, entre otros caracteres que contribuyen á

imprimirles sello singular y distinto dentro de su tiempo, el dominio de toda exquisitez de la dicción y toda delicadeza del ritmo. El noviciado de la libertad literaria se caracterizó, para la generalidad de nuestros poetas de América, por la voluptuosa *non curanza* de la forma, por el desdén, más ó menos consciente y confesado, de ese «culto del material» que, en posteriores escuelas universales, llegó á la superstición é indujo al delirio. Eran los tiempos en que solía tenerse por consubstancial á la naturaleza del poeta el don divino de la composición enteramente fácil y espontánea y de la producción abundosa. Confiábase demasiado en las abstracciones de cierta psicología estética que atribuía una sobrada realidad al mito del *numen*, y acaso era tildada de prosaica la porfía difícil y tenaz de la labor. Diríase que el romanticismo se inclinó á no reconocer sino la *magia negra*, la magia no aprendida en la taumaturgia del arte. Era adorado el misterio de la inspiración que desciende al espíritu del poeta envuelta en lampos y nubes. Hoy encontramos más poesía en los afanes de esa lucha hermosa y viril que empeña con el material rebelde el espíritu enamorado de la perfección: la lucha que llevaba la razón del Tasso á la locura; que torturaba el pensamiento de Flaubert, con alternativas de angustia y júbilo infinitos, y que el autor de *Levia Gravia* ha simbolizado en una imagen soberbia: los afanes del sátiro, perseguidor de la ninfa leve y esquiva, en el misterio de los bosques.

Fué concedida á nuestro poeta la gloria del triunfo alcanzado más de una vez en esa lucha, cuando respiraban los que con él compartieron la representación literaria de su época vientos de tempestad, vientos

de desordenada inspiración, y eran sus versos como soldados vencedores que vuelven del combate, desaliñados y altivos. Tuvo entre ellos el indisputado dominio de la forma. No ciertamente porque sea el labrado y blanquísimo panal lo que nos seduzca por única excelencia en su obra; hay también miel regalada que gustar en sus transparentes alvéolos; suele acertar también, si no con el intenso grito de la pasión, con el lenguaje de las delicadezas del alma, que piden propagarse en mansas ondas de luz; con la expresión eficaz de los afectos blandos, puros, apacibles; exhalaciones de suavísimo aroma que percibirán en sus versos, sin necesidad de una aspiración esforzada, aquellos que no hayan enervado su sensibilidad en el abuso de los perfumes capitosos y ardientes. La poesía es irradiación de todas las faces del espíritu, y como la naturaleza para cada una de las regiones del mundo, ella tiene, para cada determinación del sentimiento, manifestaciones peculiares de vida y hermosura. Al lado de la poesía de la pasión y del dolor, que lleva el alma á las asperezas de la cumbre, admitamos, como la vegetación risueña de los valles, la que se debe á una serena y plácida concepción de la existencia, tal vez mecida por los deliquios de voluptuosidad que embalsamaron la amena granja del Tíbur y la estancia sabina; tal vez velada transitoriamente por el celaje de las melancolías más suaves y graciosas. Pero el aspecto que manifiesta toda la superioridad de la obra poética de Guido, aquel en que principalmente puede ser ejemplar, es, sin duda, el de las exterioridades plásticas del verso; el que admiramos en las cuartetas de *Amira*, en las de la inolvidable bendición paternal, en el verso libre de *La Noche*, en las briosas octavas de *Adelante*.

Hay dos supremas manifestaciones de la belleza poética en la forma, y cada una de ellas prevalece según la poesía, que reúne y armoniza en cierto modo las calidades de las demás artes bellas, se inclina á participar de la determinación las artes del dibujo ó de la vaguedad del espiritualismo melódico. Por una parte, la línea firme, el ritmo vencedor de la inmaterialidad de la palabra, el culto de las apariencias materiales y tangibles del verso, que dan la sensación de contornos mórbidos de estatua; el arte de la imagen precisa, dotada de relieve, que puede hacerse pasar de la estrofa al mármol ó al bronce; el procedimiento, en fin, que pone en manos del poeta, ya el martillo y el cincel del escultor, ya—para símbolo de los primores de un Gautier ó un Heredia—el diamante del grabador de piedras finas.—Por otra parte, el tejido tenue y aeriforme de los líricos en quienes la poesía tiende á la sugestión sentimental de la música; el de las rimas de Bécquer, el del liéder heiniano: semiclaridad de crepúsculo, levedad etérea, graciosa suavidad de una forma desdeñosa del efecto plástico y el «número sonoro», pero que, modelada para expresar las vaguedades del ensueño y la aspiración de lo inefable, encuentra su arte propio rehuyendo la severa precisión de la línea, espiritualizando los contornos de la idea y de la imagen, como la onda de incienso que, al paso que más alto sube, más gana en inmaterialidad.—Carlos Guido es de los que sienten y señorean la primera manifestación de poesía; de los que trabajan el ritmo como el mármol, el pensamiento como inscripción lapidaria, y la imagen como escultura.

Tal se caracterizó, dentro de una generación romántica, este poeta, que, en más de un aspecto de

su arte, se vincula mejor con el mundo nuestro que con el de los días de su juventud. Personificó el culto indeficiente de la forma, cuando las condiciones de la obra de improvisación de una literatura, y las influencias de la escuela, conspiraban para imponer cierto vicioso amor al desaliño; la amable serenidad del sentimiento, cuando vibraba en toda lira la repercusión de universales tempestades del ánimo; el desinterés de un ideal de poesía, levantado sobre los rudos afanes de la acción é inmutable entre el hervor pasajero de las muchedumbres, en un tiempo en que los propios fantasmas de los sueños bajaban á partir la arena del circo y era la canción como vaso de bronce que recogía y amplificaba las resonancias del combate.

Y el nuevo libro del poeta, sea cual fuere su desigualdad, nos le muestra en esa misma actitud graciosa y noble, sobre ese mismo fondo que colora un celeste diáfano y suave; presidiendo al melodioso fluir de una poesía siempre joven, de una idealidad siempre serena, de un espíritu que es todo luz y todo armonía.

MI RETABLO DE NAVIDAD

I

EL NIÑO DIOS

De toda la pintoresca variedad del Nacimiento vistoso—con el divino Infante, la Madre doncella, el Esposo plácido, las mansas bestias del pesebre—, no venía á mí más dulce embeleso ni sugestión más tenaz que los que traía en sí esta idea inefable: «Dios en aquel día era niño...» Niño en el cielo, niño de verdad, como lo representaba la figura. Mientras yo contemplaba el inocente simulacro, un celeste niño gobernaba el mundo, oía las plegarias de los hombres, distribuía entre ellos mercedes y castigos... ¿Cuándo la idea del Dios humanado, del Dios hecho hombre por extremo de amor, pudo mover en corazón de hombre tan dulce derretimiento de gratitud, mezclado á la altivez de tamaña semejanza, como en el corazón de un niño la idea del Dios hecho niño?...

Hoy, que convierto en materia de análisis los poemas de mi candor (el hombre es el crítico, el niño es el

poeta), se me ocurre pensar cuán apetecible sería que Dios fuese niño una vez al año. En la «política de Dios» hay, sin duda, inescrutables razones, arcanos planes, propósitos altísimos, á los que se debe que su intervención en las cosas del mundo se reserve y oculte con frecuencia, y que su justicia, mirada desde este valle obscuro, parezca morosa, é inactivo su amor. El día del Dios-niño, toda esa prudencia de Dios desaparecería. Al Dios sabio y político sucedería el Dios sencillo y candoroso, cuya omnipotencia obraría de inmediato, en cabal ejecución de su bondad. En ese día de gloria no habría inmerecido dolor que no tuviese su consuelo, ni puro ensueño que no se realizase, ni milagro reparador que se pidiera en vano, ni iniquidad que persistiera, ni guerra que durara. A ese día remitiríamos todos la Esperanza, y el mayor mal tendría un plazo tan breve que lo sobrellevaríamos sin pena. ¡Oh, cuán bella cosa sería que Dios fuese niño una vez al año, y que éste fuera el bien que anunciasen las campanas de Navidad!...

Pero no... Ahora toman otro sesgo mis filosofías del recuerdo del Niño-Dios. Antes que lamentarse por que Dios no sea niño de veras durante un día del año, acaso es preferible pensar que Dios es niño siempre, que es niño *todavía*. Cabe pensar así y ser grave filósofo. El Dios en formación, el Dios *in fieri* en el virtual desenvolvimiento del mundo ó en la conciencia ascendente de la humanidad, es pensamiento que ha estado en cabezas de sabios. ¿Y hemos de considerarla la peor, ni la más desconsoladora, de las soluciones del Enigma?... ¡Niño-Dios de mi retablo de Navidad! Tú puedes ser un símbolo en que todos nos reconciliemos. Tal vez el Dios de la verdad es como tú. Si á

veces parece que está lejos ó que no se cura de su obra, es porque es niño y débil. Ya tendrá la plenitud de la conciencia, y de la sabiduría, y del poder, y entonces se patentizará á los ojos del mundo por la presentánea sanción de la justicia y la triunfal eficiencia del amor. Entretanto, duerme en la cuna... Hermanos míos: no hagamos ruido de discordia; no hagamos ruido de vanidad, ni de feria, ni de orgía. Respetemos el sueño del Dios-niño que duerme y que mañana será grande. ¡Mezamos todos en recogimiento y silencio, para el porvenir de los hombres, la cuna de Dios!

II

EL ASNO

Asno del pesebre donde el Señor vino al mundo yo te quería y te admiraba. Tú eras, en aquel espectáculo, el personaje que me hacía pensar. Iniciación preciosa que te debo. Tú, abanicando con los atributos de tu sabiduría, diste aliento á la primera chispa de libre examen que voló de mi espíritu. Tú fuiste mi Mefistófeles, ¡oh Asno! Por amor á ti, por caridad y compasión con que me inundabas el alma, me hiciste concebir los primeros asomos de duda sobre el orden y arreglo de las cosas del mundo, y aun sospecho que, por este camino, me llevaste, con ignorancia de los dos, á los alrededores y arrabales de la herejía.

Verás cómo. Yo, prendado de la gracia inocente y dulce que hay en ti, y que no suelen percibir los hom-

bres, porque se han habituado á mirarte con la torcida intención de la ironía, me interesaba por tu suerte. Viéndote allí, junto á la cuna de Dios, me figuraba que te era debido algún género de gloria. Entonces preguntaba cuál fué tu destino ultratelúrico, y me decían que para los asnos no hay eternidad. Para los asnos no hay en el mundo sino trabajo, burla y castigo, y después del mundo, la nada... La Nueva Ley no modificó en esto las cosas. El sacrificio del Hijo de Dios no alcanzó á ti. El viejo esclavo de Pompeya que debió de trazar, bajo tu imagen dibujada en la pared, la inscripción de amarga ironía:—*Trabaja, buen asnillo, como yo trabajé, y aprovéchete á ti tal como á mí me aprovechó*—, dijo la desventura del asno pagano y del cristiano. De poco te valió estar presente en el nacimiento del Señor, ni más tarde llevarlo sobre tus lomos, en la entrada á Jerusalén, entre palmas y vítores. Ni mejoró tu suerte en la tierra, ni, lo que es peor, se te franqueó el camino del cielo. A mí, este privilegio de la promesa de otra vida para el alma del hombre, con exclusión de la candorosa alma animal, capaz de inmerecido dolor remunerable y capaz también de una bondad que yo no había aprendido todavía á discernir de la bondad humana, porque aun no había estudiado libros de filosofía, se me antojaba un tanto injusto y me dejaba un poco triste. ¡Cómo! El perro fiel y abnegado que muere junto á la tumba del amo, acaso torpe y brutal; el león hecho pedazos en la arena infame; el caballo que conduce al héroe y participa del ímpetu heroico; el pájaro que nos alegra la mañana; el buey que nos labra el surco; la oveja que nos cede el vellón, ¿no recogerán siquiera las migajas del puro festín de gloria á que nos invita el amor de Dios

después de la muerte...?—De esta manera me acechaba la pravedad herética tras el retablo de Navidad.

Quedábamos en que para ti no hubo Noche Buena, Asno amigo; pero siglos después estuviste á dos dedos de la redención. Un paso más y te ganas los fueros de la inmortalidad, con el suplemento de alguna tregua y alivio en tu condición terrena. Fué cuando, en humilde pueblo de la Umbría, apareció aquel hombre vago, y tal vez loco, que se llamó Francisco de Asís. ¡Venturoso momento! La piedad de este hombre se extendía, como los rayos del sol, sobre todo lo creado. Sentía, presa de exaltadas ternuras, su fraternidad con las aves del cielo, con las bestias del campo y hasta con las fieras del bosque. Hablaba amorosamente del Hermano Lobo, del Hermano Cordero y de la Hermana Alondra. Era como el corazón de Cristo rebosando sobre su amor por nosotros y derramándose en la naturaleza. Era un Sakiamuni menos triste y austero, más iluminado de esperanza. Parecía venido á predicar un Testamento Novísimo, ante el cual el nuevo pasase á viejo. ¡Yo creo, y Dios me perdone, que á él también le acechaba la herejía...! Pero se detuvo, ó no le comprendieron del todo, y la naturaleza siguió sin Noche Buena. Tú, Asno hermano, perdiste con ello tu redención, y acaso no perdimos menos los hombres.

¡Ah, si el dulce vago de Asís se hubiera atrevido...!

III

SUEÑO DE NOCHE BUENA

En Noche Buena era el soñar despierto, girando la mariposa interior en torno á la imagen de luz pura, que ya aparecía, infantil, en el regazo de la Madre; ya á márgenes del lago ó sobre el monte, con sus rubias guedejas de león manso; ya, trágica y sublime, entre los brazos de la Cruz. Mi imaginación era invencionera; la fe le daba alas. Cuentos, leyendas, ficciones de color de rosa, nacían de aquel soñar. Una recuerdo. No sabría reproducirla con su tono, con el metal de voz de la fantasía balbuciente. Será una idea de niño dicha con acento de hombre; será un verso de poeta que ha pasado por manos de traductor.

Era en la soledad de los campos, una noche de invierno. Nevaba. Sobre lo alto de una loma, toda blanca y desnuda, se aparecía una forma, blanca también, como de caminante cubierto de nieve. En derredor de esta forma flotaba una claridad que venía, no de la luz de una linterna, sino del nimbo de una frente. El caminante era Jesús.

Allá donde se eriza el suelo de ásperas rocas, un bulto negro se agita. Jesús marcha hacia él; él viene, como receloso, á su encuentro. A medida que el resplandor divino lo alumbra, se define la figura de un lobo, en cuyo cuerpo escuálido y en cuyos ojos de siniestro brillo está impresa el ansia del hambre. Avanzan; párase el lobo al borde de una roca, ya á pocos

palmos del Señor, que también se detiene y le mira. La actitud dulce, indefensa, reanima el ímpetu del lobo. Tiende éste el descarnado hocico y aviva el fuego de sus ojos famélicos; ya arranca el cuerpo de sobre la roca... ya se abalanza á la presa... ya es suya..., cuando Él, con una sonrisa que filtra á través de su inefable suavidad la palabra:

—Soy yo—le dice.

Y el lobo, que lo oye en el rapidísimo espacio de atravesar el aire para caer sobre él, en el mismo rapidísimo espacio muda maravillosamente de apariencia: se transfigura, se deshace, se precipita en lluvia de blancas y fragantes flores. A los pies de Jesús, entre la nieve, las flores forman como una nube mística, sobre la que el divino cuerpo flotara. Y todo mi afán de poeta consistía en que se entendiese que no fué voluntad del sagrado caminante, ni intervención de lo alto, lo que movió la transformación milagrosa, sino que fué virtud del propio sentir del lobo, espantado, loco, al reconocer á aquel á quien iba á destrozar con sus dientes: virtud en que arrepentimiento, dolor, vergüenza, ternura, adoración, se aunaron como en un fuego de rayo, y derritieron las entrañas feroces, y las refundieron en aquella forma dulcísima, todo ello mientras declinaba la curva del salto que tuvo por arranque la intención de hacer daño... Agregaba mi cuento que el Señor, mirando á las flores que á sus plantas había, hizo sonar los dedos como quien llama á un animal doméstico. Entonces, de bajo el manto de flores se levantó, cual si despertara, un perro grande, fuerte y de mirada noble y dulce, de la casta de aquellos que en las sendas del Monte San Bernardo van en socorro del viajero perdido.

Algunas veces asocio al recuerdo de mi ficción candorosa la idea de esas súbitas conversiones de la voluntad, que, por la devoradora virtud de una emoción instantánea, consumen y disipan para siempre la endurecida broza de la naturaleza ó la costumbre: Pablo de Tharsos herido por el fuego del cielo, Raimundo Lulio develando el ulcerado pecho de su Blanca, ó el Duque de Gandía frente á la inanimada belleza de la Emperatriz Isabel.

LOS QUE CALLAN..

Una de las impresiones más altas de respeto que yo haya experimentado en el mundo, es la que me produce cierto linaje de espíritus—seguramente, muy raros, y aún más que raros, difíciles de reconocer sin haber llegado á su más escogida intimidad; cierto linaje de espíritus que unen al sentimiento infalible, perfecto, aristocrático, de la belleza, en las cosas del Arte, el absoluto desinterés con que profesan calladamente su culto, inmunes de todo estímulo de vanidad, de todo propósito de crítica ó de producción, de toda codicia simoníaca de fama. Comprenden la obra bella en sus más delicados matices, con esa plenitud de inteligencia y simpatía que es una segunda creación; son el lector ó el espectador ideal con que el artista ha soñado; dan su alma entera en el sacrificio religioso de la emoción artística, en esa absoluta inmolación de la personalidad, de donde toma su vuelo el misticismo del Arte. Guardan dentro de sí el eco perenne en que se prolonga el acento verdadero, original, del poeta, que el vulgo no percibe sino enturbiado y trunco; el reflejo clarísimo en que se reproduce, con la frescura matinal de la inspiración creadora, la imagen del cua-

dro ó de la estatua. Son la compensación de la vulgaridad triunfante y ruidosa; del alarde inferior; del abominable *snobismo*. Salvan, en el puerto abrigado y calmo de su piadosa memoria, nombres y obras que la injusticia ó la indolencia de una época han condenado al olvido común. Para ellos no tiene curso la mentira acuñada en moneda falsa de renombre y de gloria. Llevan en sus desdenes secretos y animados de una serena y terrible certidumbre el infierno de que no logran eximirse los que triunfan delinquiendo contra la belleza, contra el gusto, contra la noble altivez. Y callan... Y pasean por el mundo una apariencia indiferente, acaso vulgar. Y á modo de la capilla de un culto misterioso y prohibido, encierran, en lo más hondo de sí, el tabernáculo de ese amor ideal, que embellece el misterio como el pudor de una novia.

¿Dudas de que existan almas así...? Yo he llegado á conocer algunas, después de conocer sólo la opaca apariencia que me las velaba. Y desde que las descubrí, su presencia me domina y subyuga con el sentimiento de una superioridad que no reconozco, tan imperiosa y de tan alta especie, ni en el artista creador que más admire ni en la sabiduría magistral que más respeto me infunda. Porque esas almas de silencio celeste son las únicas que me han dado la completa intuición de cuanto hay de vulgar y mezquino en esta brega por la notoriedad, en este sensualismo de la admiración y del aplauso, grosera liga que mezclamos nosotros, los de la comedia literaria, al oro de idealidad del amor de lo bello. Sólo ellas saben amarte, Belleza, como tú, ¡oh Diosa!, mereces. En la sociedad de esas almas se apodera de mí no sé qué noble vergüenza de ser autor, escritor de oficio. Y cuando

vuelvo á esta faena, ellas componen el público, incógnito é incognoscible, que más me exalta y que más me tortura. A él me remito, con una austera y melancólica esperanza, como quien se remite á la justicia de una posteridad que no ha de ver, cuando creo que una palabra mía no ha sido entendida en su virtud ó su beldad; cuando una criatura de mi imaginación no ha hallado el regazo amante que la acoja. Y en él pienso, lleno de íntima inquietud,—como aquejado del imposible deseo de saber la verdad de labios de un dios de mármol,—cuando aplausos y loas quieren persuadirme de que ha brotado de mi alma algo bueno ó hermoso.

¡Ah, cuántos de estos abnegados monjes de belleza pasan acaso junto á ti, y tú no los reconoces, y quizá los desdeñas!... Tal vez hay uno de ellos en ese espectador, indeterminado é incoloro, que ocupa su butaca en el teatro, no lejos de la tuya, y aplaude cuando los demás, y asiente con trivialidades á los comentarios del vecino, y se disipa, esfumándose, en el rebaño de la retirada. Tal vez otro se oculta bajo la máscara de ese viajero que, con apariencias de comisionista, lee, frente á tu asiento del tren, un libro que lo mismo puede ser la guía de Baedeker que un poema de Wilde ó una novela de D'Annunzio. Tal vez descubrirías uno más en aquel otro á quien el juicio popular—¡cruel ironía!—gradúa de poeta fracasado y con hoscos despechos de impotencia; porque no sabe que su renunciamiento prematuro fué espontánea y altísima religiosidad, y que en su repugnancia á hablar de arte con los que fueron sus émulos y amigos no hay sino las delicadezas de una sensibilidad transfigurada y la conciencia de una soledad de *extraño*... Con uno

ú otro disfraz, ellos pasan en su irrevocable silencio. Y este silencio ni es humildad ni es orgullo. No es más que la cumplida posesión de un bien que lleva su fin y recompensa en sí mismo, y que por eso se contiene dentro de su propia amplitud, sin aspirar á salir de sí con ímpetu y alarde: como el vino que, cuando ha llegado á sazón, olvida los desasosiegos y hervores de su fermentar, ó como el resplandor de la noche serena, que, extasiándose en la suave gloria de sus luces, no la publica ni con los pregones del relámpago ni con la música del sol.

FIN DE EL MIRADOR DE PRÓSPERO

ÍNDICE

	Páginas.
La prensa de Montevideo	7
Río Branco	20
La enseñanza del idioma	23
Las "Moralidades" de Barret	29
Bohemia	32
Del trabajo obrero en el Uruguay	34
Obra de hermanos	100
En el álbum de un poeta	103
Perfil de caudillo	105
Ibero-América	113
Juan María Gutiérrez y su época	116
I	116
II	120
III	131
IV	154
V.—El americanismo literario	161
VI.—El sentimiento de la naturaleza	177
VII.—El sentimiento de la historia	197
VIII	225
La España niña	228
Carlos Guido Spano	231

Páginas.

Mi retablo de Navidad 239
I.—El Niño Dios..... 239
II.—El asno..... 241
III.—Sueño de Noche Buena..... 244
Los que callan..... 247

BIBLIOTECA DE AUTORES VARIOS

(ESPAÑOLES Y AMERICANOS)

SE HAN PUBLICADO:

I.—OFRENDA DE ESPAÑA Á RUBÉN DARÍO, por Valle-Inclán, Unamuno, Antonio Machado, Cávia, Pérez de Ayala, Díez-Canedo, González Olmedilla, Cansinos-Assens, etc, etc.

Precio: 3,50 pesetas.

II.—ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO: *Escritores representativos de América.*—(**Rodó. Blanco-Fombona. Carlos A. Torres. Carlos O. Bunge. J. Santos Chocano.**)

Precio: 4,50 pesetas.

III.—RAFAEL ALTAMIRA: *España y el programa americanista.*

Precio: 3,50 pesetas.

IV.—POESÍAS INÉDITAS de Herrera el divino, Quevedo, Lope de Vega, Argensola (Lupercio), Góngora, Marqués de Ureña y Samaniego, María Gertrudis Hore, Alvaro Cubillo de Aragón, Juan de Matos Fragoso, Cristóbal del Castillejo, Luis Gálvez de Montalvo, Zaida (poetisa morisca), Tirso de Molina, Baltasar de Alcázar.

Precio: 3 pesetas.

BIBLIOTECA AYACUCHO

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

OBRAS PUBLICADAS, EN 4.º

I-II.—MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY:
Bolívar y la emancipación de Sur-América.
Dos lujosos volúmenes de 700 á 800 páginas. Se venden separadamente al precio de 7,50 pesetas cada uno

III.—MEMORIAS DE O'CONNOR sobre la *Independencia Americana.*
Precio: 5 pesetas.

IV.—MEMORIAS DEL GENERAL JOSÉ ANTONIO PÁEZ.—7,50 pesetas.

V.—MEMORIAS DE UN OFICIAL DEL EJÉRCITO ESPAÑOL.
Por el Capitán Rafael Sevilla.—5 pesetas.

VI-VII.—MEMORIAS DEL GENERAL GARCÍA CAMBA.
Para la historia de las armas españolas en el Perú.
Dos volúmenes á 7,50 pesetas cada uno.

VIII.—MEMORIAS DE UN OFICIAL DE LA LEGIÓN BRITÁNICA.
Campañas y Cruceros durante la guerra de emancipación hispano-americana.—4 pesetas.

IX.—MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY:
Ultimos años de la vida pública de Bolivar.
Este libro, desconocido hasta ahora, complementa los dos volúmenes sobre *Bolivar y la emancipación;* es una joya de historia americana por sus revelaciones, á las cuales debió el que se le hubiera ocultado por tantos años.—Precio: 7,50 pesetas.

X.—DIARIO DE MARÍA GRAHAM.
San Martin.—Cochrane.—O'Higgins.—7,50 pesetas.

XI.—MEMORIAS DEL REGENTE HEREDIA.
Montevi de.—Bolivar.—Boves.—Morillo.—4,50 ptas.

XII.—MEMORIAS DEL GENERAL RAFAEL URDANETA.
General en jefe y Encargado del gobierno de la Gran Colombia.—7,50 pesetas.

XIII.—Memorias de Lord Cochrane.—6 pesetas.

XIV.—Memorias de Urquinaona.
Comisionado de la Regencia española al Nuevo Reino de Granada.—7 pesetas.

XV.—Memorias de William Bennet Stevenson.
Sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú.—5,50 pesetas.

XVI.—Memorias póstumas del ceneral José María Paz.—8 pesetas.

XVII.—Memorias de Fray Servando Teresa de Mier.—8 pesetas.

XVIII.—La Creación de Bolivia, por Sabino Pinilla.—7,50 pesetas.

XIX.—La Dictadura de O'Higgins, por M. L. Amunátegui y B. Vicuña Mackenna.—7,50 pesetas.

XX.—Cuadros de la historia militar y civil de Venezuela
(Desde el descubrimiento y conquista de Guayana hasta la batalla de Carabobo), por Lino Duarte Level.—8 pesetas.

XXI.—Historia crítica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho, por Antonio José de Irisarri. 7,50 pesetas.

XXII-XXIII.—Vida de Don Francisco de Miranda.
General de los ejércitos de la primera República francesa, y generalísimo de los de Venezuela, por Ricardo Becerra.
Dos volúmenes á 8 pesetas cada uno.

XXIV.—Biografía del general José Felix Ribas, primer teniente de Bolívar en 1813 y 1814 (época de la guerra á muerte) por Juan Vicente González.—5 pesetas.

XXV.—El Libertador Bolívar y el Deán Funes. Revisión de la historia argentina, por J. Francisco V. Silva.—8,50 pesetas.

XXVI.—M emorias del general Miller.

LS.
R695m
153102

Author Rodo, José Enrique

Title El mirador de Próspero. Vol.2

NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU